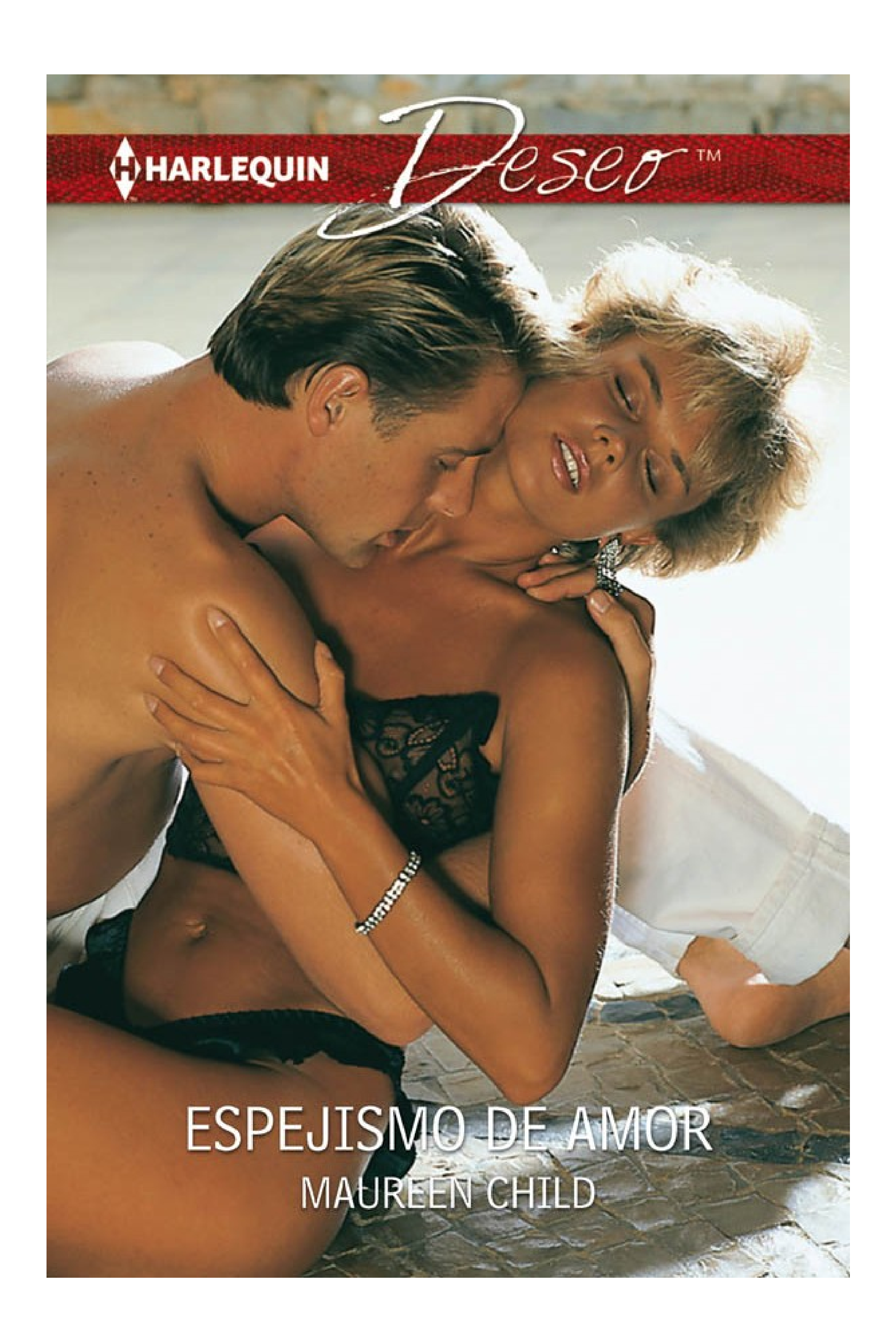

HARLEQUIN
Deseo™
ESPEJISMO DE AMOR
MAUREEN CHILD

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Espejismo de amor, n.º 1167 - noviembre 2014
Título original: The Marine & the Debutante
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-4875-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

–Si me disparan por culpa de esta niña de papá –masculló Travis Hawks–, termina el trabajo y acaba conmigo, ¿quieres?

–Hecho –murmuró J.T.

Travis volvió la cabeza para mirar al otro hombre. En la oscuridad, lo único que pudo distinguir de la cara de su amigo fue el blanco de los ojos y la sonrisa burlona. La pintura de camuflaje ocultaba el resto de su rostro, al igual que el de los otros dos hombres del equipo de reconocimiento.

–¡Maldita sea, qué rápido has aceptado! –le dijo Travis con una sonrisa forzada. Comprobó la carga del rifle por tercera vez.

–¿Para qué están los amigos? –fue la respuesta de J.T.–. Tú harías lo mismo por mí, ¿no?

Algo pareció moverse entre los arbustos; ambos se giraron, listos para disparar. Era Deke.

–Travis, ve a por la chica y salgamos de aquí de una condenada vez.

–Bien.

–¿Has colocado las cargas explosivas?

–¿Tú que crees? –replicó Travis. Y se tumbó boca abajo para arrastrarse hasta la casa de piedra que había a unos quince metros de ellos.

Todo el mundo en el Cuerpo de Marines lo tenía por el mejor artificiero. Superaba incluso a Jeff Hunter, el sargento de artillería que dirigía a su equipo, aunque Travis, que no era estúpido, jamás se habría jactado de ello delante de él.

Probablemente les habían asignado aquella misión por su pericia. «A veces, ser el mejor no trae más que problemas», se dijo. En cualquier caso, no era momento de estar pensando en aquellas cosas. Travis se concentró en la misión. Con el cuerpo pegado al suelo y abrazado a su rifle, se sirvió de los codos para arrastrarse a campo abierto, entre el equipo y su objetivo.

En la quietud de la noche, escuchó voces. No comprendía el

idioma que hablaban; pero, por el tono, parecía que los hombres que guardaban a la rehén estaban muy relajados. «Estupendo», se dijo rogando para que siguieran así.

La baja temperatura helaba el sudor nervioso que le rodaba por la nuca. Hacía un frío de los demonios por la noche en el desierto. Impulsándose con los codos y las rodillas, avanzó rápido. Al alcanzar el edificio, se puso de pie muy despacio junto a la ventana de una habitación con la luz apagada, expulsando el aire que había estado reteniendo. «Bueno, todo bien por ahora».

Como esperaba, no había guardias apostados en el perímetro. Según parecía, aquellos tipos se sentían muy seguros. Tanto mejor...

Travis levantó la hoja móvil de la ventana y rezó por que la información que habían recibido antes de comenzar la misión fuera de total fiabilidad. Si había guardias en la habitación con ella, se armaría un buen jaleo... Él se quedó escuchando un instante.

Cuando se convenció de que estaba todo tranquilo, se introdujo en la habitación a oscuras, moviéndose con tanto sigilo como se lo permitían sus botas de combate.

Su vista se fue acomodando poco a poco a la oscuridad y localizó a la chica. Estaba echada en un estrecho camastro, el único mueble que había en la habitación. Su respiración acompasada y suave le indicó que estaba dormida. Se acercó a ella y le tapó la boca con una mano para mantenerla callada, esperando que se despertara.

No tuvo que esperar mucho. La chica se revolvió como un tigre hambriento y trató de apartarlo haciendo uso de los brazos, las piernas y los dientes. Travis no tuvo más remedio que contenerla. Sin quitarle la mano de la boca, a pesar de que ella estaba clavándole los dientes con todas sus fuerzas, la inmovilizó echando todo su peso encima de ella.

–Marines de los Estados Unidos. ¡Basta ya, señorita! Hemos venido para sacarla de aquí.

Travis sintió disminuir la presión de los dientes de la joven, y vio cómo ella le apartaba la mano. Al fin, se dijo, un poco de gratitud.

–Ya era hora –fue la insolente bienvenida. Y él fantaseando con la idea de ser un héroe...

Tremendamente dolido en su pundonor, y preocupado porque

pudieran haberla oído, miró a la puerta y se volvió hacia la chica.

–Cierre el pico y movámonos –le ordenó entre dientes.

–Bien –respondió ella en voz más baja levantándose–, pero no se puede decir que su gente se haya dado mucha prisa en rescatarme.

–¡Oh, por amor de...! –Travis no terminó la frase. No había tiempo, tenían que alejarse antes de que a sus captores les diera por comprobar que su gallina de los huevos de oro seguía allí.

–Sígame –le dijo saliendo por la ventana.

–Espere, mi bolso...

–¡Olvídese de él! –masculló Travis escudriñando en la oscuridad antes de volverse para ayudarla. Solo que ella no estaba al lado de la ventana, sino tumbada en el suelo de la habitación, tanteando bajo la cama para encontrar el maldito bolso.

Él volvió a entrar y la agarró por el codo.

–Aquí no hay ningún centro comercial. No podrá usar las tarjetas de crédito de su papaíto, y no hay tiempo para esto, encanto –masculló.

Ella se soltó y, desafiando su mirada hostil, replicó en un tono cargado de veneno:

–Yo he estado esperándolos dos semanas, creo que podrá esperar usted un minuto.

Aunque sentía deseos de golpearla en la cabeza y sacarla a rastras de allí, Travis no tuvo más remedio que aguantarse y esperar. Por los auriculares le llegó un susurró alto y claro:

–¿Dónde diablos estás?

Frunciendo el entrecejo, él apretó el botón del minúsculo micrófono contra su laringe y masculló irónico:

–Ya salimos. La *princesa* no puede irse sin su bolso.

Sin apartar la vista de la puerta cerrada, Travis contaba los segundos. Ya se estaba pasando... ¿Qué quería, buscarles problemas?

–¡Muévase de una vez!

–¡Lo tengo! –exclamó ella con tono triunfal, agitándolo. El bolso, de cuero blanco, pendía de una cadena que probablemente sería de oro auténtico. Se lo puso en bandolera y él la agarró, arrastrándola hacia la ventana.

–Vamos –la instó–. Salga de una vez y marchémonos.

La chica se sentó en el alféizar, se subió un poco la falda y sacó

fuera las piernas.

–¿Sabe? –le dijo deteniéndose–. Podía ser un poco más amable... Soy la víctima, ¿recuerda?

Travis resopló sin dar crédito a sus oídos. Estaba empezando a dudar que lo fuera en absoluto. De hecho, si tenía que aguantarla durante más tiempo, empezaría a simpatizar con sus secuestradores.

Se inclinó hacia delante y susurró a un centímetro de su rostro:

–Escúcheme bien, encanto. Tenemos aproximadamente un minuto y medio para largarnos de aquí y aún tendrá que sobrarnos tiempo para llegar al helicóptero. De modo que muévase si no quiere que yo la obligue de una patada en su bonito trasero.

Los ojos de ella se abrieron como platos y abrió la boca, indignada un instante como si fuera a replicar. Pero debió de cambiar de opinión. Descolgándose por el hueco de la ventana, se dejó caer sobre la arena del desierto y lo esperó.

Travis la agarró de nuevo del brazo y la arrastró mientras corría a cubierto. Ella iba a trompicones y maldiciendo en voz baja, siguiendo a duras penas su ritmo.

En cuanto alcanzaron los matorrales donde los demás estaban aguardándolos, él se lanzó al suelo, tirando de ella para que se agachara también, y la soltó.

Deke miró a la chica antes de volverse a Travis.

–Jeff está en el punto de reunión. Movámonos –le dijo.

–¿Movernos? ¿Adónde? –inquirió la muchacha.

–Te sigo –murmuró Travis ignorándola a ella y a su pregunta.

Deke y J.T. se pusieron en marcha. Travis empujó a la chica para que fuera tras ellos.

–Muévase. Y no se levante –añadió.

Por fortuna, esta vez ella no rechistó e hizo lo que se le decía. Travis se volvió para mirar hacia la casa una vez más y siguió a la chica en silencio, vigilando la retaguardia.

Puso la mente en blanco, como hacía siempre en ese tipo de situaciones. Hacía lo que tenía que hacer, cuando tenía que hacerlo. No pensaba en nada, no cuestionaba las órdenes, solo se dejaba llevar por su instinto de marine.

Miraba hacia atrás continuamente y, cada vez que volvía la cabeza hacia delante, veía a la joven desenganchando de los arbustos la falda de su estúpido vestido de fiesta. Sacudió la cabeza

y apretó los dientes para no gritarle. Los otros estaban ya muy por delante de ellos. Lo estaba retrasando todo.

–Maldita sea –le espetó en voz baja–, ¿no puede ir más rápido?

Lisa Chambers se paró en seco y le dirigió una mirada colérica por encima del hombro. Ya había tenido más que suficiente. Dos semanas encerrada en aquella cochambrosa casucha, sudando todo el día, rodeada de hombres armados hasta los dientes... Y ahora aquello.

Estaba cansada, hambrienta, entumecida... Y se moría por darse un buen baño. No iba a permitir que un envanecido marine sureño le echara en cara que iba muy despacio.

El frío aire de la noche le estaba llegando hasta los tuétanos, la cadena de oro le rozaba el cuello y el bolso le golpeaba la cadera todo el tiempo.

Le resultaba difícil creer que en el espacio de solo unos minutos una persona pudiera experimentar tantas emociones. Cuando la mano de aquel hombre sobre su boca la había despertado, era lógico que su primera reacción había sido de puro terror, seguido, naturalmente, del instinto de defensa. Por un instante, había creído que sus secuestradores habían decidido hacer con ella algo más que tenerla allí aislada y asustada.

Y entonces, la había invadido un tremendo alivio al escuchar aquella voz con claro acento americano susurrar las palabras: «Marines de los Estados Unidos». La *caballería* había tardado tanto en acudir en su busca, que había estado a punto de perder toda esperanza.

Lágrimas que no había tiempo para derramar comenzaron a enturbiar sus ojos, pero logró contenerlas. No había mostrado debilidad ante sus captores y tampoco iba a hacerlo con su salvador.

–¿Sabe? –le dijo con sarcasmo–, un poco de sensibilidad no le haría daño.

Él ni siquiera la miró. Bueno, al menos eso le pareció a ella. En aquella noche sin luna, apenas podía distinguirlo en la oscuridad. Al contrario que ella... Con su vestido amarillo, era probable que destacase como un foco en un escenario vacío. Aquel pensamiento

la hizo estremecerse, y miró a su alrededor preocupada. Cuando se volvió hacia él, vio cómo la miraba amenazante, con los ojos entrecerrados.

– Nuestra misión –le dijo despacio en su acento sureño–, es ayudar a la gente, no ser sensibles –le contestó sacando algo de debajo del arbusto más cercano –. Así que muévase, encanto.

–¡Deje de llamarme «encanto»! –sus palabras fueron ahogadas por el estallido de un explosivo no muy lejos de ellos.

Lisa gimió y se echó hacia atrás. Una bola de fuego apareció en la distancia. Era como si la hubiera escupido un demonio destructor desde las profundidades del averno. Su luz los iluminó a ellos y toda la zona. Antes de que pudiera reaccionar, el marine corrió hacia ella y, tomándola del brazo, la arrastró tras de sí.

Su mano era cálida, pero no podía decirse que la asiera precisamente con dulzura. La tela de su falda volvió a engancharse, pero él no se detuvo y se rasgó hasta romperse. El hombre la soltó y la empujó delante de sí para que siguiera corriendo. Los altos tacones de sus zapatos se hundían en la arena del desierto, como si este estuviera tratando de retenerla.

Aquellas sandalias eran perfectas para ir de compras, o incluso para bailar; pero, desde luego, no eran lo más indicado en aquella situación. Le dolían los pies y la cabeza le martilleaba. Lisa se preguntó si sobreviviría al rescate. Su «héroe» se había quedado algo atrás, guardándole las espaldas, pero ella hubiera preferido que fuera delante, para saber hacia dónde ir. Lo único que quería era salir de allí en ese mismo momento.

Quería volver a los Estados Unidos, a la casa de su padre. Recordó aquella inmensa bañera color azul cielo en su cuarto de baño. Quería toallas limpias y suaves, velas que arrojaran luz vacilante sobre los azulejos, blancos como la espuma del mar. Quería una copa de vino frío, agua corriente, un secador de pelo, papel higiénico...

«¡Dios mío, por favor, ayúdame a salir de este infierno!», rezó frenética para sus adentros.

–¡Maldita sea! –masculló el marine.

–¿Qué ocurre ahora? –preguntó ella. Él la empujaba para que no se parara–. ¿Qué? ¿Qué es lo que va mal?

–¿Acaso hay algo que no esté saliendo mal? –gruñó él, y se paró

en seco.

Lisa se detuvo también para esperarlo. Era un hombre bastante irritante, pero su misión era rescatarla, y no pensaba despegarse de él hasta que la hubiera sacado de allí.

–¡Siga! –le gritó él. Según parecía, después de la primera explosión ya no hacía falta guardar silencio.

–¿Por dónde? –preguntó ella sin dar un paso.

–¡Hijos de...! –exclamó Travis volviendo a sacar algo de entre los arbustos. Esta vez, sin embargo, ella estaba lo bastante cerca como para ver lo que hacía. Sus dedos se movían con seguridad y eficiencia. Levantó una tapa de plástico, accionó un interruptor plateado y puso el dedo sobre un botón que brillaba con una luz verde. Al apretarlo, otra explosión alteró la quietud de la noche en el desierto.

Esta vez había sido más cerca de ellos, y Lisa se quedó mirando la nueva bola de fuego, fascinada por su pavorosa belleza. De pronto, al extinguirse el rugido de la explosión, se oyeron voces, gritos enfadados. Sus secuestradores estaban persiguiéndolos.

–Esto no va nada bien –murmuró.

–Encanto, no ha ido bien en ningún momento –replicó él entre dientes. Se puso de pie de un salto y la tomó de la mano–. ¡Salgamos de aquí!

Corrieron y corrieron. Cuando Lisa pensaba que sus piernas no podrían llevarla más lejos, siguieron corriendo.

–Vamos retrasados, no vamos a llegar... –dijo Travis más para sí mismo que otra cosa.

Ella tragó saliva con dificultad, tratando de tomar aliento.

–¿Quiere decir al helicóptero? –consiguió preguntar.

–Eso es.

–Pero tenemos que conseguirlo –lo instó ella.

Él le dirigió una mirada preocupada.

–El punto de recogida está mucho más adelante.

En la distancia, podían escucharse las hélices de un helicóptero en movimiento. El corazón de Lisa empezó a latir presuroso. «No está tan lejos, no está tan lejos... Podemos hacerlo».

Cada paso era una prueba, cada aliento era una victoria. Tras ellos volvieron a oírse gritos y algunos disparos. Lisa cerró los ojos y agachó de forma instintiva la cabeza sin dejar de correr. Al fin,

sintieron el viento que producían las hélices.

Ella pudo distinguir a los otros hombres cubriendo los últimos metros hasta el helicóptero. En la puerta abierta de este, había un marine con un arma automática en la mano, disparando para cubrirlos en su huida.

De pronto, aquel hombre se desmoronó como si fuera una marioneta a la que le habían cortado los hilos. Un momento después, la joven pudo escuchar un disparo de rifle seguido de varios más.

–¡Agáchese, maldita sea! –le gritó Travis haciendo lo propio y arrastrándola con él al suelo.

–¿A qué estamos esperando? –preguntó ella. Lo miró tratando de interpretar la expresión de su rostro, cubierto con la pintura de camuflaje.

–No lo conseguiríamos –replicó él con voz tensa–. Hay demasiado campo abierto hasta el helicóptero.

–Pero... Pero, ¡no podemos esperar! –exclamó ella volviendo la cabeza hacia el helicóptero. Otro marine había reemplazado al hombre caído. El cañón de su ametralladora escupía la munición en rápidas ráfagas, iluminando de forma intermitente la noche cerrada.

–¡Tenemos que hacerlo!

–¡No! –exclamó ella, desesperada. No quería volver a aquel lugar, no quería volver a ser una prisionera. ¡No podían hacerle aquello! Lisa empezó a incorporarse, decidida a correr tan rápido como pudiera si con ello lograba salir de allí.

Sin embargo, no pudo dar un solo paso. Travis la agarró por el brazo, echándola hacia atrás con tal fuerza, que dio con el trasero en el suelo. La presión sobre su brazo se hizo más fuerte y el hombre la hizo darse la vuelta para que lo mirara a la cara.

–No podríamos lograrlo. Y si se quedan ahí esperándonos más tiempo, ellos tampoco saldrán de aquí.

El pánico se apoderó de ella. ¿No querría decir con eso lo que ella estaba pensando?

–¿Qué está diciendo?

Él no se molestó en darle explicaciones. En vez de eso, se puso de pie y agitó su rifle de un lado a otro por encima de su cabeza hacia los hombres del helicóptero en una especie de señal silenciosa. ¡Estaba diciéndoles que se marcharan!

–¡No! –exclamó ella, frenética.–. ¡No haga eso!

–¡Vamos! –le gritó él. Tiró de ella hacia la derecha, corriendo, hasta que los envolvieron las sombras.

Lisa miraba hacia atrás como hipnotizada, viendo al helicóptero despegar. Allí se iba su única forma de escapar...

Capítulo Dos

Travis no soltó la mano de la joven mientras seguían corriendo para salvar su vida. Esperaba que sus perseguidores estuvieran aún lo suficientemente lejos como para que pudieran despistarlos y ocultarse.

Con suerte, tal vez los secuestradores, que aún estaban disparando al helicóptero, darían por hecho que su presa estaba ya en él, lejos de su alcance.

Sin embargo, como ya había comprobado, no era tarea fácil conseguir que aquella dichosa chica caminase más deprisa y cerrase el pico.

–¿Es que se ha vuelto loco? –le preguntó furiosa.

En eso tenía razón, era una locura quedarse allí. pero no tenían otro remedio. Por suerte, no había levantado mucho la voz.

–No es la primera vez que me lo dicen –asintió. Se volvió un instante para mirar atrás. Bien, parecía que no los seguían. No podían parar, tenían que seguir.

–Les hizo una señal para que se fueran –prosiguió ella, atónita e indignada–. ¡Lo vi con mis propios ojos! El helicóptero estaba esperándonos. ¡Era nuestra única vía de escape y usted nos la ha quitado!

Él le dirigió una mirada que hubiera amilanado quizá a otra mujer, pero no a Lisa.

–Está chalado –murmuró ella.

–No crea que no estoy de acuerdo –replicó él. ¿Quién sino un loco se presentaría voluntario para una misión así? Podía estar en casa, de permiso... No es que lo entusiasmara la idea de tener que aguantar a sus hermanas, pero al menos eran su familia. A aquella niña de papá, en cambio, no tenía por qué aguantarla–. Cállese de una vez y sígame.

–Como si tuviera elección... –dijo ella, sarcástica y jadeante.

Por suerte, pensó Travis, el terreno no era tan árido como el desierto del Mojave. De hecho, se parecía bastante al paisaje del

lugar donde había nacido, Texas. Había arena, claro está, pero era bastante rocoso. Aquí y allá crecían matorrales y, aunque no eran numerosos, también se veían unos cuantos árboles bastante robustos.

Rodeándolos, había un anillo de pequeñas colinas, que, a falta de montañas, seguramente eran los puntos más elevados de la zona. Travis esperaba que pudieran encontrar refugio en ellas.

Aprovecharían la oscuridad. Con suerte, encontrarían alguna cueva y, mientras ella descansaba, él tendría tiempo para pensar un plan de huida alternativo.

Mientras corrían, Travis volvía la cabeza de vez en cuando para asegurarse de que la chica seguía su ritmo, e iba dando vueltas al asunto en su mente. Tenía agua, comida, una radio y armas. Podía conseguirlo. Podían conseguirlo.

Solo necesitarían echarle un poco de imaginación para adaptarse a aquel medio hostil y poder salir de allí. ¿No lo habían entrenado para eso? «¡Maldita sea, voy a hacerlo!».

–Vamos –instó a la chica–, siga corriendo y todo marchará bien.

–¿Tan bien como hasta ahora? –inquirió ella.

Travis miró al cielo, lleno de estrellas, y se preguntó: «Dios mío, ¿por qué yo...? ¿Por qué esta pesadilla de chica?». Aquello habría sido mil veces más sencillo si el rehén hubiera sido una persona sensata. Aquella niñata, en cambio, había dado problemas desde el principio, y algo le decía que la situación no iba a mejorar.

Al fin habían dejado de correr, pero continuaron caminando durante horas. Lisa estaba considerando dejar a un lado su dignidad y rogar a aquel tipo que la dejara descansar, pero dudaba que la escuchara siquiera.

Sus ojos se habían hecho ya a la oscuridad y podía verlo con bastante claridad. Era alto y también bastante ágil, como demostraba la facilidad con que se movía por aquel accidentado terreno. De hecho, parecía que nunca se cansara. No le había soltado la mano en todo el tiempo y su mirada estaba continuamente alerta, peinando los alrededores.

El perfil de su rostro era duro, con un aire de peligrosidad, sin un ápice de amabilidad en él. Y la pintura de camuflaje le daba un aspecto más siniestro, más frío. El mentón era cuadrado, y parecía que le hubieran roto la nariz al menos una vez. Lisa sintió que

simpatizaba con quien lo hubiese hecho.

Aunque no había tenido oportunidad de verle bien los ojos, estaba segura de que no habría en ellos ninguna emoción humana, fueran del color que fuesen.

Bueno, al menos parecía el hombre adecuado para una situación como aquella; así que no estaba de más tenerlo a su lado allí, en medio de ninguna parte. De pronto, le vino a la mente la imagen de su último prometido, James, y le entró la risa al imaginarlo tratando de sobrevivir en semejantes circunstancias. ¡Si ni siquiera era capaz de parar un taxi en Manhattan!

–¿Se ha reído? –preguntó Travis, anonadado y aminorando el paso.

Aliviada, Lisa hizo lo mismo, pero de inmediato notó calambres en los músculos de las pantorrillas. Hizo una mueca de dolor y asintió con la cabeza.

–Sí, me he reído. Será que estoy histérica…

–Estupendo…

Ella alzó la vista para mirarlo. ¿Cómo podía ser que ni siquiera le faltase la respiración?

–Era una broma –le dijo–. Creo…

Él le soltó la mano y la miró u largo rato, como pensando. Arrojó la mochila al suelo y le dijo:

–Siéntese unos minutos y tome aire.

–¡Oh, gracias al cielo! –murmuró Lisa, dejándose caer como un fardo. Se frotó el trasero, dolorida. Estupendo, había tenido que ir a sentarse sobre una piedra…

–Tenga –le dijo Travis alargándole una cantimplora–. Beba un poco, pero no mucho. Solo tengo dos y tienen que durarnos.

Ella asintió, demasiado cansada para rechistar, lo cual era bastante raro en ella. Le quitó el tapón y tomó un buen trago. El agua estaba caliente y sabía a metálico, pero, en aquel momento, le pareció mejor que el vino más caro y añejo. Dejó que el líquido bajara por la garganta seca, saboreándolo antes de devolver la cantimplora al marine.

Ahora que se habían detenido, el frío aire de la noche, que apenas había advertido mientras corrían, empezó a dejarse notar. Lisa tembló y se frotó los antebrazos con las manos, tratando de darse calor.

–¿Tiene frío?

Ella asintió con la cabeza.

El marine dejó a un lado el arma y se desabrochó la camisa de su uniforme color arena. Debajo llevaba una camiseta de tirantas de tonalidad verde, que parecía haber sido moldeada para ajustarse a sus musculosos pectorales.

–No se moleste... –le dijo Lisa entre agradecida y avergonzada por dejarlo sin camisa.

–Limítese a ponérsela, encanto.

¡Menudos modos! Ella agarró la camisa y metió los brazos en las mangas. Los puños le colgaban hasta las puntas de los dedos, pero inmediatamente sintió menos frío. La tela conservaba no solo el calor del cuerpo del hombre, sino también su olor.

Él se puso de pie, volvió a tomar el rifle y miró en torno a ellos.

Lisa bajó la vista. La enorme camisa le llegaba casi al dobladillo del vestido. ¡Si sus amistades la vieran de aquella guisa! Ella, Lisa Chambers, la que siempre iba a la última, vestida como un soldadito de plomo... En fin, al menos ya no tenía frío; eso ya era mucho.

–Oiga, yo... –balbució. No estaba acostumbrada a tener que agradecer nada a nadie, pero además, este hombre no le caía precisamente en gracia.

–Olvídelo –la cortó él. No parecía que le interesara su gratitud en absoluto–. Quédese ahí. Volveré enseguida.

El pánico se apoderó de ella.

–¿Qué? –exclamó mirando en todas direcciones. Podía haber cualquier animal o persona allí, oculto entre las sombras–. ¿No irá a dejarme aquí sola?

Él la obsequió con una sonrisa burlona.

–¿No me diga que va a echarme de menos?

El corazón le dio un vuelco. Era curioso el efecto que podía tener una simple sonrisa en una mujer exhausta, sedienta, hambrienta y, obviamente, delirante. ¡Como si él quisiera flirtear con ella!

–No se preocupe –añadió Travis antes de que Lisa pudiera pensar una respuesta ingeniosa–. Solo voy a retroceder un poco para asegurarme de que he tapado bien nuestras huellas.

–¿Las ha estado tapando? ¿Cuándo? Yo no me he dado cuenta... –preguntó ella mirando atrás por encima del hombro, escudriñando

el suelo.
–Ese es mi trabajo –respondió él de forma escueta, adentrándose en las sombras.
–¿Ah, sí? ¿Y quién es usted, el explorador Daniel Boone? –preguntó ella, sarcástica.
Él se volvió y sonrió divertido.
–Mi nombre es Travis Hawks, señorita, pero agradezco el cumplido.
–Estupendo, pues yo soy Lisa, Lisa Chambers –replicó ella mientras él se alejaba. Y añadió fastidiada en un murmullo–, no «señorita»...

Parecía que hiciera horas que se había marchado, pero era probable que solo hubiesen pasado unos minutos. Por fin, le pareció que alguien se acercaba. Esperaba que fuera él.
Sí lo era, comprobó aliviada, soltando el aire que había estado conteniendo. Al ir junto a ella, Lisa observó de nuevo que respiraba con normalidad, como si hubiera dado un corto paseo.
Echando la cabeza hacia atrás y alzando la vista, lo miró.
–¿Ni siquiera estás un poco cansado?
Él le devolvió la mirada un instante y después volvió a rastrear de un rápido vistazo los alrededores.
–Ya descansaré cuando lleguemos a nuestro destino.
–¡Ooooh! –exclamó Lisa, burlona–. No tenía ni idea de que estaba con un superhéroe... –reprimiendo un gemido de desagrado, ella se masajeó el músculo de la pantorrilla derecha–. ¿Y se puede saber dónde es exactamente «nuestro destino»? –dijo imitando su cansina forma de hablar.
–En aquella dirección –respondió él ignorando sus pullas y señalando las colinas.
Lisa miró a lo lejos y sintió que el alma se le caía a los pies.
–Estás de broma, ¿no?
–No, señorita.
–Lisa –le recordó ella–, no «señorita». ¡Y hasta allí debe haber al menos ocho kilómetros! –protestó. No pudo evitar pensar en los dolores que se añadirían por el camino a los que ya tenía.
Travis le pidió que le diera un mapa que tenía en el bolsillo

interior de la camisa. Ella se lo tendió y el marine lo estudió unos minutos antes de volver a mirarla.

–Ocho no, solo cinco.

–¡Caramba, cinco! –exclamó ella con retintín–. Eso lo cambia todo… ¿Y a qué estamos esperando?

Travis dobló el mapa y lo guardó en el pantalón. Entonces, hincó una rodilla en el suelo y alargó la mano hacia la pantorrilla de Lisa.

–¡Oye! –le gritó la chica. Echó la pierna hacia atrás, pero él la agarró. Ella no habría podido oponer más resistencia aunque hubiera querido, y ante el «señor Superhéroe» tampoco es que tuviera muchas posibilidades.

–Relájate, encanto –le dijo Travis masajeando sus cansadas piernas–. Solo pretendo ayudar.

Lisa quiso gritarle que parase. No podía dejar que la tocara, lo odiaba. Odiaba que la estuviera obligando a hacer aquello. No había recorrido tantos kilómetros ni en un mes con la cinta mecánica que tenía en casa. ¡Y era todo por su culpa!

Si no hubiera dicho al helicóptero que se marchase, en aquel momento ella estaría camino a la embajada de los Estados Unidos en algún lugar. Allí la alojarían en un hotel donde podría darse un baño caliente, tomar una comida decente y ponerse ropa limpia. ¡Sí, lo detestaba! Y sin embargo… Lo cierto era que aquel masaje era agradable. Los dedos del marine parecían estar obrando como por arte de magia sobre sus doloridas piernas.

Tomó la otra pantorrilla y relajó los músculos con sus fuertes manos. Era tan maravilloso, que Lisa sintió deseos de llorar por el alivio que experimentaba. Tal vez, después de todo, no era tan mala persona. Tal vez no pretendía ser brusco. Tal vez era su forma de hacer las cosas. Tal vez esta era su forma de decir que sentía ser tan duro con ella. Tal vez…

–Ya está, pongámonos en marcha –dijo Travis interrumpiendo sus pensamientos. Soltó su pierna como si fuera una concha que hubiera recogido, examinado y luego tirado a la arena porque no le servía para nada.

El atisbo de simpatía que Lisa había sentido hacia él por un momento se esfumó.

–¿Es esa tu idea de descanso? –lo espetó–. ¿Tres miserables minutos?

Travis se levantó y le tendió la mano, ayudándola a ponerse de pie también.

–El sol saldrá dentro de unas horas –le dijo con la vista en el horizonte–, y me gustaría dormir un poco en un lugar seguro antes de que eso ocurra.

Ella levantó también la vista hacia el horizonte y se dio cuenta entonces de que el cielo sí parecía estar algo más claro. ¡Habían estado caminando toda la noche! ¿Cómo no iba a estar cansada?

–¿Crees que puedo caminar otros cinco kilómetros en menos de tres horas? –según sus cálculos, y a juzgar por el agotamiento que tenía ya, dentro de solo media hora estaría por los suelos. Lisa se imaginó los titulares: «Hija de un multimillonario aparece muerta en el desierto». Y habría fotos, claro, de su cuerpo momificado con su vestido de diseño, que en esos momentos no era más que harapos. No era una perspectiva halagadora.

–Puedes hacerlo –la animó él. Había una indudable determinación en su voz.

Lisa lo miró. ¡Qué curioso, hasta entonces no se había fijado en lo alto que era! Por lo menos uno noventa... No es que ella fuera baja, medía un metro ochenta, pero desde luego a su lado se sentía como una liliputiense. A lo mejor tenía razón, quizá pudiera lograrlo. Desde luego contaba con su ayuda, y no parecía la clase de hombre que se diera por vencido. Si lo hubiera hecho, pensó ella, los habrían capturado horas antes.

–Está bien, marine –capituló en un alarde de valentía que no sentía–. Te sigo.

–¡Ese es el espíritu! –la alentó él con una amplia sonrisa.

A Lisa aquel gesto le llegó al corazón y deseó para sus adentros volver a verlo sonreír así muy pronto.

Travis no lo habría admitido ni aunque lo hubiesen sometido a tortura, pero estaba destrozado. Hasta ese momento, el frío lo estaba manteniendo despierto. Pero si no podía echar una cabezadita pronto, ninguno de los dos saldría con vida de allí.

De pronto, divisó una cueva y casi gritó de alegría. Era justo lo que estaba buscando. Un saliente que, visto de lejos, no parecía más que una grieta bastante grande en la formación rocosa. Al

inspeccionarla más de cerca, sin embargo, parecía bastante profunda, el escondite perfecto.

Cada uno de sus músculos estaba suplicando descanso; pero antes de eso, tenía que cerciorarse de que el lugar era seguro. Dejó a la chica a la entrada de la cueva, tomó su rifle y encendió un mechero. No quería utilizar la linterna. Su luz era demasiado fuerte y podría haber llamado la atención de los secuestradores. Se adentró en la gruta.

La luz vacilante de la llama proyectaba extrañas sombras sobre las paredes de roca. Agarrando firmemente el rifle con la mano derecha, alzó el mechero en la izquierda mientras avanzaba agachado.

–¿Qué ves? –gritó Lisa desde fuera.

La pregunta resonó en la cueva. Travis se detuvo y cerró los ojos con incredulidad ante tanta insensatez. Rogó por que el lugar estuviera tan vacío como parecía.

–¡Silencio! –la siseó.

–Bueno, tampoco tienes que enfadarte...

Él sacudió la cabeza y sus labios se curvaron en una sonrisa que no pudo reprimir. Sin embargo, se puso serio de inmediato, concentrándose en la tarea. Las paredes parecían sólidas. Bien, si no había agujeros no entraría en la cueva ningún reptil.

El haberse criado en Texas lo había hecho desarrollar un cierto respeto a las serpientes y no quería tener una sorpresa mientras dormían.

¡Demonio, cómo le pesaban los párpados! Parecía que no hubiera dormido en un año. Parpadeó con fuerza y sacudió la cabeza, tratando de centrarse en lo que estaba haciendo.

En ese momento, por el rabillo del ojo le pareció ver que algo se movía. Giró la cabeza despacio. Era una serpiente. Parecía que no había más, pero aquella se movía con rapidez por el suelo arenoso de la cueva.

–¡Diantre! –masculló Travis. No podía arriesgarse a matarla de un disparo porque atraería la atención de los captores. Apretando los dientes, dejó el rifle a un lado, tomó su cuchillo y la mató, dándole un corte limpio en la cabeza.

Se puso de pie y miró a su alrededor una vez más. No, parecía que la serpiente no tenía ninguna amiguita, y si las tenía, habrían

salido. Bueno, aquello no era un palacio, pero no podían esperar encontrar nada mejor. Y era un lugar seguro... Por el momento. Al fin podrían descansar. Permanecerían allí ocultos hasta que decidiera cuál era la mejor ruta para salir del país.

–Travis... –lo llamó Lisa de nuevo–. Travis, ¿sigues ahí?

El marine pudo advertir el miedo en su voz. Aunque podía colmar la paciencia del santo Job, no podía culparla por estar asustada. Había pasado por mucho más que muchos civiles y, en honor a la verdad, no se había amilanado.

Él admiraba eso en las personas, fueran hombres o mujeres. Claro, que tampoco le hacía gracia tener que encargarse de ella; pero no había otra opción. Estaban juntos en aquello y, por bonita que fuera, era su responsabilidad, nada más. Sería mejor no olvidarlo.

–No hay peligro –le respondió–, entra.

–Al fin –murmuró ella adentrándose también en la cueva–, estaba empezando a preocuparme. Podías haberme dejado una linterna.

–Habrías llamado la atención de aquellos hombres –replicó Travis.

–Sí, ya –dijo Lisa acercándose a él–, pero tú vas y me dejas allí sola, a oscuras y...

Dio un gemido al ver la serpiente.

–¡Oh, Dios!

–Está muerta.

–¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor? –lo espetó ella, repugnada. Se echó hacia atrás y miró en derredor, como esperando que un tropel de reptiles se estuviera deslizando hacia ellos.

Él se agachó y agarró el cuerpo de la serpiente.

–Debe medir casi un metro –dijo admirado–. Te gustará más cocinada.

–¿Cocinada?

Travis habría jurado que estaba reprimiendo las arcadas.

–«Lo que no mata, alimenta» –la aleccionó.

–Sí, pero dicen que «uno es lo que come» –repuso Lisa, asqueada.

–Bien, allá tú con tus prejuicios culinarios –respondió él–. «El que tiene vergüenza, ni come ni almuerza».

–Quien come serpientes, enferma.

–Eso no es ningún dicho –replicó Travis.

–Es uno de mis favoritos –dijo ella–. Desde este mismo momento.

El marine se rio. Puso la mochila en el suelo y echó la serpiente a un lado.

–Siéntate –dijo a la chica–. Voy a buscar unos brezos. Haremos un pequeño fuego.

–¿Vas a dejarme sola con eso? –preguntó Lisa señalando la serpiente.

–Te aseguro que tú eres más peligrosa que ella.

Ella se apartó un mechón de pelo de los ojos azules, brillantes como zafiros. El cansancio podía leerse en su pálido rostro, pero aún así le pareció preciosa. Lo que había dicho era verdad, era peligrosa.

Capítulo Tres

Una hora después se encontraban sentados junto a un fuego tan minúsculo, que apenas merecía ese nombre. Con todo, era reconfortante escuchar el crepitar de los brezos quemándose, se dijo Lisa. Lo único que lo estropeaba era el ligero chisporroteo de la carne de serpiente asándose en un palo.

Lisa se estremeció de asco y levantó la vista hacia el hombre sentado frente a ella. Estaba quitándose la pintura de camuflaje con un trapo. Las pasadas del paño fueron dejando al descubierto sus rasgos.

Tenía las cejas negras como el tizón, y los ojos de un marrón muy oscuro. Cuando clavaba la vista en ella, era como si la derritiera una mezcla de deseo y expectación. Daba la impresión de estar muy seguro de sí mismo y la nariz, aunque no era perfecta, sí tenía mucho carácter. Fijándose una vez más en la fuerte y cuadrada barbilla, Lisa pensó que podría ganarse la vida como modelo. Pero, en vez de eso, se dedicaba a arrastrar a mujeres por el desierto mientras los disparaban.

–Nos quedaremos aquí hasta que anochezca de nuevo –le dijo Travis–. Entonces, nos pondremos en camino hacia El-Bahar. Su monarca simpatiza con los Estados Unidos y no está lejos de aquí.

–¿Cómo de lejos? –inquirió ella sin poder evitar un matiz exigente en su voz.

Travis examinó el mapa por décima vez en lo que iba de hora y la miró un instante.

–No muy lejos.

–¿Cuánto? –insistió Lisa.

–Más o menos un día de viaje –respondió él con calma–, pero, una vez hayamos entrado en su territorio, estarás a salvo.

–¿Un día? –repitió ella con un gemido de desesperación. Pero, en ese momento, se repitió las últimas palabras de Travis: «A salvo».

En las dos semanas que había durado su cautiverio, Lisa había reflexionado a menudo sobre aquella expresión. Antes de que la

raptaran en el centro comercial, nunca había pensado que un día su seguridad pudiera verse amenazada. ¿Volvería a sentirse segura alguna vez? Si lograba volver a su país, probablemente estaría mirando siempre detrás de ella, vigilando.

–Cuando lleguemos a El-Bahar –continuó él–, iremos directos a la embajada norteamericana y nos llevarán de vuelta a casa.

–Mi padre nos mandará su *jet* –le dijo Lisa, absorta en sus pensamientos.

Travis enarcó una ceja y sacudió la cabeza riéndose con incredulidad.

–¿Qué te hace tanta gracia? –le preguntó ella en tono seco. ¿Estaba riéndose de ella?

–Tú –respondió él, inclinándose para dar la vuelta a la carne–. Un avión normal no es lo suficientemente bueno para ti, ¿no? Necesitas un *jet* privado.

Lisa enrojeció un poco. Debía de haber sonado bastante esnob.

–Lo que quería decir era que...

–No te molestes, encanto –la interrumpió Travis–, sé muy bien lo que querías decir.

–¿Ah, sí?

Ella cruzó las piernas con el mayor decoro posible. Arregló como pudo el vestido, sucio y roto, y se quitó la camisa del marine. Las paredes de la cueva eran una barrera efectiva contra el viento, y la pequeña hoguera la había hecho entrar en calor.

–Pues sí –respondió él. Sacudió la cabeza de nuevo y se recostó contra la fría pared de roca. La había calado desde el principio, desde que había abierto los ojos sobre aquel camastro. Le daba igual herir su sensibilidad–. He conocido a montones de chicas como tú, niñas ricas que cuentan con el dinero de papá para comprarse lo que de otro modo no podrían pagar, porque no son capaces de ganarse la vida por sí mismas.

–Oye, oye... ¡Espera un momento! –lo interrumpió Lisa en tono furioso y los ojos echando llamas.

–Vaya, he dado en el clavo, ¿no es eso? Repasemos tu historia. Se te ocurre la genial idea de ir de compras a un área azotada por disturbios civiles y te secuestran.

–En los periódicos de nuestro país no avisaban de que hubiera peligro en...

–Y después –continuó Travis–, cuando te ves en apuros, esperas que papá pague el rescate que exigen por ti.

–¿Por qué habría de negarse? Soy su única hija.

–Sí, debe estar agradecido por eso –comentó él, satisfecho de ver cómo la molestaba aquello–. La cuestión es que, aunque hubiera pagado el rescate, no había garantías de que te liberaran.

–¡Claro que me habrían liberado!, ¿por qué no iban a hacerlo?

–Cariño –dijo el marine–, después de pasar dos semanas contigo, lo que me sorprende es que no se ofrecieran a pagar a tu padre para librarse de ti...

–¡No tienes derecho a decir esas cosas!

Travis agitó la mano como quitando importancia a su indignación.

–Pero volvamos a nuestra historia... Entonces es cuando entramos mis amigos y yo, porque el gobierno convenció a tu padre de que no pagara y nos envió a nosotros.

–¿Y qué? –le espetó Lisa–. Es tu trabajo, ¿no?

–Mi trabajo es ayudar a la gente que lo necesita, aun cuando se trate de niñas ricas mimadas cuya única preocupación es estar guapas y cómo gastar lo más rápido posible un dinero que no se han ganado.

Claro que, admitió él para sí mirándola de arriba abajo, guapa sí que era, mucho. El cabello, rubio, no le llegaba a los hombros, y era un poco ondulado. Sobre los ojos azules, como el mar al anochecer, se dibujaban unas cejas finas, perfectas y expresivas. Y los labios, tan carnosos... Travis tuvo que hacer un gran esfuerzo para apartar aquellos pensamientos de su mente. No era el lugar, ni el momento, ni mucho menos la mujer adecuada.

Decidió que, a partir de ese momento, pensaría en ella como una misión que se había complicado más de lo normal. ¡Si no lo hubiera hecho perder tiempo buscando aquel estúpido bolso! ¡Si aquellos dichosos tacones no los hubiesen retrasado en la huida!

Si las cosas hubieran sido distintas, ahora no tendría que estar cargando con ella. Se habrían separado, y en ese momento no estaría teniendo fantasías imposibles.

Al fin y al cabo, se recordó el marine, no era muy distinta de las chicas que había conocido en Texas. Aquellas niñas de papá disfrutaban pisoteando a todos los que encontraban en su camino.

Y, cuando conocían a tipos como él, estaban encantadas de divertirse con ellos un rato; pero, desde luego, no estaban dispuestas a presentárselos a su importante padre.

La familia de Travis Hawks no tenía dinero, pero el tenerlo, se dijo, no había hecho ningún bien a aquellas chicas, ni tampoco a esta, según parecía.

–Lamento que pienses así de mí –dijo Lisa.

Él parpadeó y su mente volvió a la conversación. Al menos, así no se haría ilusiones que se desvanecerían como se derrite un muñeco de nieve al sol.

–Oh, seguro que sí –respondió–, pero no me has replicado en nada.

–¡Pues estás muy equivocado! –le dijo ella, enfadada, inclinándose hacia él. Las llamas se reflejaban en sus ojos de tal modo, que casi parecían echar chispas–. No soy una niña malcriada. Y, para tu información, sí que trabajo: estoy en la junta directiva de varias instituciones benéficas.

Travis asintió con una sonrisa burlona en los labios y en los ojos.

–¡Oh, claro! Al menos tu dedo índice debe trabajar durísimo marcando los números de teléfono.

Lisa enarcó una ceja que desapareció al instante bajo su rubio flequillo.

–Así que trabajas, dices... Y qué, ¿acaso tienes que vivir de ello? No lo creo –la espetó Travis.

–Ya veo. Así que, para ti, lo que hago no tiene ningún valor, solo porque no tengo que preocuparme por mis ingresos.

–Yo no he dicho eso.

–Sí que lo has dicho.

En el fondo tenía razón. No tenía que haber empezado aquella discusión. ¿Qué le importaba lo que hiciera con su vida? Su misión era salir de allí y devolverla a donde pertenecía, entre algodones. Aún tendrían que aguantarse unos días, así que, ¿por qué pelear?

–¿Sabes lo que eres? –le dijo la chica inclinando la cabeza hacia un lado. Lo estaba observando con los ojos entrecerrados, como si fuera un insecto insignificante bajo un microscopio.

–No, pero estoy deseando que me lo digas.

– Eres un esnob –respondió ella. Sus labios carnosos se curvaron en una leve sonrisa.

Travis prorrumpió en fuertes carcajadas que chocaron contra las paredes de roca y el eco de la cueva repitió.

–¿Un esnob?

–Exacto.

–Cariño, no tengo suficiente dinero como para ser un esnob.

–Claro que lo eres. Eres un esnob a la inversa –contraatacó Lisa cruzándose de brazos.

–¡Esta sí que es buena! –exclamó él, bastante intrigado a pesar de todo. Se quedó mirándola, esperando que continuara, y no pudo menos que admitir para sí que aquel vestido, sucio y roto como estaba, le sentaba realmente bien.

–No tienes dinero; por eso prejuzgas a la gente que sí lo tiene.

–Perdona, encanto –le recordó él–, pero tú tampoco tienes dinero, es tu papaíto quien lo tiene.

Los ojos de ella se entrecerraron de nuevo y Travis pensó que iba a abofetearlo. Pero no lo hizo, sino que siguió hablando. No sabía qué era peor.

–Eres un esnob y eso no cambiará aunque trates de cambiar de tema.

–Oh, ya veo.

–Si no, ¿por qué te atreves a hacer suposiciones acerca de mí? –le preguntó tamborileando los dedos sobre los brazos–. Ni siquiera me conoces.

–Ya lo creo que sí. Conozco a las de tu clase.

–Las de... ¿«Mi clase»?

–Sí –su madre se habría disgustado mucho, pero lo cierto era que estaba empezando a divertirse. Nada como una buena discusión para olvidarse de las preocupaciones. Lo más seguro fuese que la chica estaría tan furiosa con él, que en aquel momento ni se acordaría de sus captores, ni de las pocas posibilidades que tenían de salir de allí. Más bien, se dijo, estaría deseando arrancarle la cabeza.

Claro que, tampoco es que él hubiera empezado aquella discusión con fines tan altruistas. De hecho, aquella niñata lo irritaba sobremanera con su ropa a la moda y sus gimoteos por tener que correr para salvar su propia vida. Pero, al fin, había logrado desatar su temperamento y Travis se estaba divirtiendo de lo lindo haciéndola rabiar.

–Oh, ¡qué argumento tan sólido! Es irrefutable... –replicó ella, sarcástica.

–Vaya –respondió él riendo entre dientes–, ¿ahora quieres deslumbrarme con tu vocabulario?

–Eres peor que un grano en el...

–Oye, oye... esas cosas no las dice una dama... –la cortó él.

Lisa inspiró con profundidad, reteniendo el aire. Aquello tenía un efecto asombroso en su busto, observó él para sí.

–No pienso discutir más contigo –concluyó ella soltando el aire.

–No se te ocurren más réplicas ingeniosas, ¿eh?

Ella le dirigió una mirada asesina. Seguro que con ella dejaba acobardados a los niños ricos que conocía, pensó Travis. Pero a él, ni lo impresionaba, ni tampoco lo intimidaba.

Tras un largo rato en silencio, la chica descruzó los brazos y tomó su bolso del suelo. Ignorando al marine por completo, lo abrió y empezó a rebuscar dentro.

–Eres una persona irritante –murmuró sin mirarlo.

–Pues tratar contigo tampoco es que sea una delicia, la verdad.

Lisa alzó la cabeza para lanzarle otra de aquellas miradas, semejantes a las de señora de la casa con un sirviente inútil.

–Vaya, siento no ser muy divertida. Puede que tú estés acostumbrado a esta clase de cosas –lo espetó–, pero yo no.

–No hace falta que lo jures.

–Y no me gusta que quien se supone que debía salvarme me atosigue todo el tiempo.

–Pues, a mí no me gusta tener que aguantar tus quejas, sobre todo cuando fue tu culpa que no llegáramos al helicóptero.

–¿Qué dices? –exclamó ella, indignada–. ¡Tú les hiciste señales para que se marcharan!

Travis se inclinó hacia delante, mirándola con fijeza a los ojos.

–Ya habían alcanzado a un hombre. Les dije que se fueran para que nadie muriera por esperarnos.

Lisa volvió a inspirar profundamente antes de soltar el aire.

–Ese hombre... –comenzó–. ¿Crees que esté...?

Él se negó a considerar aquella posibilidad. A aquella distancia no podía saber quién era el hombre que estaba en la puerta abierta del helicóptero. Pero, fuera quien fuera, era un compañero, un marine. No quería ni pensar que hubieran podido matarlo porque él

no había sido capaz de hacer que la chica fuera más deprisa.

–No lo sé –miró a Lisa con los ojos entrecerrados–. Pero con un hombre herido ya era bastante, ¿no crees?

La joven apretó los labios hasta que solo fueron una delgada línea, y sus ojos brillaron con lo que él pensó eran lágrimas. Sin embargo, al instante siguiente, aquella fragilidad había desaparecido y la Lisa sardónica había regresado.

–Está bien –admitió ella–, fue culpa mía. De haber sabido que iban a raptarme y que tendría que hacer un maratón por el desierto, me habría puesto unas zapatillas de deporte y unos vaqueros.

–Habría dado lo mismo, maldita sea.

Lisa irguió los hombros y levantó la barbilla. Se echó el cabello hacia atrás y le preguntó:

–¿No te caigo muy bien, verdad?

Travis sintió que la rabia lo invadía. Estaba irritado con ella y consigo mismo. Lo cierto era que tenía razón en una cosa: no tenía derecho a juzgarla. Ella era solo una misión más, simple y llanamente. Aparte de eso, nada más lo concernía.

–Deja que te diga algo, encanto. Cuatro amigos míos y yo vinimos a este endiablado agujero para salvar tu bonito trasero –volvió a inclinarse hacia ella–. Atravesamos el desierto, pusimos explosivos para cubrir la huida, arriesgamos un piloto y su tripulación, de la cual un hombre puede estar herido o muerto y ni una, ni una sola vez desde que te saqué de allí, me has dicho «gracias».

A la tenue luz del fuego, Travis pudo ver que la chica se sonrojaba. Le había dado a probar su propia medicina.

Sin embargo, al momento se sintió mal. Tal vez se había pasado un poco. Retiró el palo del fuego y apretó un poco la carne con dos dedos.

–Está hecha –le dijo ofreciéndole.

–No, yo no...

–Vamos, te gustará.

–Déjame adivinar –dijo ella–, sabe a pollo.

–Bueno, se parece un poco –asintió él.

–No, no... No puedo –se negó Lisa mirando la carne como si la fuese a morder–. No puedo comerme una serpiente.

–Tienes que comer algo –el tono de Travis mostraba una

paciencia deliberada–. Vamos, te aseguro que sabe mejor que una lata de comida LPE.

–¿Comida qué?

–«Lista para engullir». Así es como llamamos a la comida envasada que llevamos –le dijo sacando un paquete de plástico rectangular de la mochila. Clavó la improvisada brocheta en la arena, abrió la tapa y extrajo una lata cuya etiqueta ponía: «Bonito encebollado».

–¡Dios mío! –exclamó Lisa, atónita, mirando la caja y luego a los ojos de él–. ¿Es eso lo que os dan de comer?

–Sí –respondió Travis encogiéndose de hombros–. Tampoco es tan malo, pero la serpiente sabe mejor. Anda, come.

–No, gracias.

Él la miró muy serio.

–Como quieras, pero antes de un rato estarás muerta de hambre.

Ella sonrió y extrajo del bolso dos trozos de pan.

–¿Llevas comida ahí? –preguntó Travis, sorprendido.

–¿Para qué iba a querer llevármelo si no? –respondió ella–. Como tú dijiste, por aquí no hay centros comerciales...

Él se sintió mal al escuchar sus propias palabras.

–¿De dónde los has sacado? –inquirió con suavidad.

Lisa siguió sacando alimentos del bolso: trozos de carne, gajos de naranja y un puñado de dátiles.

–Cuando me traían la comida –explicó–, guardaba la mitad en el bolso. Así, cuando se olvidaban de darme de comer, tenía algo que llevarme a la boca –se encogió de hombros como si aquello fuese una nimiedad. Aquel gesto impresionó a Travis.

–Escondías parte de tu comida... –repitió él, admirado.

De pronto, sintió respeto hacia ella. Había sobrevivido, no había sido una víctima pasiva. Era probable que aquellas dos semanas no hubiesen sido fáciles para ella. Muchas otras personas en similares circunstancias habrían sucumbido, pero ella había empleado la cabeza, había mirado al futuro cuando sus esperanzas eran mínimas.

Poca gente habría sido capaz de reservar la mitad de lo que seguramente habrían sido unas comidas exiguas. En un instante, Lisa había ganado muchos puntos ante él.

–Tú habrías hecho lo mismo –le dijo. Era obvio, quería restar

importancia a lo que había hecho–. Después de todo, era posible que se cansaran de tener que alimentar a una chiquilla rica y malcriada.

Travis la miró fijamente.

–Eso fue muy inteligente por tu parte. La mayoría de la gente se habría comido lo poco que le trajeran sin pensar en el día siguiente.

Lisa le sonrió y él sintió que algo en su corazón palpitaba con fuerza.

–¿Quieres un poco de pan para acompañar a la serpiente? –le ofreció ella. Le tendió uno de los dos trozos.

–Claro, encanto... Lisa –se corrigió con rapidez–. Gracias.

Al tomar el pan, el marine sintió el roce de los dedos de la chica y una agradable sensación de calor pareció dispararse por sus venas. Sus ojos se encontraron y ella le dijo:

–No, Travis, gracias a ti.

Él se quedó mirando un instante sus ojos azules como el mar, y supo que una mano invisible había tendido un puente entre ellos. Puede que no fuera muy sólido, pero al menos ya no los separaba un abismo.

Capítulo Cuatro

Aquel «gracias», que debería haber dicho horas atrás, había cambiado sustancialmente la relación entre ellos. Lisa podía sentirlo y sabía que él también. Al retirar la mano, trató de ignorar el cosquilleo en las puntas de los dedos.

Era como si hubiera tocado un cable de alta tensión en vez de la palma endurecida del marine. No había sentido nunca nada semejante y no sabía cómo debía actuar al respecto.

Jamás se le habría ocurrido que algo así podría suceder, que pudiera llegar a sentir por un hombre una atracción tan repentina y desbordante. Sobre todo, se dijo, por un hombre tan distinto de lo que siempre había sido su ideal.

Claro que, hasta entonces, no podía decirse que hubiera tenido muy buen ojo al elegir a sus parejas. Y es que, después de haber roto cinco compromisos, ya no estaba segura de que pudiera encontrar jamás a un hombre que mereciera la pena.

Cuatro de sus prometidos, un médico, un abogado, un banquero y un corredor de bolsa, habían resultado bastante insulsos. Solo se salvaba el quinto, un catedrático que enseñaba parapsicología. Lo cierto era que ninguna de aquellas relaciones había funcionado, pero al menos concordaban con su vida, una vida sin riesgos.

Todos ellos eran predecibles, fáciles de conocer y comprender. En cambio aquel hombre, aquel Daniel Boone de los marines, era todo un misterio y hacía que se le acelerase el pulso y se le secase la boca.

Había algo en la mirada que le dirigió Travis, que hizo que se le cortara la respiración un instante. Era como si tuviera mariposas en el estómago y le pareció que una sensación maravillosa recorría todo su cuerpo.

Si el solo roce de su mano la hacía sentirse así, ¿cómo sería un beso suyo? Su vista se posó en los labios del marine y, al hacerlo, tembló por dentro.

«¡Basta ya, Lisa», se reprendió para sus adentros.

Aún tendrían que pasar Dios sabía cuántos días juntos, y él le había dejado muy claro lo que pensaba de ella. Aquello no iba a ninguna parte. Y, sin embargo, se dijo levantando la mirada hacia los ojos de Travis: «¿qué hay de malo en fantasear un poco?»

–¿En qué estás pensando? –preguntó él, de repente.

Lisa dio un ligero respingo, esperando que no fuera capaz de leerle el pensamiento. Sería demasiado vergonzoso. Tenía que inventarse algo rápidamente.

–Pues… –comenzó–. Estaba preguntándome que es lo que huele tan mal, la cueva, la serpiente o el fuego. «Brillante, ¡menuda salida!».

Travis, sin embargo, no pareció advertir que mentía.

–Es el fuego –contestó–, bueno, los brezos. Si estuviéramos en mi tierra, en Texas –dijo haciendo una pausa. Una suave sonrisa iluminó sus facciones–, usaría madera de mesquite y te parecería que habías muerto y subido al cielo. Da un olor estupendo.

–¿Así que eres de Texas? –preguntó Lisa. Marine y de Texas… No le extrañaba que hubiera estado tan seguro de que podían atravesar el desierto antes del amanecer. Era probable que se creyese capaz de caminar sobre las aguas. La verdad era que ella misma estaba empezando a creerlo capaz de cualquier hazaña.

–Sí –la sonrisa de orgullo en su rostro se hizo más amplia.

De nuevo, ella sintió que se derretía por dentro. Tenía que dominar sus reacciones. Aquel no era el momento ni el lugar, ni mucho menos el hombre adecuado.

«¡Por amor de Dios, Lisa! Estás en una cueva, en medio del desierto… Contrólate», se repitió una y otra vez para sus adentros. Pero, a pesar de sus esfuerzos, el corazón parecía querer salírsele del pecho. Aquello no iba nada bien.

Travis empezó a hablar de su hogar. En sus ojos se leía lo mucho que lo amaba, mientras le describía el rancho de su familia, los caballos, los atardeceres… También le habló de los suyos, del pequeño pueblo en el que había crecido. Lisa casi podía verlo en su imaginación.

La mirada soñadora en los ojos del marine suavizó sus facciones. Era como si estuviera recreando en la mente un recuerdo tan bueno, tan preciado, que fuera capaz de hacerlo olvidar la situación en la que estaban. La tensión se disipó de su rostro y sus labios sonreían

de tal modo, que Lisa deseó poder ver lo que estaba viendo él.

De pronto, se sintió muy sola y una pequeña punzada de envidia atenazó su corazón. Ella se preguntó cómo sería tener un hogar de verdad, un hogar en el que las personas y los lugares resultaran tan familiares como uno mismo.

Su madre había muerto cuando ella tenía tres años y su padre, viudo, la envió durante la infancia y adolescencia a distintos internados. Y, cuando llegaban las vacaciones escolares, no había para ella un hogar al que regresar: se iban a España, a París o a Suiza. No es que se quejara, después de todo a la mayoría de la gente le habría encantado visitar aquellos países, pero...

Pero ella nunca había disfrutado de algo tan sencillo como su propia habitación, un espacio privado. Se alojaban siempre en hoteles o chalets que su padre alquilaba. No sentía que perteneciera a ningún sitio en particular.

Claro que, para la mayoría de la gente, sus problemas debían resultar triviales. El solo pensamiento la hacía sentir culpable, pero, ¿por qué había de sentirlo? No podía evitar lamentar haberse perdido ciertas cosas, y un viejo dolor que creía enterrado volvió a ella.

Sin embargo, lo empujó, con valentía al agujero de donde había salido y lo tapó, como siempre había hecho, con una sonrisa.

–Uno de mis hermanos suele decir que la artemisa es el mejor arbusto para hacer fuego –dijo Travis–, pero cualquiera es bueno si tienes también un poco de madera de mesquite.

«Uno de sus hermanos», se repitió Lisa volviendo a sentir celos. ¿Cuántas noches habría permanecido ella despierta soñando con tener algún hermano o hermana con quien pelearse y compartir secretos?

–Yo soy hija única.

Él sonrió ligeramente.

–No sabes lo que yo habría dado un montón de veces por poder decir lo mismo.

–Pues no es tan estupendo, créeme –replicó ella con suavidad. Bajó la vista simulando que alisaba el dobladillo del roto y sucio vestido sobre sus rodillas.

–No, claro, ahora que ya somos todos mayores, supongo que me alegro de tener hermanos.

–¿Cuántos sois?
–Seis, cuatro chicos y dos chicas.
–¿Seis? –repitió Lisa, asombrada.
–En Texas hacemos las cosas a lo grande –bromeó Travis.
–Eso parece –rió ella.
–Y todos sabemos cocinar –le aseguró volviendo a tenderle un trozo de carne de serpiente humeante.
Ella lo miró con desagrado.
–No, en serio, de verdad que no me apetece.
El marine enarcó las negras cejas y le dirigió una sonrisa desafiante.
–¿La asusta probar cosas nuevas, señorita Chambers?
–Por supuesto que no –resopló ella–. Solo soy cautelosa.
–Gallina.
Lisa sacudió la cabeza.
–No vas a conseguir que me coma eso retándome como si estuviéramos en primaria.
Travis empezó a imitar, con bastante fidelidad, el cacareo de una gallina.
–Oh, de acuerdo –claudicó ella tomando un trozo de carne. Si se hubiera parado a pensarlo, le habrían entrado ganas de vomitar o habría cambiado de idea; así que se lo metió en la boca y masticó. Pasado un largo rato, se lo tragó y miró a Travis, que esperaba su opinión.
–¿Y bien? –le preguntó.
–Bueno, no está tan malo –admitió Lisa. No pensaba confesar que, de hecho, estaba bastante bueno. Siempre y cuando no pensara en qué era lo que estaba comiendo, claro.
–¿Quieres más? –le ofreció él con una sonrisa malévola.
Ella suspiró.
–Te lo estás pasando en grande, ¿eh?
–La verdad es que sí. Vamos, te ha gustado.
–No eres muy modesto que digamos.
–Lisa, las únicas personas modestas de verdad son las que están acostumbradas a perder.
Ella se quedó mirándolo. Desde luego, por sus rasgos más bien cuadrados y la tenacidad en sus ojos, se veía que Travis no era hombre acostumbrado a perder.

En la embajada de los Estados Unidos en El-Bahar, el sargento de artillería, Jeff Hunter, hablaba por teléfono con su superior.

–Sí, señor. Esperaremos sus instrucciones.

Dirigió una mirada irritada a los dos hombres de pie junto a él. J.T. y Deke parecían tan impacientes como él. Lo cierto era que ninguno de ellos se sentía cómodo allí, en la embajada, mientras Travis y la rehén seguían en medio del desierto. No había nada peor que estar a la espera sin poder hacer nada, se dijo el sargento.

Con aquel pensamiento en mente, interrumpió al coronel al otro lado de la línea.

–Señor, si diera usted la orden, mi equipo y yo estaríamos de nuevo en la zona dentro de una hora. Encontraremos a Hawks y a la chica y los traeremos de vuelta.

–Ni hablar, bajo ningún concepto voy a mandarlos de nuevo a usted y a sus hombres allí –se negó el coronel Sullivan–. Se suponía que era un misión encubierta. No podemos arriesgarnos a mandarlos de nuevo, al menos no por ahora.

Jeff sacudió la cabeza en dirección a los dos hombres. Aquella operación, que debería haber seguido dependiendo del ejército, estaba ahora en manos de los políticos. J.T. maldijo en voz baja y Deke gruñó iracundo.

–Entendido, señor –respondió Jeff. Aunque sonara sumiso, aquella situación no le hacía la más mínima gracia.

Los dos hombres lo oyeron decir «sí, señor» unas cuantas veces más antes de colgar enfadado el auricular.

–No nos dejan volver, ¿verdad? –preguntó J.T.

–No –respondió Jeff mirando a Deke–. No quieren arriesgarse a que esto salga en las noticias de la CNN esta noche.

–Así que –mascculló J.T. entre dientes–, prefieren dejar a Travis en el desierto a su suerte.

–Me temo que así es –asintió Jeff. No podía dejar de preguntarse qué había salido mal.

–¿Y qué hay de la chica? –preguntó Deke–. Supongo que el padre estará llamando a todas las puertas que pueda para que hagan algo...

–El señor Chambers –replicó Jeff–, no sabe lo que ha pasado...

Todavía.

–Travis la sacará de allí –aseguró J.T.–. No hay nadie mejor que él para esta misión.

–Es cierto –convino Jeff. Se acercó al amplio ventanal en el despacho del embajador. Miró al exterior, a la bulliciosa calle y, después, alzó la vista hacia el desierto en la distancia. Aquella zona era peligrosa y no resultaba fácil sobrevivir allí. Era una suerte que el propio Travis fuera un hombre duro y un amante del peligro.

Una hora más tarde, Travis se encontraba de pie a la entrada de la cueva, peinando con la vista el paisaje quemado por el sol. Este brillaba ya con crueldad en un cielo casi blanco. En la lejanía, el calor producía ondas difuminando el horizonte. Parecía una gran masa de agua, pero la vista podía estar engañándolo. Sería un espejismo, se dijo guiñando los ojos. En Texas los había visto en los días más calurosos del verano.

Sabía muy bien que un hombre desesperado podía caminar horas en busca de unas aguas que no existían, hasta que era demasiado tarde y las fuerzas lo abandonaban.

Apretando el rifle contra su pecho, apartó la mirada del horizonte y volvió a pasar la vista por todo el paisaje. No había signos de presencia humana, pero aquello no significaba nada. No podía basar sus actos en observaciones superficiales. Su misión era conseguir sacar de allí a Lisa sana y salva.

Aquello implicaba que tendría que centrarse en la misión y no en ella, se recordó Travis, tendría que controlar sus hormonas. Demonios, llevaba años en los marines, y nunca había hablado con un rehén como si estuvieran teniendo una cita o algo parecido.

Estaba molesto consigo mismo. Si cometía el más mínimo descuido, podrían volver a capturarla, o tal vez matarla. No podía atender dos asuntos al mismo tiempo. No podía permitirse pensar en ella como nada más que su responsabilidad.

No es que tuvieran que ser enemigos, claro. De hecho, las cosas marcharían mucho mejor si unían sus fuerzas, pero tampoco era cuestión de darle demasiadas confianzas. Tenía que actuar con la cabeza fría, con profesionalidad.

Y, si eso implicaba mantener las distancias y ser un poco

antipático, no tendría más remedio que hacerlo. Era preferible que ella lo detestara a que le dirigiera otra de aquellas sonrisas seductoras. ¿Cómo iba a concentrarse en los peligros que los rodeaban cuando tenía que resistirse a la vez a los encantos de una mujer?

No, aquello sería mucho más fácil si volvían a llevarse como el perro y el gato. Tampoco es que fuera tan difícil conseguirlo; bastaba pincharla un poco para que se pusiera a la defensiva.

Se dio media vuelta y volvió a entrar en la cueva, donde había dejado a Lisa esperándolo.

–¿Has visto algo? –preguntó ella. Él pudo notar el temor en su voz, aparentemente calmada.

–No –respondió él–, pero eso no significa demasiado. Estaremos más seguros aquí. Nos marcharemos cuando caiga la noche. Así no pasaremos tanto calor y, además, nos será más fácil ocultarnos en las sombras.

Ella asintió con la cabeza, pero Travis sabía que aquel plan le apetecía tanto como una visita al dentista. No es que se lo reprochara. No estaba acostumbrada a pasar por semejantes dificultades. Seguramente, en la mayoría de sus días, lo máximo que había caminado, era un corto trecho en la acera para parar un taxi.

Ya estaba excusándola otra vez, se reprendió a sí mismo. Si no la obligaba a superarse, no saldrían de allí con vida, y cuanto más se esforzase ella, antes estarían de vuelta en casa... Lejos el uno del otro, en el lugar que les correspondía.

–Será mejor que duermas un poco –le dijo. Apagó con el pie los rescoldos de la pequeña hoguera y le dijo que se echara junto a la pared de la cueva. Él se tendería a su lado, y así la protegería de cualquier peligro.

–¿Vamos a dormir aquí? –preguntó ella.

Él giró la cabeza hacia ella tratando de hacer caso omiso al miedo en sus ojos.

–Bueno, traté de reservar en el Hilton, pero estaba completo.

–Muy gracioso –dijo Lisa. Se tumbó en el duro y frío suelo, tratando de acomodarse, sin conseguirlo.

–Imagínate que estás de acampada –sugirió Travis echándose a su lado sin mirarla.

–No he ido de acampada en mi vida.

–¿Por qué será que no me sorprende? –replicó él.

Lisa murmuró algo que él no alcanzó a entender, y Travis la oyó en la oscuridad, dando vueltas y más vueltas para ponerse cómoda.

–Escucha –le dijo él sintiendo que el cansancio lo vencía–, estamos aquí atrapados. No podemos irnos todavía. No haríamos ni un kilómetro con la poca agua que tenemos.

–Sí, pero...

–Por fin tenemos ocasión de dormir y vamos a aprovecharla.

Ella se sentó, miró el oscuro pasadizo que conducía al exterior y volvió la cabeza hacia él.

–¿Y qué pasa si entra alguien mientras estamos durmiendo, eh? ¿Qué pasará entonces, «señor héroe»? –preguntó en un tono exigente.

Según parecía, ella también había decidido romper el statu quo. Tanto mejor, las cosas les resultarían más fáciles así. Cerrando los ojos, Travis murmuró:

–Créeme, no me cabe la menor duda de que los tipos que te raptaron estarán celebrando el haberte perdido de vista. Y, si tienen dos dedos de frente, no te buscarán.

Y si estaban buscándola, se dijo Travis, él los escucharía antes de que pudieran acercarse a un metro de ella. Hacía mucho que había aprendido a dormir con un ojo abierto. Mientras estuviera con él, estaba a salvo. Él se encargaría de ello.

Capítulo Cinco

Travis estaba a dormivela, pero unos murmullos lo pusieron en total alerta. Se incorporó y miró alrededor. No había entrado nadie: era Lisa hablando en sueños. Él volvió a recostarse, quedándose apoyado en el codo, y miró a la chica.

Parecía estar teniendo pesadillas. La luz que entraba por la boca de la cueva era muy tenue, pero aun así podía ver la tensión en su rostro. Tenía el entrecejo fruncido y movía la cabeza de un lado para otro.

El marine no lograba comprender las palabras que murmuraba frenética, pero sí noto un matiz de miedo en su voz. Con el corazón en un puño, la observó pelear con sus demonios. Apretando los dientes, Travis se esforzó por reprimir su instinto de protección.

Ella no quería que la viera como una chica débil, y habían estado a la gresca todo el tiempo, pero... No podía quedarse allí sentado viéndola sufrir aunque fuera en sueños.

–Lisa... –susurró adelantando una mano hacia ella. No, no debía... Se detuvo y cerró la mano en un puño. Tenía que mantener las distancias, se dijo con tozudez. Trató de ignorar la lágrima que rodaba por la mejilla de Lisa, pero no pudo. Ver llorar a una mujer hacía que le hirviese la sangre. ¿Estaría soñando con sus secuestradores? ¿Le habrían hecho daño?

En ese momento, se sintió mal por haberla tratado con tanta dureza en su huida a través del desierto. Ella no se había derrumbado, le había demostrado que no era una persona débil.

–Lisa... –la llamó alzando un poco la voz. Si no podía evitarle los malos recuerdos, al menos la sacaría de sus pesadillas.

–¡No! –exclamó ella sin despertarse. Había pronunciado aquella palabra con tanta decisión y claridad, que él se sintió más tranquilo. Era una chica fuerte, quizá más fuerte de lo que ella pensaba. Ni siquiera en sueños se rendía.

Travis abrió el puño y le dio una ligera caricia en el brazo, tratando de no dejarse llevar por la suavidad de su piel. Aquello

resultaba muy difícil, era como si su temperatura interior subiese de golpe varios grados, como si sus venas transportasen lava en vez de sangre. Demonios, era como si tuviera electricidad estática. Tragó saliva con dificultad y murmuró:

–Tranquila, Lisa, estás a salvo.

Ya fuera por el sonido de su voz o el tacto de la mano, ella se calmó en ese instante. Se giró dormida hacia Travis y se acurrucó más cerca de él. El marine se tumbó de nuevo y no se movió, dejando que ella pusiera la mano sobre su pecho y apoyase la cabeza en el hueco de su hombro.

Una parte de sí le decía que aquello no significaba nada, que ella se había acercado a él como la niña que busca consuelo abrazando un peluche. Y, sin embargo, la cálida sensación del cuerpo de la chica contra el suyo casi hizo que olvidara sus firmes propósitos de mantener las distancias.

Travis se quedó despierto un buen rato, mirando pensativo el techo de la cueva en la oscuridad, mientras ella dormía tranquila entre sus brazos.

Lisa se despertó asustada y abrió los ojos de golpe. Los rápidos latidos de su corazón le retumbaban en los oídos. Tragó saliva. Durante un buen rato no sabía dónde se encontraba, pero los dolores que sentía por todo el cuerpo se lo recordaron. En la cueva... Con el «superhéroe». ¿Cómo podía haberlo olvidado aunque hubiera sido por unos segundos? ¡Dios, le dolía todo!

Aquella carrera por el desierto la había dejado hecha polvo. ¡Y había comido serpiente! Solo pensar en ello hizo que le entraran náuseas. Y luego, había pasado horas discutiendo con aquel hombre, con aquel cabeza cuadrada...

Trató de moverse, pero su cuerpo dolorido no respondió. Y, en ese momento, se dio cuenta de que tenía la cabeza apoyada sobre el hombro del marine. Aquello era bastante embarazoso. No había hecho más que pelear con él y, nada más quedarse dormida, iba y se acurrucaba junto a él.

La única salida honorable de aquella situación era apartarse de él sin hacer ruido antes de que se despertara.

Claro que... ¡Estaba tan cómoda allí recostada sobre su hombro!

¡Tenía un cuerpo tan fuerte, tan sólido...! Se quedó escuchando los acompasados latidos de su corazón. Aunque sabía que los amenazaban mil peligros, se sentía segura entre sus brazos.

Desde que Travis apareció en aquel cuartucho horrible para rescatarla, él siempre había antepuesto la seguridad de ella ante todo. Incluso en aquel momento, allí echado junto a ella, interponiendo su cuerpo entre ella y la boca de la cueva, entre ella y el peligro.

«Basta» –se dijo–, «deja de darle puntos». Ya estaba en deuda con él; no quería llegar también a sentirse atraída por Travis. Y, sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en él. ¿Habría dormido? ¿O habría estado despierto toda la noche, vigilando?

¿Por qué tenía que pensar siquiera en él?, se preguntó a sí misma, molesta. La había insultado, la había hecho hacer un esfuerzo sobrehumano y la había enfadado. Así que, ¿por qué tenía que preocuparse por él? Para el marine, aquello era solo trabajo, algo que hacía a diario. Quizá ella no era más que la última persona de una larga lista de rehenes a los que había rescatado. Nada especial...

Lisa frunció el entrecejo algo molesta ante aquella última reflexión. Parte de la admiración que había sentido por él se desvaneció. Por supuesto que no era especial para Travis. Nadie la había considerado especial, ¿por qué habría de ser él diferente?

–¿En qué piensas?

La profunda voz del marine resonó con levedad en la cueva, haciendo que un escalofrío recorriera su espalda.

–¡Jesús, qué susto me has dado! –exclamó Lisa. Se apartó de él, incorporándose como un resorte. Se puso una mano en el pecho, parecía que el corazón fuera a salírsele. Sintió que las mejillas se le coloreaban y dio gracias porque estuviera oscuro. «Te está bien empleado, tonta», se dijo. Ponerse melancólica, compadecerse de sí misma...

Por suerte, él no podía leer en su mente. Sin saber por qué, volvió a la ofensiva:

–Como no pudiste matarme corriendo, quieres hacerlo de un susto, ¿verdad?

Los ojos de Travis se clavaron en los suyos. Aún en la oscuridad,

Lisa sintió el poder de aquella mirada, y se estremeció por dentro. «Otra vez no…».

–No hasta que lleguemos a nuestro destino –respondió él.

Claro, el «Capitán América» se ponía en marcha después de un sueño reparador…

–Entonces, ¿nos vamos?

–Si ya es de noche, sí –le dijo él levantándose–. Bebe otro poco de agua. Voy a echar un vistazo ahí fuera.

Ella lo observó alejarse, maravillándose de que un hombre tan grande pudiera moverse con tanto sigilo. Al cabo de unos segundos, volvió a entrar.

–El sol ya se ha ido –la informó–. Hora de irse.

Lisa reprimió un gemido de disgusto mientras él empacaba las pocas cosas que llevaba consigo. Travis le permitió beber otro trago, a continuación bebió él, y la ayudó a ponerse de pie.

–Ten, ponte otra vez mi camisa –le dijo tomándola del suelo y ofreciéndosela–. Dentro de nada volverás a tener frío.

Ella se la puso y se quedó mirándolo un buen rato. Tenía el pecho de una anchura extraordinaria ancho y, con su cuadrado mentón, parecía esgrimir una actitud desafiante ante la vida. El arma que sostenía sin duda era precisa y letal, pero la mirada en sus ojos le dijo que no permitiría que nada ni nadie la dañara. Había vuelto a llenar de calor su corazón.

–Vamos, lo estás haciendo bien.

Lisa resopló apartándose el flequillo de los ojos. La mirada iracunda que le lanzó hablaba por sí misma. Si hubiera tenido una pistola, ya haría un par de horas que sería hombre muerto.

–¿Cuá… cuánto llevamos? –le preguntó tratando en vano de tomar aliento.

Travis captó la indirecta y se detuvo.

–Un par de kilómetros.

–Pues parece que lleváramos más –respondió ella dejándose caer al suelo. Levantando la mirada le dijo–: No quiero que pienses de mí que soy como una niña de tres años en el asiento de atrás del coche, pero… ¿Cuánto queda?

Él esbozó una breve sonrisa y se sacó el mapa del bolsillo del

pantalón, que había consultado ya varias veces. Hincó una rodilla en el suelo junto a ella y desplegó el mapa.

–La ciudad aún está lejos, pero ya casi estamos en el territorio de El-Bahar.

–Eso es bueno, ¿no?

–Sí, cuando estemos a salvo al otro lado de la frontera, al fin podremos relajarnos.

–«Relajarnos»... ¡Qué palabra tan maravillosa! –suspiró Lisa apartándose el cabello de la cara y frotándose la pantorrilla.

Travis frunció el entrecejo, contrariado. Él también desearía que hubiera otro modo más fácil de hacer aquello, pero no lo había. Si pudiera contactar con el equipo, podrían mandarles otro helicóptero, pero su micrófono era de corto alcance. Estaban solos y no tenían más remedio que aceptarlo, por mucho que ella se quejara.

–Vamos, lo estás haciendo muy bien –la animó. Seguramente le daba igual lo que dijera, pero era la verdad. En comparación, lo estaba haciendo mejor que cualquier marine.

Ella levantó con lentitud la cabeza hacia él para mirarlo.

–¿Eso pretendía ser un cumplido?

Travis se aclaró la garganta, se pasó una mano por el rostro y murmuró:

–Sí, supongo que sí.

Lisa se quedó mirándolo a los ojos. Era preciosa. La luz plateada de la luna hacía que pareciese que su vestido amarillo pálido estuviera confeccionado con finos hilos de oro. El cabello rubio le caía desordenado alrededor del rostro, formando unos bucles adorables. Travis sintió deseos de enredar sus dedos en ellos.

El marine se notó la boca seca, aunque no precisamente por la falta de agua. Era como si sus nervios se hallaran revueltos en una maraña y todo su ser gritara que la necesitaba. Quería fingir que no ocurría nada, pero no podía engañar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Lo cierto era que la chica estaba calándolo hondo. Bueno, sí, se quejaba y discutía con él, pero en parte eso hacía el viaje más interesante. Y, debajo de la apariencia de niña rica mimada, había una voluntad de hierro. Nada podía torcer aquella voluntad. Ni el miedo, ni el cansancio... Ni siquiera él.

–Gracias, Travis –respondió Lisa en tono suave–. Viniendo de ti,

lo aprecio aún más.

El marine se dio cuenta de que lo decía en serio y lo agradaron sus palabras.

–Te lo has ganado.

–Ya lo sé –bromeó ella sonriéndole. Aquella sonrisa le produjo un impacto similar al de un disparo de mortero. Él tuvo que hacer un esfuerzo para dejar a un lado aquellos sentimientos y escucharla–, estoy hecha un asco, cansada y dolorida, pero lo estoy haciendo bien. Y voy a seguir así el resto del camino.

–Exacto –asintió Travis con la cabeza–, lo conseguirás.

Le tendió la cantimplora. Lisa la aceptó agradecida y, tras beber, se la devolvió. Él también tomó un trago, dejándolo en la boca un rato antes de tragar. Aquel buche le había apagado un poco la sed, pero, para apagar el fuego que estaba prendiendo dentro de él, necesitaría beberse un lago entero.

–¿Qué tal van los zapatos ahora? –preguntó cerrando la cantimplora. Tal vez cambiando de tema lograría mantener sus hormonas a raya.

–Sí –respondió la chica levantando el pie para examinar lo que quedaba de su caro pero inadecuado calzado–. Aunque Ferragano se sentiría insultado al ver cómo has mutilado su creación con tu cuchillo.

Más insultada debía sentirse ella, se dijo Travis recordando cómo lo miraba cuando la hizo sentarse y le cortó los altos y finos tacones. No es que él tuviera nada en contra de los tacones altos. De hecho, le encantaba como moldeaban las piernas de las mujeres, y sobre todo las de Lisa, admitió para sí. Sin embargo, no estaban hechos para atravesar el desierto.

En el horizonte nocturno asomaba ya una delgada franja de azul claro. Estaba amaneciendo y las estrellas parecían haber perdido parte de su fulgor. Entrecerrando los ojos, Travis echó un vistazo a los alrededores. En todas las direcciones la tierra era baldía por completo, no había nada.

Habían dejado hacía rato el terreno rocoso, habían entrado en el auténtico desierto. Las dunas de arena parecían extenderse sin fin. Tenían que encontrar un sitio donde guarecerse antes de que alboreara. Permanecer allí durante el día era arriesgarse a morir.

No solo estarían al descubierto, sino también a merced del sol

abrasador. No había cuevas por allí, pero sí algo que a ella le gustaría cien veces más. Y además, estaban en el territorio de El-Bahar; al fin se encontrarían a salvo. Con suerte, llegarían allí en menos de dos horas.

Poniéndose de pie, Travis tendió la mano a Lisa.

–Hora de irse.

Ella estaba tan cansada que ni se quejó. Tomó su mano y, al hacerlo, el roce de su pulgar sobre sus nudillos la hizo estremecerse. Él lo advirtió, y se preguntó si sería bueno o malo que le afectara a ambos un contacto tan leve.

Al tirar de ella para ayudarla a levantarse, Lisa gimió dolorida y se tambaleó hacia él. Travis la rodeó con sus brazos de manera instintiva, y la oyó contener la respiración cuando sus senos se apretaron contra el torso de él. Una ola de calor los inundó a los. Se sostuvieron la mirada largo rato antes de que ella se apartara despacio, casi de mala gana.

–Bien –dijo Lisa. Su voz tenía un matiz de entusiasmo exagerado que trataba, en vano, de hacer menos violenta la situación–, acabemos con esto.

Él asintió. Era lo que quería, terminar la misión; pero sabía que no podría olvidar lo que había sentido al tenerla entre sus brazos.

–Bien, si vamos a buen paso, creo que podremos hacer otra parada dentro de unas dos horas.

–Dos horas, ¿eh?

Lisa puso las manos en las lumbares y echó la cabeza hacia atrás, mirando el cielo.

Travis no podía quitarle los ojos de encima. Incluso con su camisa, demasiado grande para ella, tenía un aspecto muy femenino. Era extraño cómo al comienzo de la misión solo le había parecido una molestia, y en aquel momento... Ya no sabía qué pensar.

–¡Qué bonito!, ¿verdad?

–¿Qué?

Lisa volvió la cabeza hacia él y señaló con la palma de la mano el cielo cuajado de estrellas.

–Todo esto. Claro que, no estamos en las mejores circunstancias. Disfrutaría más de esto si estuviera en el balcón de un gran hotel, pero la verdad es que es realmente precioso.

Travis echó también la cabeza hacia atrás para admirar el resplandeciente cielo nocturno. Nunca antes había tenido la oportunidad de pararse un momento en medio de una misión para disfrutar de la vista.

–El aire es tan limpio aquí… –continuó ella en un susurro–. Parece que las estrellas estuvieran tan cerca, que solo con alargar la mano pudieras agarrar un puñado de ellas.

La chica giró despacio sobre sí misma para contemplar todo el cielo. El marine la observaba sorprendido. Cansada como estaba, era capaz de pararse a admirar la belleza del cielo estrellado. Él, que había pensado que no miraría nada que no estuviera dentro de un centro comercial… Lo cierto era que lo estaba sorprendiendo por momentos.

–¿No te parece increíble? –le preguntó Lisa.

Travis la miró un buen rato antes de contestar.

–Sí, sí que lo es.

Solo que no se refería al cielo.

Capítulo Seis

–¡Agua! –exclamó Lisa sin aliento. No se atrevía a creer lo que veían sus ojos–. ¡Es agua, montones de agua!

–Maravilloso, ¿no? –respondió Travis.

Ella lo miró y vio cómo una sonrisa se dibujaba en sus labios. Una sensación cálida la invadió, y Lisa tuvo que forzarse a volver la vista hacia la masa de agua. En aquel momento, le pareció lo más hermoso que había visto en la vida. Desde la cima de una duna de arena, se quedaron un buen rato admirando el llano valle que se extendía a sus pies. Era un oasis, un auténtico oasis.

Por alguna razón, nunca había pensado que existieran de verdad. Los consideraba un invento de Hollywood, creados por los cineastas cuando necesitaban un lugar de fondo exuberante para la típica escena de amor. Pero allí estaba, en medio de la vasta extensión de arena, como una esmeralda arrojada en el barro.

La tímida luz del amanecer aparecía en el horizonte señalando la salida del sol, y también el calor que traería consigo. Pero allá abajo, en aquel valle de ensueño, un grupo de altas palmeras se alzaba, formando un semicírculo en torno al agua. Una ligera brisa se levantó, agitándolas.

El ruido de las palmas al chocar entre sí semejaba el de los aplausos. Hasta las palmeras les daban la bienvenida. Y había hierba, hierba de verdad bordeando la orilla, y docenas de arbustos y plantas. Allí. En medio de la nada.

Tras haber pasado días y días en un mundo de monótono color arena, llena de miedo y cansancio, la simple vista del oasis fue suficiente para que su corazón se llenara de alivio.

–Sí, es maravilloso –respondió. Su voz sonó quebrada por la emoción.

–Es más aún –le dijo Travis–, estamos oficialmente en El-Bahar.

Lisa giró la cabeza hacia él de nuevo.

–¿Quieres decir...?

–...Que estamos a salvo –le aseguró él con una sonrisa amplia.

A salvo... ¡Lo habían conseguido! Habían escapado de los secuestradores y sobrevivido en el desierto. Los ojos de Lisa se llenaron de lágrimas, pero las contuvo. Parecía ridículo romper a llorar en aquel momento, cuando todo había acabado. Tendría que haber llorado en la cueva o cuando se esforzaba por ir al paso de Travis por las arenas, pero no en ese momento. No cuando todos sus problemas habían quedado atrás.

Los recuerdos de los últimos días pasaron por su mente como un torbellino. Imágenes del marine guiándola en la oscuridad, discutiendo con ella, alimentándola, protegiéndola... Le debía tanto, que nunca podría pagárselo. «¿Cómo darle las gracias a alguien que ha salvado tu vida?». Sobre todo, se dijo divertida, a alguien que no solía ponerle fáciles las cosas.

–No puedo creerlo –fue todo lo que acertó a decir.

–Puedes comprobarlo en el mapa si quieres –apuntó Travis para fastidiarla. Pero al mirarlo, a Lisa le pareció que supiera justo lo que estaba pensando.

–No es eso –respondió sonriéndole. Apartó sus ojos de los de él para mirar detrás de ellos, hacia aquel paisaje desértico del que venían. Parecía que hubiese pasado allí toda su vida y, aunque no lo admitiría ante nadie, hubo momentos en que pensó que nunca saldría de allí. Pero lo habían logrado. ¿Cómo era aquel dicho...? «Apaleado, pero no vencido». Lisa sonrió para sí y respiró tranquila por primera vez desde la mañana en que la raptaran.

Lo habían conseguido. Solo conocía a Travis desde hacía unos días, pero, de algún modo, se sentía más unida a él que a cualquier otra persona en el mundo. Era increíble como una experiencia tan intensa podía crear un vínculo tan fuerte entre dos personas en un tiempo tan corto.

Alzó la vista hacia el rostro de aquel hombre, tratando de memorizar las marcadas líneas de su perfil. El corazón le dio un vuelco. Le había salvado la vida. La había empujado hasta el límite y la había ayudado a rebasarlos.

–Lo has conseguido, Travis –le dijo. Y se miró en aquellos ojos marrones, que tan familiares le resultaban ya.

Él se puso muy serio y negó con la cabeza.

–No, Lisa, lo hemos conseguido.

Ella rio ante lo irónico que resultaba aquello.

–«Lo hemos», ¿eh? Eso es muy generoso por su parte, «Capitán América» –bromeó bajando la vista al verde césped a sus pies. Si no lo miraba, le resultaría más fácil decírselo–. Tú tienes mucho más mérito: tuviste que aguantar mis quejas todo el tiempo.

Travis la agarró del brazo y la hizo volverse hacia él. El contacto de su mano hizo que una ola de calor la recorriera, su respiración se volvió entrecortada y el pulso se le disparó. Volvía a sentir mariposas en el estómago, y Lisa se preguntó si volvería a tener aquella sensación con otro hombre cuando se separaran.

Él le acarició los nudillos con el pulgar antes de soltar su mano.

–No seas tan dura contigo misma –le dijo Travis–, has estado a la altura de las circunstancias. Mucha gente no lo habría soportado.

Ella aceptó aquel cumplido con agrado. Por una vez en su vida, había hecho algo por sí misma. Era extraño pensar que, solo tres semanas atrás, su mayor logro hasta la fecha había sido organizar una improvisada fiesta con cena incluida para setenta y cinco amigos de su padre. Aquello la había hecho sentirse muy ufana, pero no era comparable a lo que sentía en aquel momento.

Había superado las difíciles pruebas que el destino había puesto en su camino y las había superado. Había sobrevivido a un rapto y al hostil entorno del desierto. Había comido serpiente, dormido en una cueva y había seguido el ritmo de un guerrero profesional en una marcha forzada. No había sido fácil, pero lo había hecho.

Sí, se sentía orgullosa, muy orgullosa. Casi no podía creérselo. ¡Había pasado tanto tiempo desde la última vez en que se había sentido así!

–Hoy descansaremos –le dijo Travis. Lisa apartó sus pensamientos para escucharlo–. Y, cuando caiga el sol, nos dirigiremos a la ciudad. Si tenemos suerte, no tendremos que hacer todo el camino a pie. Puede que nos encontremos con una de las patrullas de la zona –se colgó el arma del hombro y le tendió la mano. Cuando Lisa la tomó, él entrelazó sus dedos con los de ella y le dijo–: Pero ahora, ¿qué te parece si bajamos ahí y recogemos un poco de agua?

Una hora más tarde, Travis estaba recostado contra el tronco de una palmera, con el arma en la hierba junto a él. Por primera vez

desde que empezara todo aquello podía descansar. Al fin estaban en El-Bahar. Sus perseguidores, aunque se encontraran en el desierto, unos kilómetros por detrás de ellos, no se aventurarían a cruzar la frontera, ya que aquello podría ocasionarles serios problemas.

«Misión cumplida» –pensó, y se preguntó por qué algo dentro de él seguía inquieto, como si quedara alguna cosa por hacer. Debería estar celebrándolo, por fin iban a separarse. Dos días atrás no había podido pensar en otra cosa. Pero entonces, contemplando a Lisa en la orilla del agua, a solo uno o dos metros de él, las cosas se veían de otro modo. Iluminada por la suave luz del alba, estaba arrodillada sobre la hierba usando su casco como jofaina.

Flexionando las rodillas, Travis apoyó las manos en ellas y la observó levantar un brazo, después el otro, frotándose la piel con el agua clara del oasis.

Sintió cómo su cuerpo se tensaba y apretó los puños para contener las emociones que pugnaban por desbordarse en su interior. Gracias a Dios que aquella misión acabaría pronto, se dijo. Estaba empezando a encariñarse demasiado con la chica. Si alguien le hubiera dicho que le iba a ocurrir aquello unos días atrás, le habría respondido que estaba loco.

Pero lo cierto era que ella le había llegado al corazón con su cabezonería, con su firme decisión de no dejarse doblegar, con su predisposición para discutir cualquier nimiedad... Y, sobre todo, por el hecho de que no se había dejado intimidar por él en lo más mínimo. La admiraba, nunca hubiera imaginado que llegaría a sentirse así.

Ninguna de las consentidas niñas de papá a las que había conocido habrían sobrevivido a aquello. Se habrían desmoronado ante tanta presión, al contrario que Lisa; ella se había superado. Como el acero templado con fuego, se había enfrentado a las situaciones más difíciles y había salido airosa de ellas siendo mejor de lo que era.

Travis entrecerró los ojos. En aquel momento, la chica estaba haciendo un cuenco con sus manos y echándose agua en el rostro y el cuello. Levantó la barbilla y se quedó mirando el cielo. El agua chorreaba por su garganta y por dentro del cuello del vestido.

Lisa suspiró y, para él, fue como si aquel suspiro le llegara hasta el alma. Era la primera vez que la veía a la luz del día. Tenía que

admitir que no estaba hecha para la noche, sino para la luz del sol. Su cabello rubio, húmedo como estaba, parecía de oro y su blanca piel era tan...

De pronto, el marine vio algo que hizo que lo sacudiera una descarga de ira. En unas pocas zancadas, llegó a su lado y se arrodilló junto a ella.

Ella lo miró, sonrió y le dijo:

–No sabes el gusto que da poder quitarse toda esa arena que... –se quedó callada al ver cómo la miraba– ¿Qué?, ¿qué pasa?

–Dímelo tú –le dijo haciéndola girarse hasta que tuvo de cerca lo que acababa de ver. Un gran moratón afeaba la piel del hombro de Lisa. Travis lo tocó con suavidad y ella contrajo el rostro, dolorida.

–Oh, eso...

Travis no se lo había visto antes. Pero claro, desde que la rescatara, habían estado todo el tiempo en la oscuridad, ya fuera la oscuridad de la noche o de la cueva.

–Sí, eso.

–No es nada, solo un golpe.

–¿Te pegaron? –le preguntó él, indignado. Tuvo que contenerse para no volver por donde habían ido, encontrar a aquellos canallas y darles un poco de su propia medicina.

Lisa se apartó y lo miró por encima del hombro.

–Solo uno de ellos. Por lo general, me trataban bastante bien. Todo lo bien que se podía esperar de unos tipos así. Esa fue la única vez que me pegaron.

–No debieron hacerlo ni una vez.

–Eso mismo pensé yo –le dijo ella con una sonrisa valiente que hizo que su corazón se derritiera. ¡Y pensar que ella no se había quejado de aquello en ninguna ocasión! Que no había lloriqueado, ni pedido su compasión a pesar de que debía dolerle... El alma de aquella chica debía tener un alambre de acero, se dijo Travis, que la hacía ser mucho más fuerte de lo que parecía.

El marine la imaginó sola, asustada, enfrentándose a sus secuestradores. Seguro que se había defendido con todas sus fuerzas. Al fin y al cabo, a él, que era su salvador, le había mordido la mano... Tal vez, aquella fuera la única marca física que le había quedado del secuestro, pero era probable que llevase muchas otras ocultas en el alma. Sin embargo, aquello no la había hecho rendirse.

Travis se sintió orgulloso de ella.

Dejándose llevar de una vez por los impulsos de su corazón, él alargó la mano y le acarició la mejilla con las puntas de los dedos. Lisa cerró los ojos y él notó cómo temblaba, igual que él. Su cerebro le gritaba que aquello le traería problemas pero, por fortuna, su cuerpo no escuchó aquel aviso.

Era como si la piel le ardiera, y su respiración se volvió trabajosa, con el corazón desbocado en el pecho. La quería, la necesitaba en aquel momento, en aquel lugar.

Los dedos del marine se deslizaron sobre la piel de la chica haciendo que ráfagas de calor lo invadieran una y otra vez. Estuvo a punto de atraerla hacia sí, abrazarla y besarla; pero, a pesar del deseo que lo azotaba, había una vocecilla racional en un rincón de su mente que le gritaba que se detuviese.

No era real, nada de todo aquello lo era. Era otro mundo, un mundo apartado de la realidad. Como aquel oasis en medio del desierto, el tiempo que había pasado con ella era un instante glorioso en medio de la vida diaria. Y pronto regresarían a la civilización donde él y ella, en circunstancias normales, jamás se habrían conocido.

Travis se apartó, pero Lisa tomó su mano en las de ella, apretándola contra su rostro, acariciando sus dedos.

–Travis...

–Esto es una equivocación –le dijo él. Su mirada iba de sus ojos a su boca una y otra vez.

Ella se humedeció los labios con la lengua, y Travis sintió que su interior se tensaba aún más, si es que aquello era posible.

–Pues a mí no me lo parece –replicó ella con voz dulce y acariciadora.

–Mañana te lo parecerá –respondió él. Si todavía tenía alguna neurona activa en el cerebro, detendría aquella locura. Todavía estaba a tiempo.

Lisa lo miró sin soltar su mano.

–Toda mi vida he estado preocupada por el mañana, planeando para el mañana. Por una vez, me gustaría vivir el presente y dejar que el futuro se ocupe de sí mismo.

Aquella era una invitación que no podía rechazar. No habría podido rehusar aunque hubiera querido. Atrayéndola hacia sí,

Travis inclinó la cabeza y sus miradas se encontraron.

Descendió lentamente hacia sus labios, de forma deliberada, dándole tiempo a cambiar de idea, pero esperando que no lo hiciera. Los segundos pasaron y cada vez estaba más cerca de ella. Inspiró con profundidad su aroma de mujer mezclado con la calidez del sol y la humedad del agua.

Ya solo estaban a unos milímetros y casi podía saborear sus labios. Lisa ladeó la cabeza y se inclinó hacia delante. Sus ojos azules se miraron en los de él, y Travis hubiera jurado que podía ver su alma.

Cuando sus labios se encontraron, él cerró los ojos y dejó de pensar. Las sensaciones manaban a raudales de su interior, ahogando toda lógica, como si una ola gigante se le hubiera echado encima. Travis decidió montar sobre aquella ola en vez de luchar contra ella.

Abrazó a Lisa con fuerza e hizo el beso más profundo, separando sus labios con la lengua, adentrándose en aquella calidez, saboreándola. La joven suspiró dentro de su boca y él se adueñó de aquella pequeña bocanada de aire, aspirándola como si fuera a necesitar aquel aliento más tarde.

La lengua de Lisa se enroscó con la suya y le echó los brazos al cuello, acariciándole la nuca con los dedos. Travis se estremeció ante aquel contacto. Quería más, la necesitaba. Interrumpiendo el beso, deslizó los labios por la garganta de ella. La suave piel de la chica sabía a arena y agua fresca; aquello hizo que el deseo volviera a correr por sus venas.

Lisa gimió y ladeó la cabeza cediendo al placer.

–Travis –le susurró con la voz quebrada por la emoción–, no pares.

–No pensaba hacerlo –le aseguró él. Con avidez, recorrió el cuerpo de la joven con sus manos, y ella arqueó la espalda en un ruego silencioso de que siguiera. Los dedos de Travis encontraron la cremallera en el lateral de su vestido.

Tiró de ella hacia abajo e introdujo una mano por debajo de la rasgada tela amarilla. Rodeó con la palma de la mano uno de sus senos y ella jadeó al sacudirles a ambos la misma descarga de placer.

El marine acarició el pezón endurecido a través del encaje del

sostén y ella suspiró su nombre, avivando el fuego que lo envolvía. En aquel momento, no había para Travis nada más en su mente ni en su corazón que ella, aquella maravillosa mujer que lo estaba haciendo sentirse de un modo que jamás había creído posible.

La necesidad iba acrecentándose en él y haciéndose más acuciante. Nunca había tenido una experiencia como aquella. La pasión que sentía por ella borboteaba en su interior, pero era más que eso. No sabría definirlo, aunque en aquel momento tampoco quería esforzarse por buscar las palabras en su mente. Le bastaba poder llenar sus manos y su corazón de ella.

Tanteando con torpeza y sin dejar de besarse, cada uno tiró de la ropa del otro con idéntico frenesí. Querían estar piel contra piel, compartir su calor. Cuando se hubieron desnudado, el marine la tendió sobre la hierba a la sombra de las palmeras.

El viento del desierto sopló sobre ellos, arrastrando consigo el olor del distante mar y el calor del sol. Travis hundió los dedos entre sus cabellos, maravillándose ante el tacto sedoso de los mechones húmedos pegados a su piel. Tomó a Lisa por la barbilla para que lo mirara.

Viendo su propia pasión reflejada en sus ojos, bajó la cabeza y la besó de nuevo. Y se dejó llevar, deleitándose en su calidez.

Ella alzó los brazos en torno a su cuello y lo atrajo más hacia sí. Quería sentir todo su cuerpo apretado contra el suyo: el ancho tórax con una mata dispersa de vello negro, bronceado y musculoso. Se frotaron, regocijándose en las opuestas sensaciones de sus cuerpos: formas redondeadas, suaves, y líneas rectas, angulosas. Los dedos de Lisa recorrieron la espalda de él, arriba y abajo, disfrutando el tacto de su piel.

Las manos endurecidas de Travis descendieron por el cuerpo de ella, acariciándola de tal modo que ella se revolvió impaciente debajo de él, alzando las caderas y arqueándose. Abrió las piernas ansiosa y, cuando él alargó la mano para tocarla en el punto más sensible de su cuerpo, gimió extasiada.

La intensidad de aquella sensación la sorprendió. Iba en aumento de una forma increíble. Estaba ardiendo, quemándose. Era como si saltaran chispas en su interior. Lisa miró los ojos de Travis y vio en ellos una pasión que no había visto antes.

Había estado comprometida cinco veces, pero no había

permitido que ninguno de sus prometidos la tocara así, tan íntimamente. Con ellos nunca habían saltado chispas, no había habido magia. Nunca la habían hecho desear ir más allá de los besos y las ingenuas caricias.

Había llegado a creer que tenía algún problema. De hecho, había llegado a asumir que era frígida, que le faltaba la líbido que hacía que una mujer quisiera que la tocasen, que la explorasen, que la deseasen.

¿Cómo podía haber estado tan equivocada? No había ningún problema con ella; tan solo no había encontrado al hombre adecuado. Habían tenido que raptarla y llevarla a aquel lugar alejado de todo para encontrarlo. Y se había encontrado a sí misma también.

El marine hundió un dedo en su volcán y Lisa exclamó:

–Oh, Travis...

–Yo quiero hacer esto –le susurró él–, pero...

–¿Pero qué? –exclamó ella temiendo que se hubiera arrepentido. ¿Es que iba a dejarla sin saber cómo acababa aquello? Había estado esperando toda su vida una experiencia así y cuando por fin había encontrado al hombre adecuado... ¿Iba a dar media vuelta y dejarla insatisfecha?

–No tengo ninguna protección –le dijo. Y gimió con tal frustración que hizo estremecer a Lisa.

La chica abrió los ojos de golpe y se quedó mirando los profundos ojos oscuros de Travis.

–¿Protección? –repitió confusa. Y entonces cayó en la cuenta. Había estado tan entregada a lo que estaban haciendo, que había olvidado aquello que una mujer no debe olvidar jamás.

–Preservativos –respondió él con una sonrisa tonta–. Bueno, no vienen incluidos en el equipo para una misión de reconocimiento.

Lisa sentía que su cuerpo titilaba como la llama de una vela. El dedo de Travis seguía acariciándola en lo más íntimo de su ser y se estremeció entre sus brazos. La desesperación se apoderó de ella. No podía parar ahora, no podía, tenía que llegar al final... Tenía que satisfacer la necesidad que había ido creciendo en su interior.

–No pasa nada –murmuró elevando las caderas, haciendo que su dedo llegara más profundo dentro de ella–. No tengo ninguna enfermedad.

–Yo tampoco –le aseguró Travis introduciendo otro dedo y acariciándola desde dentro.

–Oh... –gimió Lisa. Se lamió los labios y le preguntó–. Entonces, ¿a qué estamos esperando?

–Me alegra que digas eso –le dijo el marine.

Él se arrodilló entre sus muslos, puso las manos en sus nalgas y le levantó las caderas para facilitarse la entrada.

Lisa sentía que cada vez que la tocaba lo hacía con mimo, con adoración. No cambiaría nada por aquello. Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la hierba, y miró el cielo. Pero, de inmediato, cerró los ojos para concentrarse mejor en lo que vendría a continuación.

Travis penetró en su cuerpo con un envite rápido y seguro. Ella gimió, asombrada ante la sensación de aquella íntima invasión. Aquello escapaba a su imaginación. No había pensado que pudiera ser así. Merecía la pena esperar por ello. Sintió dolor y, luego, notó cómo su cuerpo se acomodaba a él. Sin embargo, tras unos segundos, se preguntó por qué él se había quedado quieto. Abrió los ojos y lo vio mirándola con una expresión irritada.

–¿Qué ocurre? –preguntó sin aliento–. ¿Qué pasa, Travis?

–Eres virgen... –respondió él, atónito.

Lisa sonrió con picardia, lo atrajo hacia sí haciendo que la penetrara más profundamente y le dijo con cierta satisfacción:

–Ya no...

Era ridículo estar teniendo aquella conversación en ese momento, se dijo moviendo sus caderas rítmicamente hacia él. Pero, al ver como se tensaban los músculos del cuello del marine tratando de controlarse, se detuvo. Entonces, alargó la mano y recorrió su tórax con las puntas de los dedos hasta hacerlo estremecer.

–¿Podríamos hablar de eso más tarde...?

Travis gruñó, apretó los dientes y asintió con la cabeza.

–De acuerdo, más tarde. Está bien...

–Sí, más tarde...

Él empezó a mover las caderas impulsándose tan hondo dentro de ella, que Lisa tuvo la impresión de que podía tocar su alma. El marine se inclinó sobre ella acariciando sus labios con los suyos. Entonces, tomó en su boca un pezón, y luego el otro.

Ella gimió, dejándose engullir por la espiral de placer en la que habían entrado. Le parecía que estuviera corriendo en la oscuridad, dirigiéndose a un destello de luz al que no llegara nunca. Cada músculo de su cuerpo se esforzaba por llegar a ese punto, y pronto la tensión llegó al límite. Travis estaba llevándola a cimas más y más altas y, justo cuando Lisa pensó que no resistiría más la expectación, comenzó a sentir como si fuegos artificiales estuvieran explotando dentro de ella.

Lo que habían sido chispas se convirtieron en un torrente de descargas que rasgaron aquella imaginaria oscuridad, iluminándolo todo, inundándola de una luz brillante. Jamás había pensado que aquel acto físico pudiera ser algo tan maravilloso, era mucho mejor de lo que había imaginado. Y todo era gracias a él, a aquel hombre que se había deslizado silencioso dentro de su corazón y había grabado su nombre en él.

Travis advirtió que Lisa estaba alcanzando el clímax y sus contracciones lo hicieron temblar de arriba abajo, apremiándolo a que se fundiera en una unidad con ella. Sí, ella lo completaba, se dijo mirándose en sus ojos azules. Al hacerlo sintió que era como llegar a casa, una casa en la que, aunque no había estado antes, era cálida como un verdadero hogar. No quería que lo dejara, jamás.

Los ojos de ella no se apartaron de los suyos mientras Travis descargaba en ella su semilla, murmurando su nombre. Se desplomó exhausto sobre ella, y Lisa lo acunó en sus brazos.

Capítulo Siete

Travis no sabía cuánto tiempo llevarían allí tumbados exactamente; pero debía haber sido bastante, ya que la posición del sol había cambiado y ahora les daba de lleno. Era un calor abrasador.

Sacudiéndose el sueño de encima, el marine la abrazó con fuerza y rodó junto a ella hacia la sombra. Agradeciendo el frescor de la hierba bajo su espalda, Travis alzó la vista para mirar a los ojos de Lisa, tumbada sobre él.

–Bien –le dijo–, ya es «más tarde». Hablemos.

Ella se estiró y casi ronroneó de placer, frotando las piernas y el tronco contra él de tal modo que Travis se sintió dispuesto para un segundo asalto.

Así, desde luego, no podrían hablar. Lo excitaba demasiado. Lo mejor sería apartarse de ella para centrarse en la conversación. Lo malo era, se dijo, que para eso al menos tendría que alejarse de ella a mil kilómetros.

Empujándola a un lado con suavidad, rodó para distanciarse de ella y agarró su ropa. Después, le arrojó el vestido y la ropa interior, y le dijo con frialdad:

–Explícate.

Lisa suspiró y Travis captó el mensaje de inmediato. Era obvio que no quería tener aquella conversación. De cualquier modo, la culpa era suya, debería habérselo dicho. Quizá la habría detenido y no le habría hecho el amor... O quizá no. Pero, de todas formas, debía habérselo dicho.

Le echó una rápida mirada altiva por encima del hombro mientras se ponía la ropa.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Bueno, no es algo que uno vaya anunciando a los cuatro vientos, ¿no?

Demonios, parecía que ni siquiera le daba vergüenza estar allí tumbada desnuda a la sombra de las palmeras. Para haber perdido

la virginidad solo unos momentos antes, parecía que estaba aprendiendo muy rápido a incitar a los hombres. Aquel último pensamiento devolvió la mente de Travis a la pregunta que le había hecho.

–¿Cómo es posible que fueras virgen? –inquirió alzando las manos. Los ojos parecían saltársele de las órbitas–. ¿Es que en la ciudad donde vives todos los hombres son ciegos?

Lisa esbozó una leve sonrisa.

–Gracias… Supongo.

–Oh, era un cumplido, créeme –le respondió él poniéndose los calcetines–. Pero no logro entenderlo –continuó, alcanzando las botas–. ¿Has estado enclaustrada en un convento o algo así?

Travis escuchó el frufrú de la ropa de la chica vistiéndose y tuvo que esforzarse por no imaginar sus senos mientras se abrochaba el sostén.

–Pues claro que no, tonto.

–Y entonces, ¿a qué estabas esperando?

–No es que estuviera «esperando» exactamente –resopló Lisa–. Lo que ocurre es que… Nunca había querido hacerlo con nadie. Nunca he conocido a nadie a quien… Quiero decir, que yo no deseaba que ellos me… No sé por qué me convencí de que era frígida.

–¡Ja! –saltó Travis sin poder remediarlo.

Aquella risotada breve y ruda abandonó su garganta antes de que pudiera tragársela. Se ató una bota y alzó la mirada hacia Lisa. Su blanca piel bajo el escueto sostén de encaje resultaba tentadora… Estaba un poco sonrosada incluso, le pareció apreciar. La había apartado justo a tiempo.

Sus manos ansiaban volver a tocarla y la boca se le hacía agua solo de recordar cómo la había saboreado. Y cierta parte de su cuerpo estaba de nuevo bastante tensa–. ¿Frígida? Si fueras más excitante, me habría derretido.

Los labios de la chica se curvaron en una sonrisa de satisfacción mientras se metía el vestido por la cabeza. La rasgada tela ocultó su cuerpo de los ojos del marine, pero este se dijo que así era mejor. Eso evitaría que la situación se repitiera. Ya habían hecho bastante.

–Así que… ¿No estuvo mal, eh? –inquirió Lisa.

Lo había dicho en un tono seductor, segura de sí misma, pero

buscando su confirmación a la vez.

–Ha estado mejor que bien –le respondió Travis. Y lo cierto era que estaba quedándose corto con aquella calificación–, pero tú ya lo sabes.

–Pues sí, lo sé. Lo que no sé es por qué estás armando tanto revuelo por esto –le dijo ella–. Los dos somos adultos y hemos hecho una elección... De la que yo, por mi parte, no me arrepentiré jamás.

–¿Quién ha hablado de arrepentirse de nada? ¿He dicho yo que esté arrepentido?

–Entonces, por todos los santos, Travis, ¿de qué estamos hablando?

Él se pasó una mano por el cabello y fijó la vista en la lejanía un largo rato, antes de dirigirle una breve mirada.

–La verdad es que... –continuó el marine metiéndose la otra bota y atándosela–. Esto cambia las cosas.

–¿Qué cosas? –replicó ella. Travis se dio la vuelta para mirarla, y se sintió mal tan solo de pensar lo que iba a decir

–En primer lugar –comenzó–, puedes haberme causado problemas.

–¿Qué dices? –lo espetó ella–. Siendo virgen no podía haber contraído ninguna enfermedad infecciosa.

–Eso es cierto, pero puede que te hayas quedado embarazada.

Lisa resopló y agitó la mano, desechando la idea como absurda.

–Por favor... Las mujeres tienen que intentarlo durante años para quedarse embarazadas. Sería increíble que eso pasara a la primera.

–Estoy seguro de que muchas «parejas felices» pensaron eso mismo.

–Te estás preocupando por nada –lo tranquilizó ella subiéndose la cremallera.

–Ya, y veo que a ti no te preocupa en lo más mínimo.

–¿Qué sentido tendría?

–¿Cómo que..?

–Me preocupe o no, ya lo hemos hecho. Así que, ¿por qué preocuparme antes de tiempo?

–Oh, sí, claro, ahora esconde la cabeza en la arena, como un avestruz.

Lisa enarcó una ceja.

–Me da igual lo que digas, no vas a estropearme este momento.

–¿Estropeártelo?

–Exacto. Llevó esperando esto desde que cumplí los diecisiete y, ahora que ya lo he experimentado, no voy a dejar que arruines el recuerdo.

–Oh, vaya, disculpe usted.

–Eso me costará bastante –le dijo ella con una mirada seductora–, pero lo intentaré.

Travis agarró su arma. Se la colgó del hombro, se puso de pie y se quedó mirándola. La recorrió con los ojos, desde el cabello, aún húmedo, hasta los pies, y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no agarrarla y hacerle el amor de nuevo.

Sin embargo, no en vano se había entrenado durante años para llegar a ser marine, y fue capaz de resistir la tentación... A duras penas. Aquello no iba nada bien. Había encontrado a una mujer que no solo lo electrizaba, sino que también le había llegado al corazón. Pero estaban a años luz el uno del otro.

No había un futuro posible para aquella relación. Lo sabía y, seguramente, ella también. Los marines y las chicas ricas se mezclaban tan bien como el aceite y el agua.

–Escucha, encanto... Lisa –se corrigió–, tú eres mi misión, no mi cita, y yo lo he fastidiado todo.

–Oh, muchas gracias, eso me halaga –replicó ella, molesta. Y se levantó también para poder mirarlo a los ojos. Sus ojos ardían.

–Está bien –rectificó Travis–, quiero decir que esto se nos ha ido de las manos.

Lisa se cruzó de brazos y golpeó el pie en el suelo con impaciencia.

–Dicho de ese modo también suena horrible.

–Lo siento –murmuró el marine. ¿Cómo habían llegado a enredarse tanto las cosas? Desde el momento en que se había introducido en la casa donde la retenían, parecía que todo se hubiera puesto en su contra. Habían perdido el helicóptero, habían tenido que ocultarse, cruzar el desierto... Y entonces tuvo que ocurrir aquello. Solo que, para eso, no tenía ninguna excusa. En eso se había metido él solo.

Y sin embargo, aunque sabía que había sido un tremendo error, no podía arrepentirse de ello. ¿Qué iba a hacer? No podía

desaparecer de la vida de la chica como si nada hubiera ocurrido... Pero aquella era su única opción. No tenía cabida en su mundo, ni ella en el de él.

Lisa tomó lo poco que le quedaba de orgullo y envolvió en él su herido corazón. Aquello era justo lo que una chica quería escuchar de labios de su amante después de hacer el amor. Había esperado durantes años ese momento. ¿Y para qué? Para que el único hombre que había conseguido encender la llama de la pasión en ella, le dijera que sentía lo que había ocurrido. Perfecto.

Las lágrimas le quemaban los ojos, pero Lisa se negó con terquedad a derramar una sola. Con una voluntad de hierro, logró contenerlas. Ya era bastante malo el pensar que para él aquella experiencia íntima había sido un «error». No iba a humillarse más aún poniéndose llorosa.

En lugar de eso, hizo algo a lo que estaba acostumbrada: acalló las emociones que podían ser liberadas. Desde muy niña había aprendido a ocultar sus sentimientos. Su padre detestaba las «escenitas».

–Podríamos fingir que no ha ocurrido nada entre nosotros –sugirió. Parecía calmada, pero por dentro aún temblaba.

–Eso no solucionará nada.

–Es que no hay nada que resolver.

–¿Y si estás embarazada? –le gritó Travis–. ¿Seguirás fingiendo que no pasó nada?

Lisa enrojeció ante aquel ataque tan directo. Seguramente se lo merecía. Y, sin embargo, ¿no era eso lo que él quería, que cuando todo acabara se fueran cada uno por su lado? Pues bien, le ofrecería la oportunidad en bandeja. Y, quizá así, se mostraría aliviado.

–Si estuviera embarazada, y eso es mucho suponer... –no, era imposible, se dijo convencida, Dios no podía ser tan cruel–, ya me encargaré yo.

Entonces fue Travis quien se sonrojó, pero de puro enfado. Lisa vio cómo el color subía a sus mejillas, cómo los ojos echaban chispas. Tenía los brazos caídos y los puños apretados, como si necesitara con desesperación golpear algo para desahogarse.

–¡Qué fácil es para ti!, ¿verdad? –le espetó él entre dientes–. «Ya me encargaré»...

–Sí –respondió ella. Pero, de pronto, comprendió lo que Travis

estaba pensando. ¡Qué poco la conocía en realidad! ¡Había pensado que correría a abortar! Sería incapaz de hacer algo así. No era que despreciase a las mujeres que lo hacían. Al fin y al cabo, era una decisión terrible. No creía que muchas la tomaran a la ligera. Pero ella era incapaz de poner fin a una vida solo para poder seguir con la suya sin problemas.

No, si estaba embarazada, tendría al bebé. La sola idea hizo que sus rodillas temblaran un poco. Siempre le habían gustado los niños. Claro que en su imaginación no era madre soltera, también había un marido. Sin embargo, como había comprobado en aquellas últimas semanas, las cosas no siempre salían como uno pensaba.

–Eres una verdadera joya, ¿lo sabías? –le dijo Travis con ironía acercándose a ella.

Aquello le dolió, pero Lisa no se lo dejó entrever siquiera. Levantó la barbilla y enfrentó su mirada.

–Entonces estarás contento, ya que pronto te librarás de mí, ¿verdad?

–No tienes idea de hasta qué punto –respondió él mirándola de soslayo y con desdén.

La joven sintió en el pecho una punzada de dolor, pero por suerte él no vio su expresión. Travis le había dado la espalda y Lisa lo observó alejarse de ella a zancadas y ascender las dunas que rodeaban el pequeño valle. Al llegar a la cima se sentó en el suelo, puso el arma sobre las rodillas y se quedó mirando el horizonte.

El hombre que ella amaba se había ido y, en su lugar, había regresado el perro guardián. Ella sollozó en su interior.

Una patrulla los encontró una hora más tarde. Travis volvía a comportarse como el eficiente marine, informando a los hombres del rey de El-Bahar acerca de la situación. Después, cuando subieron al asiento trasero del *jeep*, se sentó lo más lejos posible de ella. Lisa sonreía y decía lo que se esperaba de ella, pero su mente estaba ocupada con un único pensamiento: Travis. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Desaparecería de su vida en el instante en que llegaran a la embajada norteamericana? ¿La recordaría siquiera pasado un mes? Tal vez no quisiera volver a pensar en ella.

El *jeep* pasó sobre una grieta en la carretera, haciendo que los

dientes de Lisa chocaran. Alargando la mano, se agarró a la puerta. Había reaccionado demasiado tarde, del mismo modo en que no había sabido proteger su corazón de Travis Hawks.

Los soldados de la patrulla de El-Bahar habían avisado a la embajada de que se dirigían hacia allí. El revestimiento de mármol en el vestíbulo del edificio daba una sensación de frescor, y la elegante arquitectura les confirmó que habían vuelto a la civilización.

Travis se quedó atrás cuando el embajador en persona salió a recibirlos. El hombre apenas lo miró, sino que se dirigió directo a Lisa.

–Señorita Chambers, me alegra verla sana y salva.

–Gracias, señor embajador –su voz apenas era un murmullo, pero resonó en la amplia sala.

En aquel momento, a Travis le pareció muy sofisticada, nada que ver con la muchacha que le había gritado en el desierto. Claro que, aquella Lisa era muy distinta.

Lo cierto era que echaba muchísimo de menos a la Lisa que había llegado a conocer, a la Lisa que había llegado a querer. Travis sacudió la cabeza y pensó que el sol le había afectado al cerebro. No era afecto lo que sentía por ella, era solo la clase de camaradería que surge entre dos personas en una situación tensa. Habían logrado sobrevivir juntos, pero tenía muy claro que su sitio no estaba a su lado.

–Sargento... –comenzó el embajador.

–Hawks, señor –respondió él–, Travis Hawks.

–Eso es, claro –le dijo el hombrecillo–. Los demás miembros de su equipo están esperándolo. Siga a mi secretario si es tan amable –le indicó señalando con la palma abierta a un hombre alto de unos cuarenta años.

–Gracias, señor –respondió Travis y fue tras él por un largo pasillo. No miró atrás. Hacía tiempo que había aprendido que echar la vista atrás solo complicaba las cosas. Lo mejor sería que mirara hacia delante, a un futuro que no incluía a Lisa Chambers.

–El sargento de artillería pensó que estaría usted hambriento –le dijo el secretario–. Aquella es la puerta de las cocinas.

Comida, bebida... Aquello sonaba fabuloso. Lo único que podía mejorarlo sería que Lisa estuviera con él. Pero, probablemente en

unos instantes, unos sirvientes le llevarían un almuerzo digno de su clase.

–Gracias –le dijo con un asentimiento de cabeza, y empujó la puerta.

–¡Vaya!, hablando del rey de Roma... –exclamó Deke con una risotada.

–Desde luego parece que vengas del infierno –le dijo J.T. corriendo a darle una palmada en la espalda a modo de bienvenida.

–Nunca pensé que me alegraría tanto de volver a ver vuestras feas caras –les dijo Travis dando a sus mejores amigos un apretón de manos.

–Bienvenido, Hawks... –era Jeff Hunter, que se encontraba en el otro extremo de la habitación.

Travis le dirigió una rápida mirada. Jeff Hunter era sargento de artillería, suboficial, y estaba al mando del equipo.

Las severas facciones del hombre se iluminaron con una sonrisa.

–Nos alegramos de verte, Travis.

–Yo también, sargento –respondió el marine. Dejó caer la mochila al suelo, entregó su arma a Deke y se dirigió hacia el otro hombre. Estrechando la mano que le tendía, le hizo la pregunta que había estado rondando su mente los últimos días.

–Señor, el marine al que dispararon en el helicóptero... ¿Está...?

–No te preocupes por él –lo tranquilizó Jeff con una sonrisa–. Solo lo hirieron en el hombro y puede que le concedan un permiso. De hecho, me ha dicho que te dé las gracias por la oportunidad de ir a casa una temporada.

–Eso es una buena noticia, sargento –le dijo Travis sintiéndose aliviado.

–Podría haber sido peor si no nos hubieras hecho señales para que nos marcháramos –le respondió Jeff, sosteniéndole un momento la mirada–. Hiciste lo correcto.

–Gracias, me alegro de que todo haya salido bien –«más o menos», añadió para sí.

–Bueno, cuéntanos –le dijo J.T.–, debe haber sido una tortura para ti tener que aguantar a esa niña rica que...

Travis lo calló con la mirada.

–Se ha portado bien –le dijo mirando a los otros–, lo ha soportado todo con entereza. Lo ha conseguido.

–Y tú también, muchacho –le dijo Jeff. Le dio otra palmada en la espalda, tan fuerte, que habría hecho tambalearse a un hombre normal–. Bien, y ahora que eso ya está resuelto… ¿Tienes hambre?

–Señor –respondió Travis con vehemencia–, me comería un camello entero. La piel, las jorobas, las pezuñas… todo.

–Por suerte, no hay tanta necesidad por aquí –se rio Jeff–. Puede que estemos en El-Bahar, pero esto es la embajada de los Estados Unidos, chico. Echa un vistazo a lo que el cocinero os ha preparado a ti y a la señorita Chambers.

Travis miró encima del brillante altillo de acero. Había suficiente comida como para celebrar un banquete. Se le hizo la boca agua.

–Pollo frito, patatas aliñadas, sandía, tarta de fresa y galletas de chocolate –recitó J.T.

Travis miró a Jeff.

–¿Está Lisa… quiero decir, la señorita Chambers comiendo?

–Debe estarlo en estos mismos momentos.

–Pues entonces –dijo él tomando un plato–, a comer se ha dicho. Chicos, me siento como si hubiera muerto y subido al cielo. Si esto es un sueño, no me despertéis.

Capítulo Ocho

Estaban todos dormidos. El ruido sordo de los motores del *jet* se escuchaba por debajo de los ronquidos provenientes de los asientos de la parte delantera. Travis se levantó del cómodo asiento de cuero y caminó por el interior del elegante avión privado en dirección a la cocina.

Con las usadas y sucias botas hundiéndose en la gruesa moqueta azul cielo, Travis se entretuvo curioseando. Después de todo, Lisa ni siquiera había tenido que pedir a su padre que le mandara el *jet*. El propio señor Chambers, al enterarse de que su hija única estaba en la embajada, lo había enviado por su cuenta para llevarla a ella, y al equipo que la había salvado, de vuelta a casa.

Él jamás había disfrutado de aquellas comodidades.

En la parte delantera había varios sillones giratorios tapizados en cuero gris carbón, de los cuales tres se hallaban reclinados por completo, permitiendo a los marines echar una cabezada de camino a casa.

En uno de los laterales, había un mullido sillón alargado y, en el otro, un escritorio con un fax, un ordenador y una impresora. La pared que separaba la parte central de la cabina estaba tapada casi en su totalidad por un mueble bar color miel. Los chicos le habían dicho incluso que la puerta en la parte trasera daba acceso a un dormitorio con una cama gigantesca y un baño con todos los lujos.

Travis sacudió la cabeza. Le costaba creer que hubiera gente que viviera así. Al pensar aquello, le pasaron por la mente imágenes de sus vuelos en aviones militares y casi se rió en voz alta por lo ridícula que resultaba la comparación.

Sin embargo, las ganas de reírse le abandonaron en cuanto se dio cuenta de que aquel avión era un ejemplo tangible de lo poco que Lisa y él tenían en común.

El marine apretó los dientes y trató de convencerse de que aquello no tenía importancia. Lo que habían compartido se había terminado, como tenía que ser. Y por mucho que deseara que las

cosas fueran de otro modo, no iban a cambiar.

Siguió caminando. No tenía ganas de dormir. Ya había dormido bastante en la embajada. Y, dado que Lisa estaba durmiendo en la habitación y sus amigos estaban roncando como si no hubieran dormido en cien años, le pareció que un café no le iría mal.

Al girar para entrar en la cocina, se paró en seco y sintió que cada nervio de su cuerpo se ponía en alerta máxima. Ella estaba allí, de pie, solo que estaba tan diferente de la Lisa que había conocido como lo era la noche del día. Ya no llevaba el vestido roto y manchado, y sus cabellos ya no estaban tan desordenados.

Se había puesto la ropa que su padre le había mandado, un vestido azul claro de tela fina, cuya falda era tan ajustada como para volver a un hombre loco pensando en las distintas maneras de quitársela. Los zapatos de tacón a juego que calzaba la acercaban mucho más a su propia estatura que en los últimos días y le moldeaban las piernas de una manera increíble.

Se había recogido el cabello sujetándolo en la nuca con un pasador adornado por pequeños cristales de bisutería que brillaban como trozos de hielo. Sus ojos azules ya no albergaban la irritación que Travis había visto en ellos la mayor parte del tiempo en el desierto. En ese momento, solo había en ellos un aire de sofisticación con el que el marine no se sentía cómodo.

Sin embargo, mientras lo pensaba, le pareció por un instante que la expresión de sus ojos cambiaba: Volvía a ser la Lisa a la que había conocido de forma tan íntima en un entorno hostil que podría haberse cobrado sus vidas. Pero debió haber sido su imaginación porque, al instante, el cambio se había desvanecido y la hermosa desconocida había regresado.

–Yo... esto... –balbució Travis tratando de encontrar un modo de encubrir su reacción–. No sabía que estabas aquí. Solo he venido a por un café.

Asintiendo con la cabeza, Lisa tomó una delicada taza de porcelana, la colocó sobre su correspondiente platillo y vertió en ella un poco del contenido de la cafetera. La bebida humeaba cuando se la tendió a Travis, pero aquel calor no era nada comparado con el que los inundó a ambos cuando sus manos se rozaron.

Ella se echó hacia atrás, derramando parte del oscuro líquido

sobre el platillo.

–Lo siento –musitó pasándole una servilleta de lino.

–No pasa nada –respondió él.

Tras limpiar un poco el desaguisado, el marine dejó la servilleta sobre la encimera de la cocina. Miró a Lisa de arriba abajo y sintió cómo una punzante necesidad se apoderaba de él. Trató de controlarse. Tendría que aprender a ignorar aquellos impulsos, se dijo. No tenía ningún sentido abandonarse a ellos. Iban de vuelta a los Estados Unidos, al lugar en el que ella vivía en el lujo de Park Avenue y él en el polvoriento Texas.

Justo en ese momento, como si su cerebro lo estuviera boicoteando para volverlo loco, la recordó desnuda, tumbada en la orilla del oasis. La vio con tanta claridad, que casi pudo sentir la suavidad sedosa de su piel. El impulso que había reprimido regresó con tanta fuerza, que se obligó a alejar de su mente aquella visión. No tendría paz mientras estuviera con ella.

Era estúpido que se estuviera sintiendo incómodo en su presencia. Por amor de Dios, cuando dos personas habían pasado por lo que ellos habían pasado, debían ser capaces de tratarse con civismo. Así, decidido a demostrarse a sí mismo y a ella que podía hacerlo, apoyó la cadera en la pared de la cocina, bebió un sorbo y le dijo mirándola:

–El avión es increíble.

«Estupendo, Hawks. Eso ha sido brillante».

–Bueno, mi padre le da valor a estas cosas –respondió Lisa sirviéndose café también.

–A los chicos les ha encantado.

Los ronquidos de sus amigos se oían allí también y Lisa esbozó una breve sonrisa.

–Bueno, es cómodo para los viajes largos.

–Tengo que reconocer que el transporte militar no le llega ni a la suela de los zapatos.

–¿Tan terrible es?

Travis se encogió de hombros.

–Es peor que ir a la guerra.

Las comisuras de los labios de la chica se curvaron en una sonrisa, haciendo que algo se agitara dentro del marine. ¿Qué tenía Lisa que lo ponía en semejante estado? Se había comportado como

un imbécil al dejar que las cosas fueran tan lejos. Estaba pagando el precio de haber bajado la guardia.

Sentía que aún cuando ella retomara su vida, sus fiestas, las cenas de gala y lo olvidara por completo, él seguiría atormentado por su recuerdo, por lo que podría haber sido... Le hubiera gustado que las cosas fueran de otro modo. Pero, como decía su abuelo, «los sueños, sueños son».

–Bueno –le dijo tratando de acallar sus pensamientos–, ¿qué sientes al volver a la realidad?

Lisa levantó la barbilla, inspiró profundamente y lo miró. Fue como si aquella mirada lo clavara al suelo.

–El desierto parecía más real.

Ella hablaba en serio. Al mirarse en sus ojos castaños, se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos en las últimas veinticuatro horas. Desde que llegaron a la ciudad de El-Bahar, habían estado separados, ya fuera por casualidad o por designio de su padre, no sabía cuál de las dos cosas.

Lo único que sabía era que lo echaba de menos. Echaba de menos pelearse con él, sus sonrisas, el no tenerlo todo el tiempo a su lado, listo para defenderla y protegerla.

Los hombres de «su mundo» iban siempre vestidos de ejecutivos o de etiqueta, acudían a fiestas y compraban y vendían empresas antes de desayunar. Sin embargo, ninguno actuaba con la seguridad de Travis. Ninguno de ellos se habría saltado siquiera la comida para ayudarla, y mucho menos habrían arriesgado sus vidas.

Y lo que era más significativo, se dijo gimiendo por dentro, ninguno de ellos había sido capaz de despertar el fuego que había en su interior.

Él era tan distinto de ellos... En solo unos días se había convertido en parte indispensable de su vida, se había instalado en su corazón y en su alma. Sería muy difícil sacarlo de allí. Se iba a sentir tan sola sin él...

–Te portaste muy bien –le dijo Travis. Lisa apartó todos los pensamientos de su mente para concentrarse en él, en el poco tiempo que les quedaba para estar juntos–. En el desierto, quiero decir.

Aquella declaración hizo que su orgullo se inflara como un globo, pero su conciencia se encargó de desinflarlo de inmediato. Si

había salido con vida del desierto había sido gracias a Dios y a los esfuerzos de Travis. El miedo que había sentido empezaba a desvanecerse de su memoria. Pero, con él, también se había esfumado la sensación de logro por haber conseguido seguir el ritmo de su rescatador.

Allí, a salvo en el *jet* de su padre, rodeada de los lujos en medio de los cuales había crecido, toda aquella terrible aventura parecía tan lejana. Incluso Travis. Estaba frente a ella, pero sabía que, en cuanto había visto aquel estúpido avión, había decidido poner más distancia de por medio entre ellos.

Lisa había visto la reacción de sus compañeros, la expresión de admiración en sus rostros. En cambio, en los ojos de él, había visto cómo parecía confirmar lo que pensaba de ella y su mundo. Entonces, supo que lo había perdido para siempre. Tal vez sería mejor admitir que nunca había llegado a tener su corazón.

Lisa se rio y sacudió la cabeza.

–Gracias, pero creo que los dos sabemos que, sin ti, esto habría terminado de otra manera.

–Bueno, sí, pero tú no estabas entrenada para sobrevivir en una situación así.

–Eso es cierto –asintió ella forzando una sonrisa–, pero tendrías que verme en los desfiles de moda. Nadie agota tan rápido el crédito de su tarjeta como yo en la costa este.

–Basta ya, Lisa.

El tono irritado de Travis la tomó por sorpresa.

–¿Cómo? –preguntó pestañeando repetidas veces.

El marine dejó la taza con brusquedad sobre la encimera y la agarró por los brazos. Al sentir su fuerza, Lisa deseó que la volviera a hacer vibrar, revivir el recuerdo de aquel momento tan íntimo que habían compartido, experimentar de nuevo aquella magia. Sin embargo, las facciones de él estaban tan tensas, que la joven juzgó más sabio reprimir la necesidad.

–Deja de fingir.

–¿De fingir?

–¡Sí, maldita sea! –exclamó Travis. Se abalanzó sobre ella, sus rostros estaban a solo unos centímetros; tan cerca, que habría podido besarla–. No juegues a hacerte la niña rica y tonta. No conmigo. No finjas ser menos de lo que eres.

–¿Quién está fingiendo? –le espetó Lisa soltándose. Y, de pronto, fue como si el dejar de sentir el calor de sus manos le congelara el alma, haciendo que se sintiera una tremenda soledad. Sería mejor que se acostumbrase a su ausencia–. Es lo que has pensado de mí desde el principio. Dijiste que era una niña mimada, que lo único que tenía era el dinero de mi padre.

Travis hizo una mueca de dolor.

–Ahora no te servirá de nada retractarte, Travis –continuó ella. Sabía que aquello era lo que estaba pensando–. Somos quienes somos. Tú eres Daniel Boone, el explorador, y yo... Yo... Yo ya no sé quién soy.

–Pues yo sí lo sé –murmuró él, inclinándose sobre ella, mirándose en sus ojos. Su voz era como un silencioso torrente de ira que se adentrara poco a poco en ella–. Eres Lisa Chambers, y eso es mucho más de lo que yo, imbécil de mí, podía siquiera intuir cuando te prejuzgué. Eres fuerte, preciosa, valiente y tan endemoniadamente sensual, que sigo deseándote. Te deseo en este mismo momento.

Las rodillas de Lisa temblaron y sintió un agujero en el estómago.

–Me has dado una lección, y me has hecho sentirme muy orgulloso de ti –continuó Travis. Los ojos de Lisa se llenaron de lágrimas. Nunca antes había sido objeto de la admiración de nadie. Aquellas palabras actuaron como un bálsamo sobre una herida que ni siquiera sabía que tenía en el alma. Contuvo las lágrimas como siempre hacía, pero aquella vez fue demasiado tarde porque él ya las había visto.

Enderezándose, Travis dio un paso atrás. Lisa quería decirle que no se marchara, que se quedara cerca de ella, porque, cuando estaba junto a él, se sentía como la persona que le gustaría ser.

–Escucha –le dijo el marine pasándose una mano por el cabello–, hemos pasado por muchas cosas juntos, de modo que no eches tierra sobre tu tejado porque yo sé que vales mucho.

Ella tragó saliva con dificultad y sintió deseos de echarle los brazos al cuello.

–Y hay algo más que quería decirte –añadió Travis.

Lisa contuvo el aliento. ¿Tal vez quería hablarle sobre el futuro? ¿Era posible que ella sí le importara? ¿Quería ella que fuera así?

Claro que quería, porque, aunque fuera difícil de creer, tenía que admitir que se había enamorado de aquel endurecido marine con su cansino acento sureño.

Nunca hubiera pensado que pudiera enamorarse de forma tan repentina, con tanta entrega, con tanta convicción. Pero así era, y lo vio con más claridad que nunca, como si hubiera encontrado en su corazón un pedacito dorado de sabiduría. Travis Hawks era el único hombre al que podía amar. ¿Sentiría él lo mismo por ella?

–Te escucho, Travis.

Él volvió la cabeza hacia el pasillo del *jet*, como para asegurarse de que sus amigos seguían durmiendo. Parecía que sí. Volvió la cabeza hacia ella y le dijo con voz queda:

–Hasta que sepa con seguridad que no estás embarazada, no pienso salir de tu vida, te guste o no.

Lisa sintió que se quedaba sin aire, ni una brizna. Se había desinflado como un globo. En ese preciso instante, las hermosas fantasías que estaba teniendo de una cómoda casita en el campo para dos se esfumaron.

El desencanto dio paso al enfado, y el enfado a la ira. Sintió que aquella furia hervía en sus venas buscando una salida. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo podía ser Travis tan estúpido? ¿Acaso no veía que estaban hechos el uno para el otro? ¿No sentía la misma magia que ella cuando se tocaban?

–*Eso*... ¿Es lo que tenías que decirme?

–Sí –respondió él, sorprendido al notar la furia en su voz–, ¿qué pensabas que iba a decirte?

Lisa se dio cuenta de que lo que había hecho no era pensar, sino soñar despierta. Había tejido en torno a sí un ridículo sueño encantador en el que él la amaba. El dolor y la ira se estaban apoderando de ella poco a poco, haciendo que cada aliento que tomaba le costara un esfuerzo sobrehumano.

Aquellos sentimientos la sacudieron con tal fuerza, que comenzó a temblar; nuevas lágrimas, esta vez de desilusión y frustración, acudieron a sus ojos. Eso la enfadó aún más.

–Lo que pienso, Travis Hawks –dijo escupiendo cada palabra como si fuera veneno–, ¡es que eres un idiota!

–¿Eh?

Lisa echó hacia atrás el pie derecho y le pegó un puntapié con su

zapato de diseño en la espinilla izquierda.

—¡Ay! ¡Oye!

Travis se agarró la pierna, dolorido, y ella se alejó cojeando como si hubiera golpeado a una estatua de piedra. Le dolían los dedos del pie, pero el dolor bien valía la satisfacción que sentía. Lo único que le habría gustado más sería haber podido llegar con el pie hasta su cabezota.

Capítulo Nueve

Al llegar a Washington D.C., los recibió el padre de Lisa, un general de tres estrellas y, por supuesto, la prensa. Lo cierto era que había menos reporteros de lo que ella había esperado, pero para Travis, incómodo, aquellos «pocos» eran demasiados.

Al abrirse la puerta del avión, los cegaron los *flashes* de las cámaras. Ella bajó las escalerillas y miró a su padre. Alan Chambers miró impaciente su *Rolex*, murmuró algo al oído del general y se dirigió hacia ella.

Lisa escuchó detrás de ella cómo los marines bajaban presurosos las escalerillas metálicas. Según parecía, tenían más ganas que ella de volver al mundo real.

–¡Lisa! –la voz de su padre atrajo la atención de los cámaras, situados tras una cinta a unos diez metros.

Ella miró a los reporteros, y luego volvió la vista hacia su padre. Alan Chambers, alto, cabello entrecano, era un hombre que imponía bastante, o al menos a ella siempre le había dado algo de miedo. No era que no la quisiera, se dijo queriendo disculparlo, pero era un hombre muy ocupado, con sus miras puestas en el Senado.

–¡Hola, papá! –lo saludó Lisa mientras él le daba un breve abrazo. La joven inhaló el olor de puros caros, caramelos de menta y *aftershave* que siempre lo rodeaba. Por un instante, deseó que siguiera abrazándola, que le dijera que todo iba a ir bien, que no echaría de menos a Travis antes incluso de que se hubiera ido.

Sin embargo, su padre le dio unas palmaditas en el hombro, como si no supiera qué hacer, y la soltó sosteniéndola por los hombros, con los brazos extendidos. Así era como la había querido siempre, a distancia, se dijo con tristeza. Sin embargo, la agradó ver la calidez de su sonrisa y un brillo en los ojos que no solía ver.

–¿Cómo estás, cariño?

–Estoy bien, de verdad –aseguró Lisa. Solo tenía herido el corazón. Pero eso, por suerte, no se veía.

–No sabes lo preocupado que he estado por ti –continuó el señor

Chambers. Echó un vistazo a los marines detrás de ella–. No más viajes de compras por un tiempo, ¿eh?

Lisa le sonrió como él esperaba que hiciera, aun cuando no la estaba mirando.

–Buena idea –respondió. Y entonces, envalentonándose, se giró un poco y le dijo–. Papá, quiero presentarte a Travis Hawks, el hombre que me sacó del desierto.

El marine dio un paso adelante y estrechó la mano del hombre sin apenas mirar a Lisa.

–Señor.

–Sargento, me alegro de conocerlo –respondió el señor Chambers paseando su mirada sobre los otros marines–. Me alegro de conocerlos a todos. Quería darles las gracias por haber rescatado a mi desobediente hija.

Travis frunció el entrecejo ligeramente. Pensaba que el padre de Lisa se alegraría más de verla. Claro que, también cabía la posibilidad de que fuera reservado y dejara las demostraciones de afecto para más tarde, fuera de la mirada indiscreta de las cámaras. No lo culpaba por eso porque el continuo parpadeo de los *flashes* era irritante.

–Caballeros –les dijo el general acercándose–, buen trabajo.

–Gracias, señor –respondió Jeff haciendo el saludo militar.

–Sí, desde luego –dijo el señor Chambers–. El general me ha dicho que les ha sido concedido a cada uno dos semanas de permiso.

Los marines esbozaron una amplia sonrisa.

–Y, para mostrarles mi agradecimiento, me gustaría que fueran mis huéspedes en el hotel Sheraton para que puedan relajarse y descansar.

Los ojos de Lisa y Travis se encontraron, y él volvió a sentir cómo lo agitaba por dentro. Dos semanas más con ella. No sabía si aquello era bueno o malo. Quizá ambas cosas.

–Es muy amable, señor Chambers –le dijo Jeff mirando a Deke y a J.T.–, pero, si no le importa, creo que el equipo preferiría pasar estas dos semanas con sus familias.

El señor Chambers pareció sorprenderse un poco, como si no estuviera acostumbrado a que le dijeran que no. Sin embargo, se recuperó del *shock* al instante, asintiendo a Jeff con la cabeza antes

de fijar la mirada en Travis.

–Vaya, siento que no acepten mi regalo; pero me gustaría que el sargento Hawks se quedara unos días en la ciudad. Quisiera agradecerle en persona el tener aquí a mi hija sana y salva. Porque tengo entendido que es usted quien tuvo un papel decisivo.

Travis abrió la boca para rehusar. En primer lugar, no tenía ninguna obligación para con aquel hombre. En segundo lugar, no quería ni necesitaba que le dieran las gracias por hacer su trabajo. Y, además, si se quedaba en Washington, aquello implicaría estar cerca de Lisa, y no parecía que fuera una buena idea. Debía marcharse, era lo mejor.

¿De qué serviría aferrarse a unos sentimientos que ya había enterrado? Pero, entonces, sus ojos volvieron a encontrarse con los de Lisa. Y en ellos pudo entrever la tristeza por la inminente separación, y también arrepentimiento. Sus entrañas se revolvieron por un espasmo dulce y melancólico y, antes de que pudiera evitarlo, contestó:

–Me encantaría, señor.

–Excelente –exclamó el señor Chambers, entusiasmado.

La mirada en los ojos de ella se suavizó un poco, pero antes de que Travis pudiera saber qué significaba aquello, el padre de ella lo agarró y lo hizo girarse hacia las cámaras. Con un brazo en torno al marine y otro sobre su hija, el multimillonario los apretó a ambos hacia sí y les ordenó:

–Y ahora, sonreíd.

Travis se sintió como un bicho observado a través de una lupa, y el dolor que sentía en el corazón parecía el alfiler con que se sujeta a los insectos.

¡Qué fácil resultaba volver a las viejas costumbres! Tras más de dos semanas en el desierto, donde su mayor arma había sido su fuerte voluntad en aquella lucha por la supervivencia, estaba de nuevo en el lugar donde siempre había estado. Allí, en aquella habitación verde menta, su voluntad no contaba para nada, ni siquiera la necesitaba. Allí solo era lo que su padre esperaba de ella.

–Gracias, Patti –le dijo a la criada que le había llevado el desayuno. Era increíble pensar que solo unos días atrás había estado

acuclillada en una cueva comiendo serpiente y, en ese momento, tenía ante sí una humeante taza de café y unas tostadas sobre una bandeja de plata.

–De nada, señorita –respondió la mujer dirigiéndose hacia la puerta–, nos alegra que esté de nuevo en casa, sana y salva.

Lisa forzó como pudo una sonrisa. Sus fuerzas no daban para mucho más. Se sentía muy fatigada. Se había despertado varias veces a lo largo de la noche y, los ratos que había dormido, la había perseguido la imagen de Travis: sus ojos, su sonrisa, aquella forma de tocarla... Además, el haber pasado la noche sola en aquella enorme cama había sido demasiado para ella.

Sentada sobre un mullido cojín en el asiento de la ventana, observó el sol ascender por el firmamento, aclarando el cielo y haciendo desaparecer las últimas estrellas. En el desierto, el amanecer iba seguido por la certeza de un calor abrasador que los había obligado a permanecer todo el día guarecidos de él.

En la ciudad, en cambio, con el alba despertaba la gran urbe, y la avenida se llenaba con el movimiento de personas y coches. Todo el mundo tenía prisa por llegar a un lugar que horas más tarde estarían deseando abandonar para volver a casa.

Y el día siguiente sería igual, se dijo Lisa. En unos días todo volvería a la normalidad. Retomaría las riendas de su rutina diaria y continuaría con su vida como si nada hubiera pasado. Travis habría vuelto a su trabajo, a cumplir con su deber, y ella estaría... allí.

¿Por qué no se sentía feliz? Debería estarlo o, al menos, sentirse aliviada. Estaba a salvo, en casa. Frunciendo las cejas, se sirvió más café. Con la taza entre las manos, se levantó y fue hasta las puertas acristaladas que daban al balcón. Salió fuera y la ligera brisa de la mañana le rozó el dobladillo de la bata azul zafiro, haciéndola estremecerse. Bebió un sorbo de café y fue junto a la barandilla.

Un desasosiego interior la agitaba. Lo que hasta entonces le había resultado familiar, en ese momento le parecía extraño, y se sorprendió echando de menos el desierto. Allí estaba, donde siempre había estado. Volvía a ser la hija de Alan Chambers, una joven atractiva que organizaba buenas fiestas.

Travis le había descubierto a otra Lisa, una Lisa que ella creía desparecida hacía años. En el desierto, luchando por sobrevivir, habían contado el uno con el otro, se habían ayudado, por primera

vez en mucho tiempo había vuelto a sentirse viva. Y en los brazos de Travis, había descubierto lo que era amar de verdad.

Pero eso se había acabado y el hombre que había llegado a su corazón como nunca nadie lo había hecho estaría contando los minutos que le quedaban para marcharse.

Ella puso la taza sobre la baranda y agarró la barra de metal con las dos manos. El frío pareció penetrar hasta sus huesos, igualando la temperatura de su cuerpo con la que sentía en el alma. Inspiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás, mirando al cielo a la vez que trataba de acostumbrarse a la pesadumbre que impregnaba su interior.

«Será mejor que te hagas a la idea –se dijo–, porque aun cuando Travis haya salido de tu vida, seguirás sintiendo esta punzada mucho tiempo».

Sin embargo, de inmediato se cuestionó aquellas palabras. Frunciendo el entrecejo, pensó: «¿Por qué habría de dejarlo ir?». ¿Por qué tenía que volver a ser la Lisa de antes? Despacio, pensativa, se irguió mirando los coches que pasaban por la calle. Los miraba como hipnotizada, pero no los veía en realidad. En su mente veía un par de ojos castaños que la observaban en una mezcla de deseo y admiración.

Su corazón palpitó con fuerza y un dolor dulce y suave pareció desencadenarse dentro de ella. Lo echaba de menos, echaba de menos a la persona en la que ella misma se convertía cuando estaba con él. Por nada del mundo quería volver a su antigua vida. Quería empezar de nuevo, y hacerlo junto a Travis.

«No voy a perderlo» –se prometió subrayando en su mente cada palabra–, «no voy a perderlo». Apretó con tal fuerza la barandilla, que los nudillos de las manos se le pusieron lívidos. Estaba decidida. La emoción revoloteaba en el interior de su estómago, y se notó de pronto la boca seca y el pulso acelerado.

Podía hacerlo, convencería a Travis de que estaban hechos el uno para el otro. Él era terco sin duda, pero ella también lo era cuando se trataba de conseguir algo que quería con todas sus fuerzas. Lo único que necesitaba era tiempo, pero todo lo que tenía eran unos días.

«¿Por qué tuve que aceptar?», exclamó Travis para sus adentros golpeando la pared con el puño. Apoyó la cabeza contra el muro, sintiendo el viento que entraba por la ventana abierta. No comprendería jamás cómo podía gustarle a la gente el aire acondicionado.

Él necesitaba aire de verdad. Le ayudaba a mantener la cabeza clara y a concentrarse. Dios sabía que necesitaba esas dos cosas en ese preciso momento. Tenía que hallar una salida de la situación en la que él solo se había metido.

El silencio que reinaba en la habitación del hotel le estaba destrozando los nervios, pero no se encontraba con humor para encender el televisor. Si Jeff y los chicos se hubieran quedado también, al menos estaría más distraído; pero allí solo, en lo único en lo que podía pensar era en Lisa. Aquello no le estaba haciendo ningún bien.

Miró airado el tráfico que rodaba por la calle, envidiando a aquellas personas en sus coches. Ellos al menos estaban en su ambiente, yendo a sus trabajos, ocupados. No como él…

«Debería estar ya camino de Texas y, en vez de eso, aquí estoy, por culpa de mi sentido del deber, preocupado por el posible embarazo de la hija de un millonario».

Sin embargo, al tiempo que se decía eso, Travis sabía que aquella no era la única razón por la que estaba allí. No estaba pensando en un hipotético bebé, sino en ella. No lograba apartar la imagen de la joven en su mente: pensaba en su risa, su tacto… Incluso su lengua afilada y cabezonería.

De pronto, le costaba respirar y se notaba tenso. Todo aquello era culpa suya. Él le había abierto su corazón, la había dejado entrar en su vida. Había permitido que se convirtiera en alguien importante para él, había llegado a quererla. Estuviera embarazada o no, llevaba a Lisa Chambers muy adentro, y no sabía cómo sacársela de la cabeza.

Lo peor era que no estaba seguro de querer sacarla. Pero, ¿por qué dudaba? Sabía que como pareja no tenían ningún futuro, estaban a años luz el uno del otro en todos los sentidos. ¿Qué más pruebas quería? Había quedado muy claro en el momento en que los medios de comunicación habían ido a cubrir su regreso de El-Bahar. Su padre era noticia, pero él lo era solo por una

coincidencia.

Ella se había criado entre algodones, pertenecían a mundos diferentes. A Lisa nunca le satisfaría el suyo, y él no tenía ningún interés en entrar a formar parte del de ella.

–Las cosas son así –murmuró apesadumbrado.

Se alejó de la ventana, se arrastró con pesadez hacia su petate y extrajo de él una camiseta roja con el emblema del Cuerpo de Marines en el centro. La desdobló y se la puso, remetiéndola en la cinturilla de los vaqueros.

Se dirigió a la puerta. Lo había decidido; ahora solo quedaba decírselo a Lisa. Se lo debía. Y a sí mismo también. No pensaba esperar, iría a verla en ese preciso momento. Sin duda, ella estaría de acuerdo. Quizá ella también se había pasado la noche pensando en ello.

Estaba ya en el lugar que le correspondía, y seguramente habría llegado a la misma conclusión que él. Sí, lo mejor sería poner fin a aquel asunto cuanto antes para poder seguir con sus vidas. Eso sí, la llamaría en un par de semanas para saber si estaba embarazada. Con suerte no habría ningún bebé en camino y solo tendrían que decirse adiós para siempre.

Y, tal vez pasados unos diez o quince años, podría recordar el tiempo que había pasado con ella sin sentir aquel dolor que lo sacudía con cada latido de su corazón.

Travis agarró el pomo de bronce y lo giró, abriendo la puerta con decisión. Sin embargo, nada más salir al pasillo, el aplomo que había reunido se desvaneció al encontrarse de frente unos ojos azules como el mar.

–Hola, Travis –saludó Lisa. ¿Por qué, por qué su sola voz hacía que un escalofrío le recorriese la espalda?

Era como acabar de bajar de la montaña rusa y encontrarse subido en ella de nuevo.

Capítulo Diez

Con una sola mirada de los ojos de él, las rodillas de Lisa flaquearon y el estómago empezó a cosquillearle. Inspiró profundamente, tratando de calmarse, pero no lo consiguió. Aquellos ojos hacían que se derritiera por dentro como la nieve ante el sol.

–¿Qué estás haciendo aquí? –inquirió Travis. A pesar del brillo en sus ojos al verla, su voz no sonó muy acogedora.

Lisa se tragó la desilusión que la inundó. Por alguna estúpida razón, había esperado que la rodeara entre sus fuertes brazos y la besara como había hecho en el oasis. Sin embargo, la expresión pétrea en su rostro le indicó lo vanas que eran aquellas esperanzas. No le importaba, se dijo. Dijera él lo que dijera, podía sentir cómo la deseaba. Al igual que le ocurría a ella, le resultaba imposible disimularlo. Aquello era la prueba de que no todo estaba perdido.

–Vaya, yo también me alegro de verte –le dijo con sarcasmo. Sin esperar a que la invitara a pasar, cosa que sabría no ocurriría, Lisa entró en la habitación.

Escuchó cómo él cerraba la puerta y, por un momento, pensó que iba a abrazarla desde atrás, rodeándole la cintura y atrayéndola hacia sí. Quería volver a sentir su calidez y su fuerza, revivir las sensaciones que había experimentado de forma tan fugaz en el lejano desierto. Pero, claro, nada de aquello sucedió.

–Iba a ir a verte ahora mismo –explicó Travis.

Ella dio un respingo por dentro al notar en su voz cómo quería mantener las distancias. De haber sido las cosas de otro modo, aquellas palabras la habrían alegrado; pero, por su tono, estaba segura de que, si lo dejaba seguir hablando, no le gustaría lo que iba a decirle. Se adelantó a hablar, aprovechando el silencio, antes de que él pudiera continuar.

–¡Ah, pues entonces vengo justo a tiempo!

–Lisa...

Ella se dio la vuelta con rapidez para mirarlo y, durante un

segundo, se perdió en sus ojos. Sin embargo, advirtió la tensión en sus hombros, como si estuviera preparándose para decirle adiós. No podía dejar que lo hiciera.

–Travis, escucha –lo cortó–, voy a ser tu cicerone en la ciudad.

Él frunció las cejas. Era obvio que no se esperaba aquello. Despacio, cruzó los brazos sobre el ancho tórax.

–¿Mi cicerone? –repitió.

Lisa dudó un momento. Tendría que haber imaginado que pasaría aquello. Al fin y al cabo era un marine, habría estado en Washington un millón de veces. Tenía gracia. Dos horas antes le había parecido una idea estupenda, pero ahora se sentía... tonta. Sin embargo, para empeorar las cosas, su lengua fue más rápida que su cerebro.

–Bueno, pensé que te gustaría ver algo de Washington mientras estés aquí. A menos que ya hayas estado antes, claro está –se apresuró a aclarar gesticulando con exageración. Estupendo, ahora además de su idea, ella también le parecería tonta–. Porque si ya has estado antes en Washington no estarás interesado, lo sé. Pero si no, deberías conocer la ciudad antes de irte. Y yo puedo enseñártela porque he vivido aquí toda mi vida, y... –justo en ese momento, gracias a Dios, se quedó sin aliento–. «¡Ojalá el suelo se abriera y me tragara!», pensó.

Pasó un minuto que pareció eterno sin que Travis dijera nada. Lisa le sostuvo la mirada todo el tiempo, como si con ello fuera a conseguir que aceptara, lo cual era ridículo. Ella sabía muy bien que si Travis no quería hacer algo, no habría forma de obligarlo. Al fin y al cabo, era una de las cosas que admiraba en él.

La mayoría de los hombres que había conocido estaban deseosos de hacer lo que ella les pedía, esperando congraciarse con su padre. A él, en cambio, no le importaba quién fuera su padre, y más de una vez le había soltado en la cara aquello de «niña mimada». Por aquello mismo, se dijo, le importaba lo que pensara de ella. Porque era sincero.

Travis subió los brazos y se pasó las manos por ambos lados de la cara. Lisa observó el movimiento de los músculos debajo de la gastada camiseta. Sintió que se le secaba la boca y su vientre tembló de deseo. Era el hombre más atractivo del mundo.

–Iba a ir a verte –le dijo rompiendo el silencio de la habitación–,

para decirte adiós.

Ella sintió una punzada de dolor al oír aquellas palabras. La calidez que la había inundado unos momentos antes, se transformó en un frío glacial. ¿Se marchaba? ¿Tan pronto?

–Travis...

–No, déjame decir esto –la interrumpió él. Se acercó tanto a ella, que Lisa hubiera jurado que podía escuchar los latidos de su corazón, latiendo tan rápido como el suyo–. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, no tiene ningún futuro. Lo sabes, ¿verdad?

–No, no lo sé.

–Maldita sea, Lisa.

–Maldito seas tú, Travis –le espetó ella. Y entonces, las palabras salieron de sus labios como un torrente, como si quisiera alcanzarlo antes de que llegara al imaginario paso en que la abandonaría–. Hay algo mágico entre nosotros y tú te niegas a aceptarlo. No deberíamos desperdiciar algo tan precioso, deberíamos estar el uno con el otro.

–No es real –la rebatió él volviendo a causarle una punzada de dolor–, aquello fue producto de la situación, del peligro, del miedo... de todas las experiencias que hemos tenido juntos en el desierto. No fueron más que las circunstancias, Lisa.

–No, no lo creo y sé que en el fondo tú tampoco piensas así –respondió ella. Lo que había ocurrido entre ellos, por fugaz que hubiera sido, había sido lo más real que le había sucedido en toda su vida. No iba a permitirle que destrozara aquel recuerdo con tanta facilidad.

Las facciones de él se tornaron aún más duras, si es que eso era posible. Era como hablar con una estatua de granito puro.

–Lo que yo creo –le dijo él–, es que nuestros mundos no pueden mezclarse.

–No tienen que mezclarse.

–Sí, claro que sí, porque si no colisionarían, y el choque sería brutal.

–De modo que, para evitarte problemas, vas a huir.

La joven notó cómo él se ponía rígido. Se apuntó un tanto mentalmente.

–Yo no estoy huyendo.

Lisa bajó la vista a los pies del marine, calzados con deportivas,

y se rio con sarcasmo.

–¡Diantre, Travis, si incluso llevas tus zapatillas para poder ir más rápido!

–Estoy tratando de hacer lo correcto.

–Pues te equivocas en lo que crees que es correcto.

–No lo creo.

–¿Y qué pasa conmigo? ¿y si estoy embarazada? –inquirió. No había tenido más remedio que recurrir a aquella estratagema. No creía en absoluto que pudiera estarlo, porque habiéndolo hecho solo una vez... ¿Cuántas eran sus probabilidades? Sería más fácil ganar la lotería. No había otro remedio, se estaba quedando sin munición y la guerra aún no había terminado–. ¿Qué hay de tu promesa de quedarte cerca de mí hasta que lo supiéramos?

Travis frunció el entrecejo, contrariado. Otro punto para Lisa. Pasándose la mano por la barbilla, el marine inspiró con fuerza y expulsó el aire, exasperado.

–Te llamaré dentro de un par de semanas y...

–No contestaré el teléfono.

–¡Maldita seas, Lisa!

–Si quieres saber si estoy o no embarazada –lo advirtió jugando su última carta–, tendrás que quedarte por aquí hasta que lo averigüe.

–¿Cuándo lo sabrás con certeza?

Lisa se encogió de hombros, como si no estuviera segura, cuando, en realidad, sabía muy bien que la regla tendría que bajarle hacia final de semana.

–¿Por qué te empeñas en esta relación? –inquirió Travis.

–¿Y por qué tú no? –replicó ella.

–Ya te lo he dicho, estoy haciendo lo correcto.

–Y yo también –le dijo ella mirándolo a los ojos sin pestañear.

El marine la agarró por los hombros y Lisa sintió el calor que imprimían cada una de las yemas de sus dedos, como si le estuvieran marcando la piel con un hierro al rojo vivo a través de la seda de la blusa. La excitación y el deseo se agitaron en su interior, entremezclándose con un sentimiento cercano al pánico.

–Estás loca –dijo él.

–¿Y qué?, a mí me gusta –respondió Lisa con suavidad, sonriéndole. Había ganado. Podía ver la rendición en sus ojos, lo

sentía en cómo la sujetaba. Iba a quedarse, por un tiempo al menos. Y, de algún modo, mientras siguiera allí, tendría que hallar la forma de convencerlo de que estaban hechos el uno para el otro.

–Eres preciosa.

Ella parpadeó, incrédula.

–¿Qué?

–Preciosa –repitió Travis. Y paseó la mirada despacio por sus facciones, adorándola.

El corazón de Lisa dio un vuelco y notó cómo un rubor coloreaba sus mejillas.

–¿Lo soy?

–Pues claro que sí –le dijo él enarcando una ceja–, y tú lo sabes.

Bueno, se había arreglado un poco antes de ir a verlo. ¿Qué mujer no lo habría hecho? Después de todo, no había ofrecido su mejor aspecto en el desierto. Lisa se pasó las palmas de la mano por el frontal de sus pantalones grises y jugueteó nerviosa con la cadena dorada que colgaba de la cintura de estos.

Se había puesto también la blusa de seda rosa palo que tanto la favorecía, con sus mangas de tres cuartos y el cuello escotado. Para completar el conjunto, pendiendo sobre la blanca garganta, se había puesto el pequeño pero elegante corazón de diamante que había pertenecido a su madre. Lisa lo tomó entre sus manos tratando de calmarse.

Travis le acarició la mejilla con las yemas de los dedos, haciéndola estremecer. ¿Cómo podía hacer que el deseo aflorase en ella tan rápido?, se preguntó fascinada. Apenas se conocían desde hacía una semana, pero la joven tenía la sensación de que su alma llevara esperándolo toda la vida. Lisa no comprendía cómo podía haber ocurrido aquello, y tan rápido además.

Tal vez él tuviera razón en eso, tal vez había sido la tensa situación que habían compartido en el desierto. Tal vez el miedo, el peligro y la dependencia del otro para sobrevivir habían comprimido unos meses en solo unos días. En realidad, no tenía ninguna importancia cómo había ocurrido. Ya no tenía ninguna duda: amaba a Travis Hawks.

En los días siguientes, Travis pasó la mayor parte del tiempo con

Lisa. Despedirse de ella por la noche le costaba cada vez más. Su cuerpo gemía con la necesidad de sentirla de nuevo, sus manos ansiaban volver a tocarla, y no había logrado borrar de su mente el sabor de aquellos labios. El deseo le estaba desgarrando el alma, no podía soportarlo más.

Lisa, en cambio, parecía estar disfrutando de forma cruel con su sufrimiento. Travis podía notarlo en su manera de moverse, de caminar, de mirarlo con languidez, provocándolo. Y lo tocaba todo el tiempo: una caricia en el antebrazo, una palmada en la mejilla. Además, siempre que podía iba de su brazo, andando tan cerca de él, que el marine tenía la impresión de que el calor del cuerpo de la chica se transmitía al suyo, volviéndolo loco.

¿Cuánto más podría resistir aquella sed de ella? Tenía los nervios a flor de piel y estaba a punto de perder el control. Si pasaba unos días más con ella, pronto se olvidaría de sus firmes intenciones y se abalanzaría sobre Lisa. Lo único que hacía que no se desmoronase era el convencimiento de que, si volvían a hacer el amor, aquello solo complicaría aún más las cosas.

Y no quería eso, no cuando su corazón estaba destrozado porque tendría que abandonarla muy pronto. Era probable que sus caminos no volvieran a cruzarse. Aquellos días con ella eran lo único que le quedaba.

Luchando por mantenerse fuerte, trató de almacenar en su cerebro el mayor número posible de imágenes de ella, para que, pasados unos años, pudiera volver a contemplarla en su mente como quien admira las fotos de un álbum.

Intentó convencerse de que un día conseguiría recordarla sin que lo ahogara el dolor de haberla perdido. Ni siquiera él se creía aquella mentira.

Recorrieron el museo Smithsonian, pasearon por la calles Williamsburg y Virginia y visitaron el teatro Ford, la Casa Blanca, el Congreso y el Senado.

También caminaron por el Paseo, abarrotado de turistas haciéndose fotos y comprando estúpidos *souvenirs* en los puestos a lo largo del paseo.

De la mano, pasaron por delante de la zona en la que se recordaba a los prisioneros de guerra y a los desaparecidos en acciones militares. Lisa notó que, de pronto, el paso de Travis

parecía vacilante y le apretó la mano con fuerza en una demostración de apoyo silenciosa.

Un poco más allá, rodeado por frondosos árboles estaba el monumento a los caídos en la guerra de Vietnam. No era más que un bloque de piedra colocado sobre un montículo con cientos de nombres grabados en su superficie, pero aún así, resultaba sobrecogedor. Al llegar al monumento en memoria de los soldados muertos en la guerra de Corea, Travis se detuvo.

Fijó la vista en el pequeño grupo de soldados esculpidos, como si hubieran sido congelados en el tiempo. Él, embargado por una emoción difícil de contener, agradeció el contacto cálido de la mano de Lisa mientras examinaba los rostros de las estatuas.

Eran hombres jóvenes, con los ojos alerta, atravesando una zona pantanosa, con las armas dispuestas para atacar. Detrás de ellos había una pared de granito gris, salpicada de cientos de caras fantasmagóricas que parecía fueran a abalanzarse sobre ellos, atravesando el velo que separaba a aquellos seres del mundo real.

Travis apretó la mandíbula. Los soldados sentían una unión especial con aquellos que ya se habían ido. Su ausencia se hacía patente, como una silla vacía a la hora de la cena. En silencio, el marine dijo una breve oración por los hombres y mujeres del ejército que no habían vuelto a casa y agradeció al cielo que él sí lo hubiera hecho.

Giró la cabeza hacia Lisa, de pie a su lado, y la sorprendió mirándolo con fijeza. En sus ojos brillaba un sentimiento de tristeza y comprensión que hizo que su corazón pareciera de pronto muy pesado en su pecho.

–Eres increíble, Lisa –le susurró. Y la verdad era que aquel adjetivo no hacía honor a la verdad. Pero, ¿cómo decirle a aquella mujer lo mucho que significaba para él, y al mismo tiempo tratar de distanciarse de ella?

Lisa se puso frente a él. La suave brisa que soplaba agitaba su cabello rubio.

–No es tan difícil entender lo que pasa por tu cabeza en estos momentos.

–Es este lugar –explicó Travis mirando en derredor–, me alegra que hayamos venido. Me hace feliz ver que la gente viene a visitarlo, saber que estas personas no serán olvidadas.

Pero era más que eso. Los monumentos a los caídos, el recuerdo del valor de aquellos soldados, lo hacían sentirse orgulloso de quién era y de lo que era. Aunque, sobre todo, era el saber que ella también se sentía orgullosa de él, lo que lo había emocionado.

–Tú tampoco serás olvidado –le dijo Lisa. El tono de su voz hizo que el marine volviera la vista hacia ella–. Yo nunca te olvidaré.

Antes de que pudiera pensar siquiera una respuesta, ella le soltó la mano y comenzó a caminar. El sol primaveral descendió sobre ella como una bendición arrancando destellos de su pelo dorado. La camisa roja de manga larga y los pantalones blancos que llevaba le daban un aspecto aún más juvenil y alegre. Y el cimbreo de sus caderas lo excitó tanto, que lo dejó sin aliento.

Aquello era una locura y él lo sabía. Habían pasado juntos ya varios días y, cada noche, acostado en la cama del hotel, en aquella vacía habitación, se prometía que iba a dejar la ciudad, a marcharse mientras aún estaba a tiempo. Y, sin embargo, cada mañana, la esperaba, ansioso por volver a verla. ¿Cómo podría vivir sin ella? ¿Cómo podría seguir viviendo sin poder mirarse en sus ojos, escucharla reír o sentir su tacto?

Era un completo idiota, no debía haberse quedado, y cada día se le hacía más difícil la idea de irse. Si le quedaba una pizca de sentido común, tomaría el primer avión que saliera para Texas, pasaría algún tiempo con su familia y se reincorporaría a su pelotón. Tenía que mirar hacia delante, hacia su próxima misión.

Sin embargo, mientras daba vueltas en la cabeza a aquellos pensamientos, se dijo que, por mucho que lo intentara, no conseguiría olvidarla.

Lisa se mezcló con los invitados, pero sus ojos estaban pendientes de Travis todo el tiempo. Su padre había organizado en su casa una cena con cotillón en honor a su rescatador, y a ella habían acudido los personajes más ricos e influyentes de la nación. El inmenso salón estaba atestado de gente con elegantes esmóquines, joyas y trajes de diseño, pero ella solo tenía ojos para él.

Travis Hawks, vestido con su uniforme de gala azul, destacaba entre la multitud como un águila en medio de un montón de

palomas. Aunque era obvio que se le veía incómodo, estaba erguido y muy apuesto, como salido de un póster propagandístico del ejército que dijera: «Por Dios y por la patria».

Mientras los hombres que había a su alrededor hablaban de negocios y de refugios fiscales, él estaba allí de pie, callado, atrayendo la atención de todas las féminas de la reunión.

Lisa repartió sonrisas y cumplidos de compromiso entre todos los rostros conocidos que iba encontrándose, tratando de ocultar el dolor que sentía en el corazón. No había logrado convencerlo para que se quedara. A pesar de todo lo que habían pasado y de los momentos que habían compartido, él iba a dejarla, lo presentía. Ya casi no le quedaba tiempo y no había logrado que se le ocurriera ningún plan para retenerlo allí.

–¡Oh, Lisa...! –le dijo una voz femenina–. Tienes que contármelo todo acerca de ese hombre tan maravilloso.

Lisa se volvió y miró a Serena Hathaway, forzando una sonrisa y retomando su papel de anfitriona.

Travis no podía comprender cómo a la gente podía gustarle aquello. No se había aburrido tanto en toda su vida. Toda aquella gente que se hacía la interesante y fingía atender a las chorradas que decían los demás... Se sentía tan fuera de lugar como un ladrón en una iglesia. Lisa, en cambio, encajaba allí, se dijo. Bastaba con ver cómo se desenvolvía con los invitados para comprender que ese era su mundo.

Estaba preciosa, con un vestido verde bosque hasta los pies, que la ceñía tanto, como los brazos de un amante. Llevaba el cabello recogido con un pasador brillante, y también despedían destellos los pendientes y el collar de diamantes que adornaban las orejas y el cuello. Seguramente costarían una fortuna, se dijo Travis, mucho más de lo que él podría reunir en toda su vida.

Por mucho que detestara estar allí, se alegraba de haber ido, de poder ver a Lisa en su ambiente, para convencerse por fin de que era allí donde pertenecía. Tal vez entonces pudiera convencer a su corazón de ello.

–Ah, Travis... –era el señor Chambers, que apareció detrás de él pasándole un brazo por encima del hombro–. ¿No te importa que te llame Travis, verdad?

–No, señor –respondió él. Observó que el millonario, aunque

estaba hablando con él, paseaba la mirada por los demás presentes en el salón.

–Me gustaría tener unas palabras contigo en privado, en mi estudio.

Travis asintió con la cabeza y lo siguió, aliviado de que por fin pudiera dejar de pensar en Lisa, aunque solo fuera por unos minutos. Las paredes del estudio del señor Chambers estaban cubiertas por estanterías llenas de libros y, frente a la chimenea apagada, había unos sillones de cuero marrón. También tenía un mueble bar con copas y botellas de coñac. Olía a humo de puros. Nada más pensar aquello, Alan Chambers rodeó una mesa de madera color miel y, abriendo un cajón, extrajo una caja de habanos. Encendió uno y le ofreció otro a Travis.

–No, gracias.

El hombre aspiró el puro, suspiró y fue hasta los sillones, tomando asiento e indicándole que hiciera lo mismo. El padre de Lisa examinó su puro un segundo y le dijo:

–Quería darle de nuevo las gracias en persona por todo lo que ha hecho por mi hija.

–No es necesario, señor –replicó él–, solo cumplía con mi deber.

–Claro, claro… Pero, aún así, ha debido ser difícil para usted tratar con una mujer tan… –dejó la frase en el aire, como si no pudiera encontrar el adjetivo adecuado.

Molesto, Travis sugirió:

–¿Valiente?

El señor Chambers parpadeó y rio un poco.

–Bueno, la verdad es que no es la palabra que suele emplear la gente para referirse a mi niña.

La irritación se apoderó de Travis por un momento, pero logró contenerla. Después de todo, era el padre de Lisa.

–Verá –continuó el hombre–, mi hija es la persona idónea para organizar una fiesta, pero… ¿Lisa?, ¿en un desierto? No, no… Si no hubiera sido por usted, no quiero ni pensar en lo que habría pasado.

Recordando la tenacidad de la joven y su fortaleza, el marine le respondió sin vacilar:

–Habría encontrado el modo de sobrevivir.

El hombre rio de nuevo, pero esta vez Travis se ofendió mucho más.

–Escuche, señor Chambers, me parece que no conoce usted en absoluto a su propia hija.

–Perdón, ¿cómo dice?

–A la que tiene que pedir perdón es a ella. Es una mujer increíble y se merece tener a un padre mucho mejor que usted.

–Oiga, oiga...

–No, señor –le dijo él poniéndose de pie–, ya he visto bastante. Me temo que lo único que le preocupa es cómo amasar más dinero. No es capaz de ver lo que tiene delante de sus narices, una hija de la que estar orgulloso, una hija que se merece su cariño.

–¿Quién diablos se cree usted qué es?

–Yo sé quién soy, señor Chambers –masculló Travis–, y sé quién es Lisa, es usted a quién no comprendo.

El hombre se levantó también de su asiento mirando al joven fijamente a los hombros. Había ira en sus ojos.

–Hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a hablarme así.

–Pues tal vez lo necesitaba, señor –le respondió Travis sin amilanarse. Había visto a Lisa en sus peores momentos y estaba seguro de que su padre, que se metía con ella de forma tan cruel, no habría resistido ni la cuarta parte de lo que ella había soportado–. Lisa es una chica fuerte, inteligente y capaz.

–¿No me diga?

–Sí, ya lo creo que sí. No estoy diciendo que sea perfecta. Es muy cabezota y tiene un temperamento del demonio, pero me hizo sentirme orgullosa de ella en el desierto. Usted también debería estarlo.

–¡Qué interesante!

–Oiga...

–Está usted enamorado de mi hija, ¿no es así?

Aquello lo había pillado por sorpresa. Atónito, Travis se quedó mirando al hombre como si de repente estuviera hablándole en chino.

–¿Qué?

–Contesta la pregunta, Travis –era Lisa, que había entrado sin hacer ruido, y estaba junto al quicio de la puerta.

Los dos hombres se dieron la vuelta para mirarla. Ella cerró la puerta.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –preguntó Travis.

–El suficiente para saber que quiero escuchar tu respuesta a la pregunta de mi padre.

El marine miró a la joven y luego a su padre. Las emociones se revolvían dentro de él, pero no iba a dejar que lo acorralaran. Los ojos azules de ella buscaron los suyos, ansiosos. No iba a darle la satisfacción que buscaba. Aquella noche lo había visto más claro que nunca, su relación era del todo imposible.

–La respuesta es no, Lisa –le dijo con suavidad. Aquella mentira lo golpeó, como un *boomerang* que se lanza y vuelve a uno mismo.

Capítulo Once

Lisa se echó hacia atrás como si le hubieran dado una bofetada. Un dolor cada vez más intenso se fue apoderando de su interior, haciéndola sentirse muy desgraciada. Era increíble el efecto que una palabra podía llegar a tener en una persona. Lisa buscó sus ojos respirando con dificultad. En la profunda mirada del marine pudo ver arrepentimiento.

–Estás mintiendo –musitó con una voz que no era la suya.

Travis frunció el entrecejo.

–Lisa, escucha...

–¿Por qué mientes? –le repitió ella sin esperar una respuesta. Aquello no la había tomado por sorpresa.

Él no dijo nada, solo la observó con el mismo dolor que ella sentía reflejado en sus ojos color castaño.

–Cariño... –intervino el señor Chambers. Lisa dio un respingo. Casi había olvidado su presencia en la habitación. Y lo cierto era que no le importaba si estaba allí o no. En ese momento, solo podía pensar en Travis y en cómo conseguir que admitiera que sentía algo por ella. No podía estar equivocada, imposible... Había sentido la pasión en él, la dulzura... Había algo más que deseo entre ellos, y ambos lo sabían–. Déjalo ir –le dijo su padre–. No cometas otra equivocación. Con cinco compromisos ya es bastante.

–¿Cinco? –repitió Travis, atónito.

Lisa se puso rígida y miró al marine. Quizá debía haberle hablado de aquello.

–Sí, cinco –volvió la cabeza un instante hacia su padre frunciendo el entrecejo, y giró de nuevo la cabeza hacia Travis, que seguía mirándola–. Yo lo intenté –le dijo al marine esperando que pudiera comprenderla–, intenté ser lo que todo el mundo esperaba de mí, pero todos mis prometidos eran iguales que mi padre.

–¿Iguales que...? –balbució su padre, aturdido.

Lisa lo ignoró sin apartar la vista de Travis. Quería que la comprendiera.

–Querían que fuera un florero, algo que exhibir en las fiestas, no les importaba quién era yo, ni lo que pensara. Para ellos yo era solo la hija de Alan Chambers, con eso les bastaba –dio un paso hacia él–. ¿Es qué no lo ves, Travis? Yo quería... Necesitaba ser más, y a tu lado... me convierto en una persona mejor.

–Cinco compromisos rotos... No es algo como para estar orgulloso –farfulló su padre con sequedad, como si no la estuviera escuchando siquiera.

Lisa cerró los ojos con fuerza, pero antes de que pudiera defenderse, Travis se volvió hacia él.

–¡Por amor de Dios!, ¡es usted su padre! ¿No debería estar de su lado?

–Pero si lo estoy... –murmuró el señor Chambers.

–¡Caray, pues en ese caso, que Dios pille confesados a sus enemigos! –exclamó el joven, escandalizado–. ¿No le parece que es mejor que haya roto cinco compromisos en vez de haberse divorciado cinco veces? ¿No lo enorgullece que sea capaz de reconocer sus errores y rectificarlos?

Lisa sintió que su corazón se henchía de gratitud hacia él. Nadie la había defendido jamás con tanta vehemencia. Nadie se había enfrentado a su padre por ella. Aquello hizo que amara a Travis aún con más intensidad.

–Sargento, ya se está pasando usted... –lo advirtió el padre de Lisa.

–Supongo que tiene razón, señor Chambers. Pero no se preocupe, ya me marcho...

–¡No, no te vayas, Travis!

El marine miró a la chica con tristeza.

–No insistas, Lisa, esto no tiene ningún sentido. No funcionaría...

–Pero, ¿no crees que merece la pena intentarlo? –inquirió ella ignorando la irritación de su padre.

Travis fue hasta ella y le acarició la mejilla, sonriéndole de un modo que hizo que su corazón se encogiera.

–El intentarlo no cambiaría el hecho de que pertenecemos a mundos muy diferentes –le dijo con suavidad, sacudiendo la cabeza–. Adiós, Lisa.

Y se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, el señor Chambers dijo a su

hija:

–Estarás mejor sin él.

–¿Mejor? –repitió ella sin dar crédito a sus palabras. Con la cabeza a punto de estallarle, el corazón hecho añicos y los ojos llenos de lágrimas, se giró en redondo para mirar a la cara de aquel hombre que ni siquiera la conocía–. ¿En qué sentido, papá? ¿Acaso será mejor para mí que me quede en tu casa, arruinando tu vida y organizándote las fiestas? –se recogió un poco el vestido y fue junto a él–. ¿No crees que sería mejor que pudiera tener un marido? ¿O formar una familia?

Lisa inspiró aire por la boca, tratando de acallar el dolor de su corazón. Pero era demasiado intenso, demasiado grande como para apartarlo a un lado. Ella enjugó una lágrima con el dorso de la mano. No era momento de llorar, no iba a compadecerse de sí misma.

Alzando la vista hacia su padre, estudió la perpleja expresión de su rostro y se dio cuenta de que no había sido justa con él. Después de todo, si nunca se había molestado en hacerle ver que ella era algo más que una niña mimada, la mujer que era en realidad, ¿cómo podía enfadarse con él?

–Esto no es del todo culpa tuya, papá –se disculpó–, yo solo renuncié a mis sueños porque para mí era más fácil ser lo que tú querías que fuera.

–¿Tus sueños? ¿Te refieres a aquella idea tuya de enseñar?

–Sí –asintió Lisa poniendo una mano sobre el brazo de su padre.

–Cariño, no podrías vivir con el salario de una maestra –le recordó él en ese tono de «ya hemos hablado de esto».

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

–Aunque te suene extraño, creo que podré vivir sin tantos lujos –le respondió. Lo miró, y admitió en silencio que lo había culpado durante demasiado tiempo de las cosas que habían salido mal en su vida. Si quería empezar de cero, empezar una nueva vida, tendría que salir al mundo y hacerlo por sí misma–. Yo te quiero, papá –le dijo. Podía ver la emoción en los ojos y aquello la iluminó en su tristeza–, pero ya no me basta con ser tu hija. Tengo que encontrar mi lugar en el mundo.

Su padre examinó la punta de su habano un instante antes de preguntarle:

–¿Junto a él?

–Sí.

–Umm... Bueno, tengo que admitir que el muchacho tiene agallas.

–Sí, sí que las tiene.

–¡Enfrentarse a mí en mi propia casa!

–Lo sé –asintió Lisa sonriendo–, es increíble, ¿verdad?

–Sí –respondió él atrayéndola hacia sí y abrazándola–, pero no tanto como mi hija.

Lisa cerró los ojos y lo abrazó también, saboreando la dulzura de aquel momento perfecto. Era sorprendente cómo un poco de honestidad podía cambiar a una persona.

–Te quiero, hija mía, siempre te he querido –murmuró su padre.

–Lo sé, papá –contestó Lisa, pero era agradable oírselo decir.

El señor Chambers le dio una palmada en la espalda, se aclaró la garganta y se echó hacia atrás para mirarla.

–Bueno, ¿y cómo piensas convencerlo para que vea las cosas a tu manera?

Lisa sonrió con aire misterioso. Tenía unas cuantas ideas a ese respecto, pero le daba algo de vergüenza explicárselas a su padre. Así que, en vez de entrar en detalles, se limitó a decirle:

–Confía en mí, papá, voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar.

La punzada de arrepentimiento que sentía en el pecho se iría disipando con el tiempo. Tal vez en veinte o treinta años. Travis miró disgustado su reflejo en el espejo, enjuagó la maquinilla y cerró el *aftershave*, metiendo después ambas cosas en la bolsa de aseo.

Salió del cuarto de baño, malhumorado, y la arrojó dentro de su petate, lo cerró y lo echó sobre la silla que tenía más cerca, pero se cayó al suelo, lo cuál no hizo sino aumentar la tensión que lo revolvía por dentro.

«Estupendo, Travis», se dijo, «primero te metes con su padre, y luego la dejas sola para que aguante el chaparrón». Sí, lo había hecho de maravilla. Sacudiendo la cabeza avergonzado de sí mismo, se paseó de un lado a otro de la habitación como un condenado a

muerte buscando una grieta en los barrotes de su celda. Lo malo era que no había ninguna.

No podía apartar de su mente la imagen del rostro dolorido de la joven cuando él se despidió. El dolor parecía haberse abalanzado sobre ella y haber atravesado su alma para después clavar sus colmillos en él.

La dentellada del dolor de Lisa era más fuerte que el suyo propio. Travis apretó los dientes y sacudió la cabeza tratando de expulsar de su retina aquella última imagen de la joven. Fue hasta la ventana y la abrió para poder sentir el viento en su rostro.

Ella lo superaría, se dijo con firmeza. ¿No había estado ya comprometida cinco veces?, pensó queriendo convencerse. Sin embargo, no había tenido relaciones con ningún hombre hasta aquella mañana con él en el oasis. Había esperado a la persona adecuada porque quería hacerlo con un hombre al que amara.

Tendría que volver a esperar otra vez, pero un día el amor surgiría de nuevo en su vida. Alguien la acariciaría como él lo había hecho, alguien se deleitaría con sus suspiros y se perdería en sus ojos. Aquel pensamiento, lejos de consolarlo, hizo que su corazón se desgarrara de celos.

Travis cerró los ojos al cielo estrellado y volvió a verla en su memoria, aquel cuerpo desnudo moteado por la sombra de las hojas de las palmeras y los rayos de sol que se colaban entre ellas. Notó cómo se tensaba por la excitación y su mente revivió aquellos instantes.

Casi podía sentir el tacto de su piel, la calidez, la suavidad de la seda bajo sus manos endurecidas al recorrer su cuerpo. De pronto, se sintió la boca reseca y hubiera jurado que aún notaba el sabor de sus labios.

¿Por qué insistía en atormentarse así? Se frotó el rostro con ambas manos, como si con ello pudiera de algún modo borrar sus pensamientos.

Un golpe en la puerta lo devolvió a la realidad. ¿Por qué tenían que molestarlo en aquel preciso momento? Se dirigió en unas pocas zancadas a la puerta, dispuesto a despachar sin contemplaciones a quien estuviese al otro lado de la puerta. Abrió y gruñó:

–¿Qué quieres?

–Caramba, ya veo que me echabas de menos... –era Lisa. Entró

en la habitación sin pedirle permiso.

Travis sintió como si se le hubiera quedado atascada en la garganta la última bocanada de aire que había tomado, como si tuviera atravesada en la tráquea una fría bola de plomo.

–Vete a casa, Lisa.

–¿Qué dirías si te dijera que ya estoy en casa?

–Te diría que estás loca, esto es un hotel.

–Quiero decir, donde estás tú es donde está mi hogar.

–Sé lo que querías decir, pero esto es un error.

–¿Eso crees? –inquirió ella girándose para mirarlo. Se había quitado el traje de fiesta, pero el modelo que llevaba en ese momento era igual de incitante. Se había puesto un top sin mangas bastante escotado y ceñido, y una minifalda negra cortísima que dejaba a la vista sus torneadas piernas.

Los zapatos que adornaban sus pies tenían un tacón de aguja tan alto y fino, que Travis se preguntó cómo podía mantener el equilibrio. Al inclinar Lisa la cadera, cargando todo su peso en la pierna derecha, el marine observó excitado cómo se tensaban los músculos del muslo. Aquello no iba a resultar nada fácil.

Tenía que conseguir controlar sus emociones. Lo habían entrenado para ello. Tenía que concentrarse en hacer lo que era su obligación moral. Y, para eso, tenía que sacarla lo antes posible de la habitación... Antes de que cometiese alguna estupidez, como volver a hacerle el amor.

–Sí, es un error –respondió con sequedad–. Tú y yo pertenecemos a mundos separados, así que haznos un favor a los dos: ve por ahí a buscar a tu prometido número seis.

Lisa lo miró dolida y Travis se propinó un puñetazo mental por haber dicho algo tan grosero. Sin embargo, se dijo, si era amable con ella no conseguiría que se marchara; y tenía que irse.

–Creí que lo habías entendido, lo de mis compromisos... –replicó confusa–. Le dijiste a mi padre que...

–Yo lo comprendo, Lisa –respondió él contra lo que le indicaba su cerebro. No quería hacerle más daño del que ya le había hecho–. Pero tú tienes que entender que yo tampoco puedo ser lo que tú quieres que sea.

–¿Y qué quiero yo que seas, si se puede saber? –le preguntó airada. Se cruzó de brazos, haciendo que la parte superior de sus

senos se asomara un poco al escotado cuello de su top.

Travis tragó saliva tratando de controlar sus impulsos.

–El hombre que necesitas, un hombre que se sienta cómodo en una fiesta como la de esta noche.

–Si fuera eso lo que quiero, me habría casado con cualquiera de mis prometidos –lo espetó.

El marine sabía que aquello era cierto, pero no cambiaba nada en absoluto.

–Somos muy distintos, Lisa –insistió.

–No, no lo somos.

–¡No digas tonterías! La casa de mi familia cabría dentro de la tuya y aún quedaría espacio para el garaje.

–Travis, ¿crees que el dinero me importa lo más mínimo?

–A mí sí me importa.

–Pues entonces eres un idiota.

–Muy bien, pues encuentra a un hombre que no sea un idiota como yo.

–No quiero a ningún otro, te quiero a ti.

–Maldita sea, Lisa, ¿por qué tienes que hacer esto más difícil de lo que ya es?

Ella lo miró con aire misterioso.

–Oh, pues espera y verás, te lo voy a poner todavía más difícil– y antes de que Travis pudiera comprender lo que quería decir, empezó a sacarse el top.

El corazón de él empezó a latir como un loco y volvió a ponerse tenso.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a seducirte.

Después le tocó el turno al sostén. Lisa desabrochó el enganche de la parte delantera. La boca se le resecó de nuevo a Travis al ver cómo apartaba la prenda de seda amarillo claro, dejando al descubierto sus senos.

Tenía los pezones erectos y él tuvo que esforzarse para reprimir el deseo de tomarlos en su boca y succionar, lamiéndolos más y más hasta que ella se revolviese debajo de él, rogándole que le diera lo que solo él podía darle. No podía hacer aquello, no podía.

Lisa alargó las manos por detrás de su cintura y deslizó hacia abajo la cremallera de la falda, dejándola caer al suelo.

El corazón de Travis dejó de latir un instante. No llevaba nada debajo, solo un fino liguero negro alrededor de las caderas, que sostenía las medias.

El sudor perlaba la frente del marine. Se frotó la nuca con la mano varias veces y se recordó que debía volver a respirar. Respirar, ¿quién quería respirar? Lo que necesitaba era poseerla, Lisa era todo lo que él necesitaba. Todo su cuerpo parecía estar convulsionándose por el deseo que lo invadía. Cuando por fin recobró el habla, levantó la vista hacia ella y mintió lo mejor que pudo.

–Pues no estás consiguiéndolo.

Ella le dirigió una sonrisa astuta y pícara a la vez, la clase de sonrisa que solo las mujeres saben esbozar. Bajó la vista a su cremallera.

–Pues a mí me parece que sí.

Estupendo, delatado por las reacciones de su propio cuerpo. Travis suspiró con pesadez, entrecerró los ojos mirándola y le dijo:

–Te crees muy lista, ¿eh?

–Umm... –murmuró Lisa poniéndose las manos en las caderas y acercándose a él con un delicioso contoneo. Alargó una mano y deslizó las puntas de los dedos por el pecho del marine, arañando el tejido de la camiseta–. Pues la verdad es que sí, creo que sí.

Travis podía olerla. Su perfume flotaba dentro de la cabeza anulando sus pensamientos, hasta que la necesidad y el deseo de ella lo atraparon por completo. Tendría que haber estado muerto para no responder a su provocación y, desde luego, no lo estaba. Una noche más, pensó, una noche más con ella, ¿era demasiado pedir?

Él deslizó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí, apretándola con fuerza.

–Travis...

–No sabes cuánto te deseo... –murmuró él subiendo una mano por su tronco y tomando uno de sus senos en la palma de la mano. Tiró suavemente del pezón con el pulgar y el índice. Aquello hizo estremecer a la joven y el marine se sintió como si acabaran de imponerle una medalla.

–Puedes tenerme, Travis, soy toda tuya –respondió Lisa echando la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos–. Es lo que he estado

intentando decirte. Nos tenemos el uno al otro. Podemos tenerlo todo, no tenemos que renunciar a nada.

–Yo no lo quiero todo –murmuró él inclinando la cabeza hacia ella–, solo te quiero a ti.

Travis la besó, y sus anteriores pensamientos y preocupaciones se desvanecieron. Nada, nadie era más importante en aquel momento.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, aferrándose a él, pero aquello no era suficiente. Travis necesitaba sentirla, ser parte de ella. Quería hundirse tan hondo dentro de ella que, aunque siguieran siendo dos cuerpos separados, casi se fundieran en uno. Bajando las manos a sus nalgas, él la alzó, y Lisa le rodeó la cintura con sus piernas.

El deseo rugía dentro de él, exigiendo ser atendido y Travis, al fin, sucumbió. Los pensamientos y emociones acribillaban su mente, pero se concentró en ella. Alargó la mano hacia abajo y tocó aquella parte de Lisa que estaba húmeda y cálida.

Ella se revolvió por la sacudida de placer, pero él la sujetó contra sí. Atrapó sus labios y la saboreó mientras exploraba con las manos todos sus secretos e inyectaba en ella toda su pasión. Lisa se revolvió de nuevo, moviéndose contra su mano, tratando de hacerle llegar más adentro.

Ella gimió con suavidad y separó sus labios de los de él, echando la cabeza hacia atrás para que la besara en el cuello. Se arqueo hacia él, oprimiendo sus senos contra el pecho de Travis y moviendo sus caderas al son que marcaba el dedo de él. El marine le mordisqueó la base del cuello y ella suspiró.

–Te quiero, Travis –susurró. Y esas dos palabras lo atravesaron, acertándole de lleno en el corazón.

Jadeando, él levantó la cabeza, la miró a los ojos y admitió:

–Yo también te amo, Lisa, te amo muchísimo.

Ella sonrió.

–Nunca me amarás lo suficiente, Travis, nunca me sentiré saciada de ti. Hazme tuya, Travis, tómame.

El marine no quería otra cosa, pero en aquella ocasión, maldita fuera su suerte, tampoco tenía protección. Claro que, ¿por qué habría tenido que tenerla? Al fin y al cabo había planeado actuar con nobleza.

Como si le leyera la mente, Lisa sonrió, se echó hacia atrás en sus brazos y se acarició a sí misma de arriba abajo con provocación. Recorrió con las puntas de sus dedos sus senos, el estómago... Hasta llegar al borde del liguero.

Travis sintió que se le hacía un nudo en la garganta de la excitación con solo mirarla.

–¿Qué estás...?

Ella introdujo las puntas de los dedos dentro del liguero de encaje negro y, al sacarlos, extrajo dos pequeños paquetitos cuyo contenido era más que obvio.

El corazón de Travis latió con más fuerza que nunca.

–Dios, ¿eh? Estás muy segura de ti misma...

–No... –negó Lisa meneando la cabeza–, estoy muy segura de ti.

Él asintió, tomó los preservativos y la tendió sin más preámbulos sobre la cama. Ella observó riéndose cómo se arrancaba las ropas a toda prisa. Después, abrió uno de los paquetes, se lo colocó y se unió a ella.

Ella le sonrió y le dijo:

–Dame un minuto para quitarme los zapatos y las medias.

–Déjatelos puestos –ordenó Travis. Bajó la cabeza, tomó uno de sus pezones y después el otro en la boca.

Lisa gimió y se acercó más a él, dejándose hacer. Un placer intenso, sin igual, la estaba invadiendo y se rindió a él. Su mente se quedó en blanco; Travis era lo único en lo que podía pensar, lo único que quería sentir en ese momento... Y siempre. No podía perderlo, no después de aquello, no cuando resultaba obvio que estaban hechos el uno para el otro.

Él la tocó más hondo, adentrando un dedo en su calor, y Lisa elevó las caderas. Sintió que le producía un cosquilleo en lo más íntimo de su ser, un cosquilleo que iba en aumento poco a poco. Ella trató de intensificarlo aún más moviéndose contra su dedo, a la vez que recorría su espalda con las manos, arriba y abajo. Quería que la hiciera suya, lo necesitaba tanto...

El pulgar de Travis rozó un punto de especial sensibilidad y las piernas de Lisa se abrieron. La ansiedad se disparó por sus venas, alimentando el deseo que la sacudía. La boca de él, sus manos... Travis la estimuló con la lengua y ella jadeó. La oleada de placer le llegó hasta las plantas de los pies. Era demasiado placer, se dijo,

pero su cuerpo rechazó aquella apreciación. Nunca sería demasiado, nunca. Ella respiraba deprisa, con dificultad, y era como si corriera fuego por sus venas en lugar de sangre.

–Travis... –le susurró despegando las caderas de la cama–. Travis, te... te necesito... Ahora.

–Yo también te necesito, Lisa –respondió el marine levantando la cabeza para imprimir un beso en sus labios. Entonces, se arrodilló entre sus piernas sin dejar de acariciar su volcán. Lisa notó una sensación de impaciencia, de urgencia y expectación en su vientre y, cuando comenzaron a estallar los fuegos artificiales en su interior, Travis la poseyó. Ella se aferró a él, rodeándole las caderas con las piernas, atrayéndolo más y más hacia sí.

La joven escuchó al marine suspirar su nombre como si fuera una oración. Lo miró a los ojos y se besaron una vez más, fundiéndose en uno. Él buscó sus manos y entrelazaron sus dedos con firmeza.

Y cabalgaron juntos hacia el acantilado del éxtasis.

Capítulo Doce

–¿Vas a marcharte a pesar de todo?

Travis se incorporó y la miró a los ojos.

–Esto no cambia nada, Lisa.

El dolor se mezcló con la furia que borboteaba dentro de ella. Hacía solo media hora que aquel hombre la había abrazado, le había hecho el amor, e incluso, había admitido que la quería. ¿Por qué entonces..? Lisa se apartó el pelo del rostro, sacudiendo la cabeza.

Se incorporó también y, con la sábana apretada contra el pecho, le preguntó irritada:

–¿Y qué cambiaría las cosas, Travis?

Él sacudió la cabeza y se levantó de la cama.

Lisa no podía quitarle los ojos de encima. La tenue luz de la lámpara de la mesilla de noche lo iluminaba resaltando los anchos hombros, la musculosa espalda y las estrechas caderas. Parecía una estatua que representara la perfección masculina. Travis se dio la vuelta y aquel momento de fascinación se quebró. En su rostro, ella pudo leer una sentida disculpa.

–Ese es el problema, nada puede hacer que lo nuestro funcione –le dijo el marine.

–Me niego a aceptar eso –replicó ella. No quería, no podía aceptarlo. Había esperado demasiado tiempo para encontrar el amor verdadero como para dejarlo escapar.

–Tienes que hacerlo –respondió él recogiendo los pantalones del suelo. Mientras se los ponía, la miró–. Demonios, Lisa, tú misma lo has visto esta noche.

–¿El qué? –inquirió ella, exasperada. Se pasó una mano por el cabello, apartándolo de sus ojos.

–La fiesta, la gente... –dijo Travis lanzando los brazos al aire como si fuera algo obvio. Se rio con frustración–. Diantre, la casa de tu padre parecía un condenado salón de baile...

–Tú lo has dicho, su casa, no la mía –recalcó ella.

–Esa precisión no tiene la menor importancia. ¿Es que no te das cuenta? Eso es a lo que tú estás acostumbrada... Yo nunca podría darte suelos de mármol, *jets* privados ni chefs. No podrías tener un chofer, ni vestidos de diseño –la miró largo rato y añadió–. No quiero que te conformes con menos.

–¿Crees que me importan esas cosas?

–A mí sí me importan.

El pánico se apoderó de ella. Toda su vida la había perseguido la fortuna de su padre. Siempre había sido así. Los hombres que se habían acercado a ella habían tenido interés en conocerla solo por el dinero de su padre. Y entonces... ¿iba a ser víctima una vez más del maldito dinero?

«Por favor, Dios mío, no ahora, no cuando he encontrado al hombre que amo...».

–A mí no me importa nada de eso, Travis. No me preocupa que no puedas darme grandes lujos –se bajó de la cama, enrollándose la sábana alrededor del cuerpo como si fuera una toga. Fue junto a él y colocó una mano contra su pecho, concentrándose un instante en los latidos fuertes y regulares de su corazón–. Me basta con saber que me amas. No quiero nada más.

Travis tomó su mano, la apretó con afecto y le besó los nudillos antes de soltarla. Dio un paso hacia atrás, como si no respondiera a su deseo de seguir tan cerca de ella.

–Yo te quiero, Lisa... –la llama de la esperanza se reavivó en el corazón de la joven, pero se extinguió de nuevo al escuchar el final de la frase–. Pero no voy a pedirte que te cases conmigo.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió:

–No voy a hacerlo porque algún día –le dijo mirándola a los ojos–, te arrepentirás de haber renunciado a todo lo que conocías por convertirte en la esposa de un marine.

Aquello no podía estar ocurriendo. Él la amaba. Lo había admitido no una, sino dos veces. Y aún así... ¿Iba a perderlo? No, no permitiría que la fortuna de su padre volviera a interferir con su felicidad, con la de los dos. Aquello no podía terminar así.

–Travis...

–Lo siento, Lisa, me marcho. Mi vuelo sale dentro de unas horas –las palabras sonaron secas y amargas, pero tenía que decirlas. Aquello era lo mejor para ambos, se repitió a sí mismo.

No quería despertarse una mañana, pasados unos años, y ver el arrepentimiento en sus ojos. Prefería soportar el dolor de la separación en aquel momento que esperar a que tuvieran varios niños. Niños... Aquello le recordó...

–Te llamaré dentro de unos días –le dijo mirándola a los ojos.

–¿Para qué?

–Para saber si estás...

–Oh, ya veo... –respondió ella. Su voz sonaba herida, distante–. Tienes que hacer lo correcto, ¿no es eso? No podrías vivir con la conciencia tranquila pensando que tal vez me hayas dejado embarazada.

–Lisa...

–¿Y qué vas a hacer si lo estoy? –le preguntó levantando la barbilla, desafiante. Él había visto aquel gesto una infinidad de veces en el desierto–. ¿Qué harás entonces, Travis?

El marine no supo qué responder. Estaba rogando a Dios para que no lo estuviera, para que no se vieran abocados a un matrimonio que solo podía acabar mal. Le destrozaba el corazón dejarla, pensar que no volvería a verla nunca. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

–Hablaremos de eso en su momento, si ocurre –le dijo.

–Tienes respuesta para todo –replicó Lisa. Pasó junto a él para recoger la ropa que se había quitado momentos antes.

Travis admiró su cuerpo cuando ella dejó caer la sábana. Volvió a sentir que el deseo lo golpeaba cuando la vio desnuda, adornada solo con el liguero negro. Él sacudió la cabeza. Si no se marchaba, más adelante el resentimiento de ella ahogaría ese deseo. Porque, sin duda, ella se sentiría resentida hacia él si se casaban, pensando en lo que habría tenido si no se hubiera enamorado de un marine.

Dos semanas atrás no sabía de su existencia y, en cambio, en ese momento, el solo pensamiento de vivir sin ella lo estaba matando. ¿Quién hubiera pensado que el amor podía golpearlo a uno de pronto y con tal fuerza?

Tras unos minutos, Lisa estuvo vestida, de pie junto a él, y se volvió para mirarlo. Su expresión era la de una mujer sin ganas de vivir y en sus ojos brillaba el dolor que él le había causado.

Travis resistió como pudo el fuerte impulso que le sobrevino de abrazarla y no soltarla jamás. Le dolían los brazos y un enorme

vacío se había abierto en torno a su corazón. La perspectiva de los años siguientes sin ella se le antojó como toda una eternidad. Sabía que no podría dejar de pensar en Lisa, de verla en su mente a todas horas, de hacerse daño imaginando lo que podría haber sido.

–No voy a discutir más de esto contigo, Travis –le dijo ella. Él supo que aquello era el final, la despedida.

Una parte de Travis quería que siguiera tratando de convencerlo, de hacerlo cambiar de opinión. Pero, en un rincón de su mente, una vocecilla racional le decía que tenía que estar agradecido porque ella al fin hubiera aceptado la derrota. El que ella no se opusiese haría las cosas muchos más sencillas, se dijo tratando de convencerse, por mucho que le doliera que se fueran a separar.

–Pensé que tú eras distinto a los otros –lo espetó la chica–, pensé que por una vez un hombre se había fijado en mí, no en el dinero de mi padre, sino en mí.

Aquello le dolió mucho a Travis.

–A mí no me importa nada el dinero de tu padre.

–Te equivocas, Travis, es lo único que te importa –le respondió atravesando la habitación. Alzó la vista para mirarlo a los ojos y sacudió la cabeza. Cuando volvió a hablar, el tono de su voz era gélido, un tono que nunca había empleado con él–. Cuando tendríamos que estar celebrando que nos amamos, vamos a decirnos adiós. Y, ¿por qué? Por el dinero de mi padre.

Él aspiró con los dientes apretados.

–Si estoy haciendo esto es por ti, Lisa.

–¿Ah, sí? Eso te lo dirás a ti mismo en las frías y solitarias noches que te depare el futuro, Travis Hawks. Tal vez te ayude.

Y se marchó, cerrando despacio la puerta de la habitación detrás de ella. Las sombras de las esquinas parecieron alargarse hacia él, como queriendo atraparlo, como si la oscuridad quisiera engullirlo.

Y entonces lo supo, supo que nada podría aplacar la culpabilidad de aquellas solitarias noches por llegar.

Tras varios días de retraso, Travis por fin tomó el vuelo de transporte militar. Habría tardado muchísimo menos si hubiera sacado un billete en una compañía aérea civil. En todo ese tiempo, su cerebro no paró un segundo, atormentándolo, castigándolo.

No dejaba de ver a Lisa por todas partes y enseguida se dio cuenta de que aquello era solo el principio. No lograría sacarla de su corazón ni de su alma. Al haberla abandonado, se había sentido como si hubiera agarrado un cuchillo y se hubiera cortado un brazo o una pierna. El dolor le llegaba muy adentro. El humor de perros que tenía ni siquiera mejoró al salir del avión y pisar el suelo del caluroso Texas.

Telefoneó a su casa para decir que iba de camino. Alquiló un coche y en una hora estaba dirigiéndose a su hogar. Sin embargo, por primera vez en su vida, no era allí donde quería estar. Su corazón se había quedado en Washington. No debía haberse ido.

Apretó el volante entre sus manos. ¿Por qué no podía dejar de pensar en Lisa? Recordaba cómo la había abrazado, cómo le había hecho el amor, cómo la había perdido… y cómo le había mirado dolida.

«Maldita sea… Soy un imbecil», se dijo soltando el volante y dándole un puñetazo. Sabía que se había comportado como un estúpido, ya no podía seguir negando la evidencia. Ella lo había arriesgado todo, estaba dispuesta a dejarlo todo… Por él. Y, ¿qué había hecho él? Mirarla a los ojos y decirle que con eso no bastaba.

Apretó el volante con tal fuerza, que fue un milagro que no se partiera en dos. «Demonios… Lo increíble es que no me pegara un tiro. Me lo merecía».

Sin embargo, aquello no había sido necesario. El dolor que había visto en sus ojos había sido como una puñalada para él, le había hecho más daño que cualquier arma. Y, para aquel dolor, solo había una cura.

De pronto, Travis supo lo que tenía que hacer y sintió que debía hacerlo cuanto antes. No podía esperar. El pulso se le aceleró y también la respiración. Tenía que conseguir convencer a Lisa para que lo perdonara.

Él entró con el coche por el camino de grava que conducía a la casa y aparcó junto a la camioneta de su hermano. A juzgar por los otros tres coches allí aparcados, parecía que toda la familia se había reunido para darle la bienvenida.

Bueno, se dijo bajando presuroso del coche, tendrían que esperar lo primero era lo primero…

Sacó el petate del asiento trasero y se dirigió hacia la casa en la

que había crecido. Era una construcción de estilo victoriano de dos pisos, pintada de amarillo claro y verde. Era un hogar agradable que se había mantenido en pie durante más de cien años, resistiendo tornados, pequeños incendios y, sobre todo, a él y a sus hermanos.

Cuando estaba atravesando el patio, la puerta se abrió. Una sonrisa que no pudo contener se extendió por su rostro al ver a su hermana bajar corriendo las escaleras del porche para recibirlo. Travis echó el petate al suelo y la abrazó con fuerza.

–¡Sarah, cuánto me alegro de verte! –exclamó haciéndola girar antes de volver a dejarla en el suelo. Volviendo la vista hacia la casa le preguntó–. ¿dónde está mamá?

–Dentro –respondió Sarah sonriendo–, con todos los demás.

–Bien, estupendo –asintió Travis recogiendo el petate y rodeando a su hermana con el brazo. Tengo algo que contaros.

–¿Ah, sí? –inquirió ella echando la cabeza hacia atrás para mirarlo–. ¿El qué?

–Todavía no te lo puedo decir –replicó él sacudiendo la cabeza–. Primero he de hacer una llamada.

–¡Qué interesante...!

–Ni te lo imaginas –con la cabeza llena de pensamientos, Travis trató de encontrar las palabras adecuadas para disculparse con Lisa, las palabras que le hicieran darle otra oportunidad. Y, si no contestaba al teléfono, entonces tendría que tomar un vuelo de regreso a Washington y acampar en la puerta de su casa hasta que consintiera en hablar con él.

–Bueno, ¿y quién es ella?

–¿Cómo sabes que se trata de una chica? –inquirió Travis, perplejo.

–Oh, por favor... –rio Sarah. Y salió corriendo hacia el porche subiendo los cinco escalones como una exhalación.

El hermano mayor de Travis, John, se asomó a la puerta sosteniéndola para que pasara. Agarrando el petate le dijo:

–¡Cuánto tiempo, hermanito!

–Sí –respondió él–, demasiado –y estrechó su mano. Entonces apareció su otro hermano, Lucas, en el vestíbulo haciendo como que boxeaba, dando saltitos delante y atrás con los puños cerrados y en alto.

–Muy bien, Travis, he estado practicando y esta vez voy a ganarte.

–Luego –le dijo él, e ignorando a sus hermanos y hermana, pasó al salón en busca de su madre. ¡Qué bien se sentía estando de nuevo en casa...! Nada había cambiado allí. Su familia lo era todo. Lo único que le faltaba era Lisa.

–¡Hola, cariño! –lo saludó su madre yendo hacia él para abrazarlo.

–Hola, mamá –respondió él rodeándola con los brazos y levantándola del brillante suelo de madera hasta hacerla chillar, pegarle en los hombros y ordenarle que la bajara.

Tenía el cabello negro y corto, bastante revuelto. Sus ojos castaños y astutos buscaron los de su hijo. Sonrió y sacudió la cabeza.

–Estás demasiado delgado, pero ya nos ocuparemos de eso.

–Mamá, no sabes cómo he echado de menos tu comida –le dijo Travis–, y en cuanto haga una llamada que he de hacer, me comeré todo lo que tengas en la nevera.

–¿Una llamada?, ¿a quién?

–A Lisa, mamá. Te va a encantar. Es divertida y muy lista. No me la merezco.

–¿De veras?

–Ya lo creo –Travis se pasó una mano por el pelo y fue junto al teléfono–. Ahora todo lo que tengo que hacer es convencerla de que me perdone.

Levantó el auricular mientras su madre le decía:

–¿Por qué no vas primero a comer algo?

–Esto no puede esperar –le dijo él con una sonrisa. Pero, a pesar de todo, respiró profundamente soñando con el pollo asado especial de su madre. De pronto, se borró la sonrisa de su cara y frunció el ceño, pensativo.

Hubiera jurado que podía oler el perfume de Lisa. Lo cierto era que aquella mezcla de cítricos y flores parecía flotar en el aire. Pero aquello era imposible. Aquello lo estaba afectando más de lo que pensaba. Su mente estaba imaginando que olía su perfume solo para torturarlo.

Sacudiendo la cabeza, marcó el cero para obtener el número en el servicio de información. Se quedó a la espera y, en ese momento,

apareció Sarah detrás de él.

–¿Qué pasa, Travis? –le preguntó.

–No pasa nada, ¿por qué...?

Su hermana rio.

–Sarah... –la reprendió su madre.

Lucas y John estaban sonriéndole mostrando los dientes. Travis tuvo la impresión de que todos, excepto él, sabían cuál era el chiste.

–¿Qué es lo que pasa? –preguntó. No tuvo que esperar a que le respondieran.

–Frances... –llamó una voz femenina muy familiar desde la cocina–. Creo que he hecho algo mal.

–¿De qué ciudad es el número al que quiere llamar, por favor? –preguntó la operadora. Travis colgó el teléfono despacio y se giró en redondo. Tragó saliva y sintió que lo inundaba el nerviosismo. Lanzó una mirada a su madre, pero ella se limitó a encogerse de hombros, sonreír y dejarse caer en una silla. Entonces, se oyeron pasos que se acercaban y apareció Lisa.

Llevaba unos vaqueros gastados, camisa vaquera y zapatillas de deporte. Se había recogido el pelo rubio en una coleta que iba bailando de un lado a otro con cada paso que daba. Se había puesto el delantal de su madre y blandía una cuchara de madera en la mano.

Travis sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Se quedó sin respiración y trató de decir su nombre dos veces, pero solo salió a la tercera:

–¿Lisa?

Ella lo ignoró, girándose hacia su madre.

–Frances, me parece que me he cargado la cena. El estofado está borboteando por toda la hornilla y el pan está carbonizado.

–Voy enseguida –la tranquilizó la señora Hawks. Lisa se dio media vuelta y volvió corriendo a la cocina. La mujer miró a su hijo Travis.

–Bueno, podría ir yo a ayudarla, pero creo que preferiría que te ofrecieras tú...

Ignorando las carcajadas de su familia, él cruzó en unas zancadas el pequeño pasillo, empujó la puerta de vaivén y entró en la amplia cocina. No se había vuelto loco, ella estaba allí de verdad, en su casa, junto a la hornilla... Pero no estaba mirándolo.

El marine la agarró por los hombros obligándola a girarse.

Al ver cómo lo miraba con sus ojos azules, se dijo que nunca se había alegrado tanto de ver a alguien. Sin embargo, reprimió su entusiasmo. Primero quería que le respondiese a algunas preguntas.

–¿Qué estás haciendo aquí? –la inquirió.

–Pues, en este momento –respondió ella mirando espantada a la hornilla detrás de ella–, estoy quemando la cena, pero ya aprenderé.

–No me refería a eso.

–Lo sé –replicó Lisa mirándolo.

Sentía que el corazón iba a salírsele del pecho. No le había costado nada hacerse cargo de la situación. En cuanto salió de la habitación del hotel, se había ido a casa, había hecho el equipaje y había ordenado al piloto del *jet* de su padre que la llevase a Texas.

La familia de Travis la había acogido calurosamente, y se había mantenido ocupada todo el tiempo diciéndose que estaba haciendo lo correcto.

Sabía que la única forma de combatir la cabezonería de él era ignorarlo. Sin embargo, desde que llegó, la habían asaltado las dudas. ¿Y si solo había estado siendo amable con ella? ¿Y si aun así le decía que no la quería a su lado? Sería una idiota a los ojos de la familia de él.

En aquel momento, sin embargo, mirándose en sus ojos castaños, vio todo lo que había esperado ver en ellos y supo que había hecho lo correcto. Sintió una oleada de cálida electricidad recorrer todo su cuerpo, como si fluyera de las manos de él: Travis la amaba.

Tratando con todas sus fuerzas de ocultar la emoción y de mantener un tono de voz tranquilo, se armó de valor y le dijo:

–He venido a casarme contigo.

–Yo no recuerdo habértelo pedido –respondió Travis. Sin embargo, Lisa advirtió un brillo especial en sus ojos oscuros que la animó a seguir adelante.

–No, no lo hiciste –le respondió poniéndole las manos en el pecho. Bajo la palma derecha, notó su corazón latiendo presuroso y sintió que su propio corazón se desbocaba para ajustarse a su ritmo–, porque eres un hombre muy cabezota.

–Lisa, yo quiero hacer lo correcto.

–Pues, entonces, cásate conmigo.

Ella observó cómo se endurecía su mandíbula y fruncía el entrecejo, pensativo.

–¿Acaso estás...?

Lisa se quedó mirándolo un momento, sin saber a qué se refería. Y entonces cayó en la cuenta.

–No lo sé –le dijo. Tenía que ser honesta con él, no podía jugar con eso en aquel momento, ni aunque fuera una baza para retenerlo–, pero esto no tiene nada que ver con ningún bebé, lo haya o no. Se trata de nosotros, Travis.

–Sí, es verdad.

–Estupendo, ¿entonces estamos de acuerdo?

Él asintió con la cabeza. Sus ojos recorrieron su rostro con dulzura, como si quisiera acariciarla con la mirada.

–No sabes cuánto me alegro de verte –le confesó–. De hecho, estaba tratando de llamarte ahora mismo a casa de tu padre para decirte que iba a volver a por ti.

–¿En serio?

–Por supuesto que sí –Travis puso la palma de la mano en su mejilla–. Te llevo muy dentro de mí, Lisa, eres parte de mi vida y no quiero perderte.

Ella inspiró y soltó el aire.

–No vas a perderme, yo te amo.

–Yo también te quiero, Lisa. Pero, ¿estás segura de que esto es lo que quieres? Soy un marine, es lo único que siempre he querido ser. No soy un corredor de bolsa ni...

Lisa rio. ¡Qué bien sentaba reírse después de tanta zozobra e inseguridad!

–Por favor, Travis, no quiero añadir otro prometido a mi lista –agarrándolo por la camiseta lo atrajo hacia sí y, sin apartar sus ojos de los de él, le dijo–: Quiero que te cases conmigo porque me necesitas.

–En eso tienes mucha razón.

–Y porque me deseas.

–No sabes cuánto.

–Y porque me amas.

Los labios de Travis se curvaron lentamente en una sonrisa maliciosa que hizo que ella se estremeciera por dentro, y la hiciera soñar con los días de felicidad que los aguardaban.

–Sí, señorita Chambers, con toda mi alma.

–Así me gusta –respondió Lisa, juguetona–, que no me rechiste, sargento.

–Supongo que no me costará tanto después de todo. Deslizó las manos hasta su cintura y la atrajo más cerca de sí, haciéndola sonrojar un poco.

Ella subió los brazos y rodeó con ellos su cuello. Alzó la vista y le dijo:

–No sé si era lo que pretendías o no, pero me robaste el corazón en el desierto, Travis.

El marine inclinó la cabeza, descansando la frente sobre la de ella y lanzó un suspiro que llevaba mucho tiempo conteniendo. Por primera vez desde que había salido de Washington, volvía a sentirse un hombre completo.

–Me temo que no puedo devolvértelo, pero ahora tienes el mío. Te perteneció desde el mismo momento en que te vi por primera vez.

Mientras el estofado borboteaba sobre la hornilla y un humo negro salía del horno, Travis besó a Lisa y, en cuanto sus labios se tocaron, supo en el fondo de su alma que por fin era el hombre más rico de Texas.